

3 DAD A
CIÓN G




VALSALA

ANTARCTICA

SIAMMA TIGER



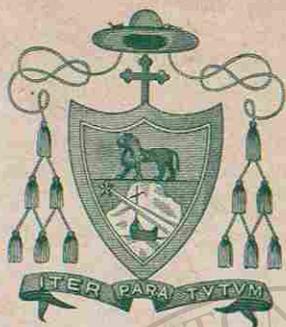

PQ6573

T4

C. 1

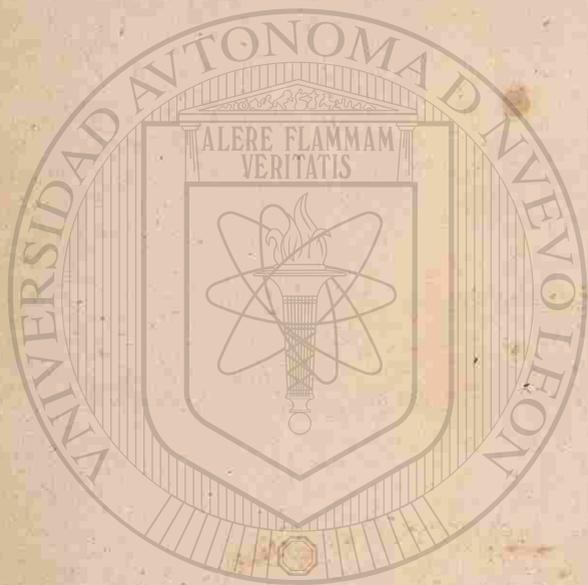



010501



1080022017

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



TENTATIVAS DRAMÁTICAS.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

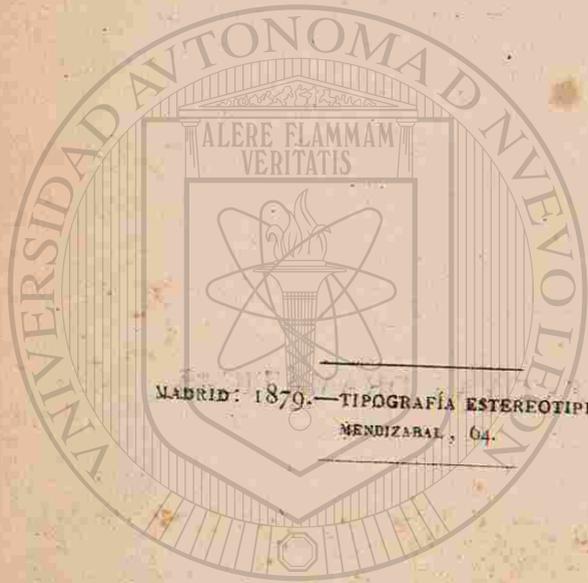
862.5
1627
Núm. Clas. 862.5
Núm. Autor 1627
Núm. Adg. 10501
Procedencia -6- (R)
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó 69

JUAN VALERA.

TENTATIVAS

DRAMÁTICAS

LA VENGANZA DE ATAHUALPA.—LO MEJOR DEL TESORO.
ASCLEPIGENIA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA PEROJO

MADRID

PARIS

CALLE DE PIZARRO, NÚM. 15

27, FAUBOURG MONTMARTRE

46765

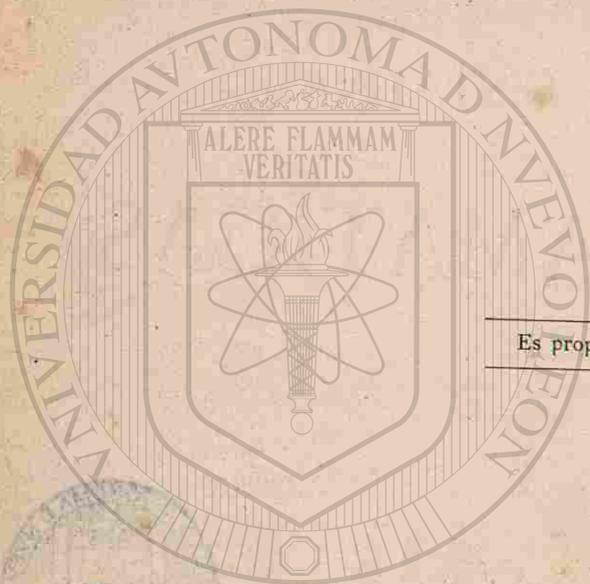
10501



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Capilla Alfonso
Biblioteca Verde y Teles
Biblioteca Universitaria

PQ 6573

T4



Es propiedad.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



Á LA EXCMA. SEÑORA

MARQUESA DE HEREDIA.

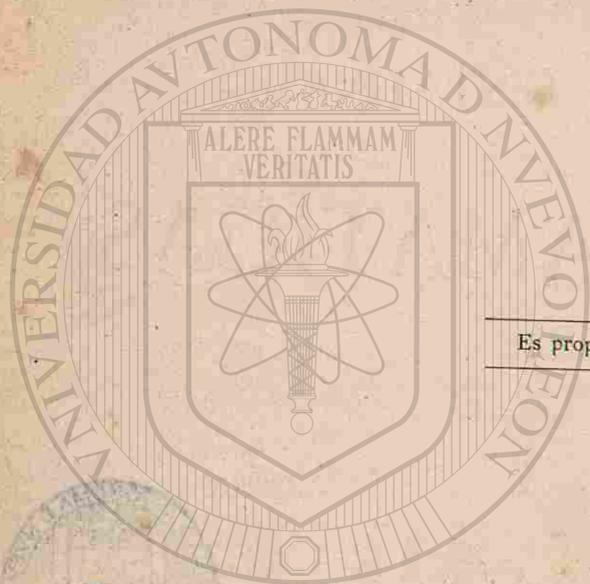
HACE años, cuando yo no había compuesto más que poesía lírica, me aseguraba cierto ilustre amigo mío, que ya murió, que mis versos eran de tal calidad, que jamás gustarían á las mujeres, ni habría una siquiera que se aprendiese de memoria media docena de ellos. Esto me afligió de suerte, que dejé de escribir versos y me dediqué á la vil prosa.

Por desgracia, según opinión de algunos críticos discretos, con la prosa me sucede

010501

PQ 6573

T4



Es propiedad.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



Á LA EXCMA. SEÑORA

MARQUESA DE HEREDIA.

HACE años, cuando yo no había compuesto más que poesía lírica, me aseguraba cierto ilustre amigo mío, que ya murió, que mis versos eran de tal calidad, que jamás gustarían á las mujeres, ni habría una siquiera que se aprendiese de memoria media docena de ellos. Esto me afligió de suerte, que dejé de escribir versos y me dediqué á la vil prosa.

Por desgracia, según opinión de algunos críticos discretos, con la prosa me sucede

010501

exactamente lo mismo. Los mencionados críticos declaran que han dado á leer mis novelas á sus novias respectivas, y que todas las han devuelto sin leerlas, á pesar de la buena voluntad y de los esfuerzos que por leerlas han hecho.

Esto me ha desconsolado más aún. Si las mujeres no leen ni mis versos ni mi prosa, ¿quién los leerá? Yo disto mucho de ser un sabio. Yo no aspiro á enseñar nada. Yo no he descubierto ninguna útil ó encumbrada verdad. Yo no trato de abrir nuevos senderos al errante género humano. ¿Para qué escribo entónces? Por este pícaro prurito de escribir, de que no puedo libertarme.

Así cavilaba yo, y seguía escribiendo sin poder remediarlo; porque, si yo hubiera podido remediarlo, no hubiera escrito. Yo seguía escribiendo sin fe y sin esperanza.

Imagine V., pues, señora, qué consolación tan inesperada y grande fué la mía cuando averigüé que V. y su hermana se sabían de memoria no pocos versos míos. Vamos; estuve para perder el juicio de gusto y de satisfacción. Aquello fué como ver el cielo abierto.

Verdad es que la memoria de V. es un

tesoro de poesía castellana, y que, si se perdiesen todos los libros en que dicha poesía se conserva, V. podría dictar una colección selecta de lo mejor; pero esto, en vez de atenuar mi alegría y mi vanidad, las acrecentaba. El buen gusto de V. era evidente. No era extravagancia gustar también de lo que yo había escrito.

A fin de no ensorbecerme demasiado, atribuí entónces la rara estimación de usted por mis obras á algo como afecto hereditario. Yo viví tres años en Nápoles en compañía del Duque, su padre de V. El Duque me quería, y miraba mis obrillas con singular benevolencia. Usted, sin duda, hace lo mismo, por imitar al Duque; impulsada y engañada quizá por el favorable concepto que la generosidad y el cariño como de padre, que el Duque me tuvo, le habían hecho formar de mí.

Sea como sea, yo estoy á V. agradecido con toda el alma. Mientras más viejo me voy poniendo, más ganas de escribir me van entrando. Yo no bailo. Yo apenas juego, porque casi siempre pierdo. Otras diversiones cuestan caras. Como soy corto de vista y algo torpe, no pesco ni cazo. ¿En

qué me he de entretener como no sea en escribir? Al fin, aunque lo escrito valga poco y produzca ménos, es entretenimiento barato, porque el papel de costeras de que saco mis cuartillas vale poquísimo, y no es cara aquella sustancia que encomió el poeta cordobés, mi paisano, diciendo que la eternidad tenía ilustre asiento en ella y más firme que los mármoles y los bronce.

Así, animado en gran parte por V., y persuadido ya de que hay alguna mujer que me lee, he trabajado en estos últimos tiempos, y he logrado más de lo que en mis sueños de gloria pude imaginar nunca. No me atrevo á creer que tengo un público, pero creo tener ya cierto número de lectores y aún de lectoras, si bien entre todos acaso no pasen de tres mil, esparcidos por la extensa superficie del globo que habitamos.

La facilidad de comunicaciones, de que se goza en el día, hace que hasta la producción más baladí recorra los países, atraviese las fronteras y traspase los mares, por donde yo, sin acertar en la vida á hacerme popular, me lisonjeo de haber acumulado dicho número de lectores.

Esto me basta para seguir escribiendo, sin

aspirar á más. Ya creo contar con álguien que me lea y que pague, á la larga al ménos, el coste de la impresion de mis librillos.

La codicia, no obstante, rompe el saco, como dice muy bien el refran.

Alentado yo por mi buen éxito relativo, me propuse, no hace mucho, convertirme en escritor popular y buscar aplauso y ganancia en el teatro. Escribí, pues, una zarzuela, tomando asunto de un cuento de las *Mil y una noches*; adornándole y bordándole con todos aquellos perfiles que más á propósito me parecieron; é imitando, á mi manera, los dramas fantásticos de Cárlos Gozzi, que él llamó *fiabe*, como *La dama serpiente*, *El rey de los espíritus*, y *Turandot, princesa de la China*, que obtuvo la honra de que Schiller la tradujese en lengua alemana.

Hablando con franqueza, cuando mi zarzuela estuvo terminada, yo me las prometí felices. ¡Qué ironía jocosa se me antojaba notar en toda ella! ¡Qué bien concertados disparates! ¡Qué versos tan lindos! ¡Qué novedad en todo! ¡Cuánto chiste ático y claro sin chocarrería! Lleno, pues, de con-

fianza, se la leí á varios peritos y á dos ó tres empresarios de los más famosos, atinados y previsores. Ninguno vió los chistes ni las lindezas que yo había creído ver. Poner en escena mi obra costaba además unos cuantos miles de duros. Era casi evidente que las gracias, que los empresarios no veían ni descubrían, estaban muy hondas, dado que existieran, y el público no había de ser bastante zahorí para desentrañarlas. Cruel golpe hubiera sido, pues, para mí el que por mi culpa se arruinase un empresario, gastando su dinero en decoraciones y trajes, y el que, en la noche del estreno, se anegase la máquina de mis ilusiones en un diluvio de silbidos.

Me llené de terror. Al maestro que me había prometido poner en música mi obra, le relevé de la promesa, y yo desistí para siempre de mi fugitiva pretension de ser poeta dramático.

No resolví esto ni por excesiva soberbia, ni por modestia y humildad tampoco. No lo resolví por modestia, porque mi zarzuela no me parece mala. Si me pareciese mala, no la publicaría. Y no lo resolví tampoco por desden y orgullo, aplicándome el

precepto evangélico que dice, *no echés tus margaritas á los cerdos*, porque sé muy bien que el público tiene un instinto infalible para adivinar lo bueno, y nada, por elevado que sea, deja de estar á su alcance. Noble testimonio de ello dan, por ejemplo, *Los Amantes de Teruel* de Hartzenbusch y el inmortal y glorioso hermano de V. *Don Álvaro*.

MI RESOLUCION nació del pleno convencimiento de que, con toda independendencia del valor literario de un drama, se requiere para ser aplaudido una condicion de que yo carezco sin duda: se requiere cierta virtud magnética por la cual el poeta comprende el sentir y el pensar del público, en un momento dado, y se pone en consonancia simpática con dicho pensar y dicho sentir. Repito que carezco de esta virtud como de otras muchas, y esta virtud es el más esencial requisito para ser autor dramático.

Harto siento yo no serlo, porque siempre he creído que la flor más bella de toda literatura, el último y más espléndido brote del árbol del arte es el teatro. En él la poesía vuelve á ser objetiva por reflexion como en la épopeya lo fué por instinto. En

él caben todos los géneros, el lírico, el didáctico, el satírico y el narrativo, concurriendo á hacerle cifra de la poesía. La acción prevalece y da ser á todo. El poeta oculta su personalidad y hace hablar á sus héroes. El pueblo escucha y aplaude. Y no sólo aparece en el teatro la poesía en todos sus géneros y formas, produciendo una hechicera, ideal y fantástica representación de la vida humana, sino que, á fin de rodear y formar séquito pomposo á la poesía, acuden solícitas las demás artes, como siervas ágiles que se esmeran en engalanarla. La pintura, la escultura y la arquitectura levantan para ella palacios aéreos, erigen estatuas y monumentos ó fingen jardines amenos y bosques frondosos; la arqueología y la indumentaria le prodigan trajes, alhajas y muebles antiguos ó peregrinos; la música le da ricas melodías; y la danza le presta sus rítmicos movimientos, y aquella singular belleza, por quien la docta antigüedad la tuvo en tanta estimación, haciéndola como centro entre los ejercicios del cuerpo y las tareas y disciplinas del alma; poniéndola como mediadora y participante de cuanto crea la mente, que es la *música*, en

su acepción más lata, y de cuanto el cuerpo bien educado y robusto es capaz de hacer para mostrar su enérgica gallardía, que es la *gimnástica*. Y como todo esto se somete á la poesía, resulta que en el teatro es donde da y debe dar un pueblo adulto, fecundo y brioso, amplia muestra de su ingenio, y donde hace y debe hacer alarde brillantísimo de toda su cultura.

Siempre me ha repugnado la idea de que el teatro sea una escuela de moral. Y no por tenerle en ménos, sino porque me parece poco. ¿Cómo subordinar la poesía, que en ella misma tiene su fin, á un fin extraño, por sublime que sea? Además que, mirado el teatro como la más cumplida manifestación de toda la cultura de un pueblo, la moral entra, como lo restante, en la manifestación; y ésta no es sólo á manera de espejo clarísimo, donde dicha cultura se refleja, sino espejo de aumento y de mágico poder, en el cual no se refleja ella tal como es, aunque magnificada, sino limpia asimismo de manchas é impurezas, y hermosea y radiante de luz divina, en donde ya se columbra algo de los futuros ideales, si es que los hay.

Siendo tal mi concepto del teatro, imagine V. lo que me pesará de no poder escribir para el teatro; pero ¿qué le hemos de hacer? Dios no me llama por ese camino.

Esto no obsta para que yo, sin pensar ya en el teatro, haya querido escribir y haya escrito, además de la zarzuela, otros dos como cuentos dialogados, que doy, juntos á la zarzuela, en un tomito, bajo el título comun, y no me negará V. que modesto, de *Tentativas dramáticas*.

Una de estas *tentativas* se titula *La venganza de Atahualpa*; la otra, *Asclepigenia*. Ninguna de las dos, cada una por su estilo, es representable; pero ambas, y singularmente la segunda, son de lo ménos malo que he escrito yo en mi vida. La necesidad de encerrarlo todo en breve cuadro, y de callarme y dejar hablar á los personajes, me ha obligado á ser sobrio, á no divagar y á ir al grano siempre, como vulgarmente se dice.

A no pocos comentarios se prestan ambas composiciones; algunas notas tambien debieran ponerse al fin para la mejor inteligencia del texto; pero la desidia se ha apoderado de mí, y todo va sin comentarios y

sin notas. Que cada cual lo entienda como se le antoje. Sólo me atreveré á indicar aquí que en *Asclepigenia* hay mucho de alusivo que le da un interés de actualidad. El panteísmo místico de los alemanes, como Schelling, Hegel y Krause, se asemeja no poco al de los alejandrinos, cuyo último representante de valía fué Proclo; y la caída entónces de la filosofía tambien se puede comparar algo á la caída de la filosofía en estos últimos tiempos, en que los adelantamientos de las ciencias físicas y experimentales y la afición y el entusiasmo por el bienestar material han convertido la ciencia en positivismo. Sólo falta ahora una religion nueva que se levante sobre tanta ruina y traiga en germen en su seno una nueva y más poderosa civilizacion. El pesimismo ateo de Hartmann y de Schopenhauer, y las melancolías de Renan y los temores de Strauss, no prometen darnos la religion del porvenir ni nada que se le parezca. Estos señores son unos Budas cómicos y sin caridad, que por único consuelo á nuestros males nos ofrecen la muerte, y por único freno de crímenes y pecados el progreso futuro, que ya entreven, el cual ha de llegar á tanta per-

feccion, que habilite á los sabios para destruir el universo y acabar así con nuestras maldades y miserias. Dios quiera que tar den en conseguirlo, pues lo que es á mí no me parece todo tan pésimo.

Ya que estoy con la pluma en la mano, diré también, por si álguien no lo sabe, que en *Asclepigenia* todos los personajes son históricos, salvo Eumorfo y Crematurgo, y que á todos he procurado conservarles el carácter que en la historia tienen. Si á *Asclepigenia* la hago un si es no es desafortada, sin que conste, como ya no queda nadie de su familia, no perjudico á nadie. Y si á Atenais la llevo á vivir con *Asclepigenia*, no la ofendo, pues eran paisanas é hijas ambas de filósofos, por lo cual es natural que viviesen juntas en Constantinopla, habiéndose ántes conocido en Atenas.

Sólo me queda un escrúpulo; pero el escrúpulo ha acudido tarde, estando ya impresa la obra, y no se puede corregir el pasaje que le suscita: la desvergüenza con que *Asclepigenia* y *Atenais* murmuran de la santa emperatriz Pulqueria. Yo creo, sin embargo, que bien entenderá quien me leyere que *Asclepigenia* era una bribona,

que el ladrón piensa que todos son de su condición, y que no es extraño que ella se hiciese eco de las hablillas calumniosas de los nestorianos y de otros herejes, á quienes la santa emperatriz había perseguido.

Ningun autor es responsable de cuanta tunanteria diga ó haga cada uno de los personajes que saca á la escena, y yo no debo responder de las murmuraciones de aquellas mozas insolentes. No es menester acudir á la vida que el Padre jesuita Contucci escribió de la emperatriz para respetar su limpia fama. Gibbon, con ser impío, la respeta, y en este punto no he de ser yo ménos que Gibbon.

En cuanto á la bella *Atenais*, todos convienen en que fué algo ligera de cascos: hasta el P. Contucci, á pesar de su circunspeccion. Lo que le hago decir del bello Paulino está, pues, en su lugar, tanto más que por culpa de la manzana, que ella le regaló, vino á sospecharlo todo el Emperador Teodosio II, y al bello Paulino le costó la vida, según refieren las historias.

En suma, lo que importa más es que estas tres, que he puesto yo en diálogo, di-

viertan á quien las lea, ya que para el teatro no sirven.

Yo se las dedico á V. por mil razones, largas de poner aquí. Se las dedico á V., por ejemplo, porque V. tiene mucho entendimiento, y, como le tiene, trata con indulgencia mis obras, y porque deseo dar una prueba de mi gratitud al favor que V. me hizo, dejando por falso profeta á mi ilustre amigo difunto; aprendiéndose de memoria bastante más de media docena de versos míos, y desautorizando también á los críticos discretos, cuyas novias no pueden sufrir mis novelas.

Acepte V. mi presente, estimándole y tasándole, no por el valor que tiene en sí, el cual es mezquino, sino por la respetuosa y sana intención con que le hago, y con la cual estoy y estaré siempre deseoso de servir y complacer á V. como su amigo constante y agradecido Q. B. S. P.

LA

VENGANZA DE ATAHUALPA

LEYENDA EN DIÁLOGO.

JUAN VALERA.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

viertan á quien las lea, ya que para el teatro no sirven.

Yo se las dedico á V. por mil razones, largas de poner aquí. Se las dedico á V., por ejemplo, porque V. tiene mucho entendimiento, y, como le tiene, trata con indulgencia mis obras, y porque deseo dar una prueba de mi gratitud al favor que V. me hizo, dejando por falso profeta á mi ilustre amigo difunto; aprendiéndose de memoria bastante más de media docena de versos míos, y desautorizando también á los críticos discretos, cuyas novias no pueden sufrir mis novelas.

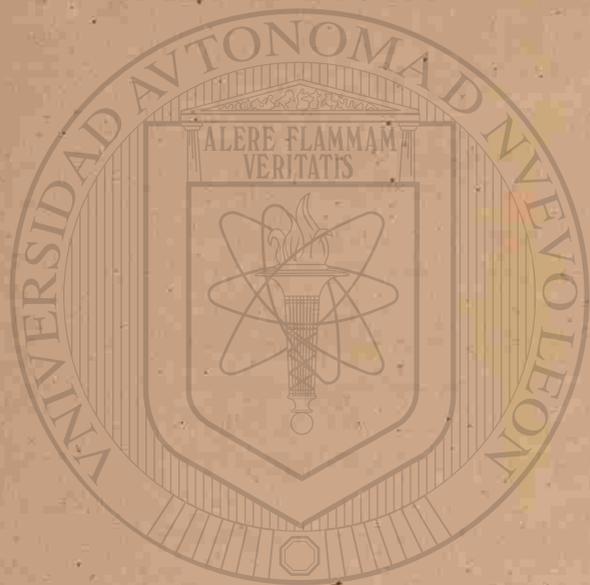
Acepte V. mi presente, estimándole y tasándole, no por el valor que tiene en sí, el cual es mezquino, sino por la respetuosa y sana intención con que le hago, y con la cual estoy y estaré siempre deseoso de servir y complacer á V. como su amigo constante y agradecido Q. B. S. P.

LA

VENGANZA DE ATAHUALPA

LEYENDA EN DIÁLOGO.

JUAN VALERA.
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



No hay que reprender á los que le mataron, pues el tiempo y sus pecados los castigaron despues, ca todos ellos acabaron mal.
(GOMARA, *Historia de las Indias.*)

La escena pasa en un lugar de Extremadura, por los años de 1542.

JORNADA PRIMERA.

Sala en casa de doña Brianda.

ESCENA I.

LAURA, JUANILLA.

JUANILLA.—Ya que tan poco cuidas del adorno de tu persona, deja que te coloque bien el manto. (Procura arreglárselo bien.) ¡Qué flojera! ¡Si se te cae! ¿Por qué quieres ir tan desgarrada? Es un contra Dios que, siendo tan linda, no hagas valer la belleza que Dios te ha dado. En toda Extremadura no hay más gallarda moza que tú! ¡Per-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE INVESTIGACIÓN
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



tinaz melancolía es la tuya! Pues no... ahora no tienes motivo. Nos faltaba dinero. Hoy nadamos en oro. Tu hermano ha traído de Indias el rescate de Atahualpa y el botín de Caxamalca, Jauja y el Cuzco. Qué más quieres?

LAURA.—Si yo no quiero nada.

JUANILLA.—Y luego, para que la ventura sea cumplida, no contento tu hermano con traerte tantas riquezas, te trae la fama de su nombre, el brillo de sus hazañas, y te trae, por último, lo que más anhelan las niñas de nuestra edad... un marido que ni mandado hacer de encargo... con treinta años apenas, recio, brioso, bello como Adonis, y con mucha hacienda, ganada también en ese imperio que acaba de conquistar Pizarro. No comprendo tus penas; deberías estar alegre como unas sonajas.

LAURA.—Y lo estoy. ¿Por qué supones que no estoy alegre?

JUANILLA.—No lo supongo; lo veo. Tu hermano lo ve también. Y lo ve y lo lamenta el Sr. Francisco de Cuéllar, á cuyo amor no correspondes.

LAURA.—¡Ay, Juana! Yo no puedo mandar en mi corazón. Cuéllar es digno, por mil razones, de ser amado. Su gentil apostura, su valor, la misma vehemencia del afecto que me muestra, y, sobre todo, el imperio y la osadía con que su ánimo se impone y señorea á los otros, son prendas que deben avasallar y rendir el corazón de una mujer; pero el mío está muerto para los amores del mundo. Apenas ha latido y ya está fatigado. Sólo ansío el reposo. La inesperada vuelta de mi hermano, y este repentino cambio de nuestra fortuna, de adversa en próspera, no bastan á

hacermé variar de resolución. Sigo en mi propósito de cuando estaba pobre y desvalida. Quiero retirarme á un convento.

JUANILLA.—¿Qué motivos hay para tomar esa resolución, cuando todo debiera sonreírte? Tú me ocultas algo. Secreto dolor contrista tu espíritu. ¿Por qué no amas á Cuéllar? ¿Amas quizá á otro hombre?

LAURA.—No es menester acudir á la suposición de otro amor, ni es menester imaginar pena muy honda y misteriosa para explicar mi inclinación al claustro y mi despego de las cosas mundanales. Aunque sea yo indigna, ¿no puedo sentir la vocación?

JUANILLA.—Puedes... pero ya te apartará de ella tu hermano. Tu hermano ama á Cuéllar y le debe mucho; Cuéllar te idolatra; su dicha pende de que le des un sí; y tu hermano, que anhela hacer la dicha de su amigo, te persuadirá al fin á que no le dejes desairado.

LAURA.—No me hables más en eso, Juana. Me aflije y cansa el oírte. ¿Lo ves? Hasta es material mi cansancio. Casi no puedo tenerme en pié.

(Laura se deja caer como desfallecida en un sillón de brazos.)

JUANILLA.—Descansa un momento, y prepárate á recibir al Sr. Francisco de Cuéllar. (Mirando por un balcón que hay el fondo.) Asómate con disimulo. Ahora aparece por el extremo de la calle. Aunque no sea más que por curiosidad, asómate. Verás qué galán viene á visitarte. Fulgura sobre su frente, cual penacho de fuego, la esmeralda que trae en la gorra, y que, según dice el indio Cipriano, adornaba la cabeza de la principal ó superiora de las vírgenes consagradas á ese mismo sol que en este instante ilumina

la joya con sus rayos. La cadena de oro que pende de su cuello, debe de pesar unas cuantas libras. Y el vestido ¡qué pulcro y qué lujoso! de raso, y velludo todo él... ¡Si parece tu novio un emperador! El jubon y los gregüescos son morados, con respuntes de oro; los puños y la gorguera de primorosas randas; las calzas ceñidas, de punto, dejan lucir la bien formada pierna; y el lindo gaban, con mangas perdidas, está aforrado de marta. Vamos, señora, no seas de cal y canto. Mirale... ¡qué airoso viene! ¡Qué barba negra tan bien peinada y lustrosa! ¡Qué bonitos rizos! Pero... ya entra en el zaguan... Ya entró. Voy á abrirle.

(Sale Juanilla. Laura, al verse sola, exhala un hondo suspiro, y exclama):

LAURA.—Madre santísima de los Dolores! ¡Jesus mío de mi alma! ¡Tened piedad de mí!

ESCENA II.

Entra JUANILLA acompañando á FRANCISCO DE CUÉLLAR.

JUANILLA se va, y deja al hidalgo con su señora.

CUÉLLAR.—Vengo, hermosa Laura, á despedirme de vos para una ausencia, que espero sea corta. Vuestro hermano y yo tenemos negocios en Sevilla, y hemos convenido en que yo sea quien vaya á ponerlos en órden. Mucho me cuesta separarme de vuestro lado: os amo más cada dia; pero conozco que esta separacion es conveniente. Libre así del asiduo ahinco

con que os visito, sirvo y pretendo, podreis meditar mejor en lo que os está bien hacer; y luégo no sereis acaso tan dura conmigo.

LAURA.—Creedme, Sr. Francisco de Cuéllar, yo no puedo ser dura con vos, porque no soy ingrata. Grande es la honra que me haceis en ofrecerme vuestra mano: yo os lo agradezco...

CUÉLLAR.—Pero no lo aceptais. ¿Amais á otro, Laura?

LAURA.—No, Cuéllar. Si mi alma fuese capaz de amar, os amaría.

CUÉLLAR.—Las mujeres teneis mil melindres y os forjais mil dificultades fantásticas que los hombres no entendemos. ¿Por qué no ha de ser capaz de amar vuestra alma? Yo he oido decir que el ángel de las tinieblas es el único sér incapaz de amar. Vos, que sois lo contrario; vos, que sois un ángel de luz, ántes que al desamor, debeis sentir os propensa á enamoraros! Y la gratitud, Laura, que confesais deberme, es excelente preparacion de amor. Poco os falta ya para amarme, si es que me estais agradecida. Poned buen talante y me amareis al cabo. ¿Callais? ¿Nada me respondeis?

LAURA.—¿Qué he de responderos que os plazca? Sois discreto y valiente, estais rico, volveis de Indias cubierto de laureles; mi hermano quiere que yo sea vuestra; si yo me sintiera inclinada á amar, á nadie amaría mejor que á vos; pero ¿qué quereis? Me duele decíroslo. Os pediré perdon de rodillas si os agravió diciéndooslo. No os amo.

CUÉLLAR.—Repito que amais á otro hombre. Teneis miedo por él, y por eso no me lo confesais. Yo sabré

quién es mi rival. Yo me vengaré de quien me roba vuestro afecto.

LAURA.—Sosegaos, Cuéllar. No dudeis de mi sinceridad. No amo á criatura alguna con ese amor exclusivo. No teneis rival de quien vengaros.

CUÉLLAR.—¿Cómo, por qué destruir entónces todas mis esperanzas, por tantos años y en medio de tantos peligros, alimentadas y acariciadas? Erais muy niña, apenas erais mujer, cuando os ví por vez primera y os amé ciegamente. ¿No me recordais de entónces? ¿Ni siquiera me recordais?

LAURA.—Sí, Cuéllar: recuerdo cuando vinisteis con mi hermano desde Salamanca. Estuvisteis aquí cuatro días y os fuisteis á Sanlúcar á embarcaros para las Indias. ¿Cómo no recordar aquellos tan amargos instantes en que mi hermano me abandonaba, quizá para siempre, yendo á traves de los mares á tierras desconocidas y remotas, entre gentiles, á buscar fortuna y á hallar acaso la muerte?

CUÉLLAR.—Pues bien, Laura: ya que recordais aquellos instantes, sabed que desde entónces os amo. Mi vida había sido hasta allí, como la de vuestro hermano, un delirio sin tregua, una bacanal espantosa. Estudiante ámbos en Salamanca, nos hicimos amigos, no para estudiar juntos, sino para ser juntos más que traviosos y bulliciosos. Fuimos el escándalo de la ciudad. La poca hacienda que ambos teníamos se consumió en deportes. No tuvieron número nuestras penencias. La suerte siempre nos fué propicia en las armas, pero en el juego nos fué contraria. Perseguidos entónces por usureros, sin recursos y sin ganas de estudiar, nos llenamos de codicia y de férvido deseo de

gloria al oír contar los descubrimientos y conquistas que andaban haciendo los españoles en las Indias de Occidente, y determinamos irnos por allá en busca de los bienes que por acá nos negaba el destino. Yo no quise despedirme de nadie. Estaba mal con mi padre, que vivía aún, y no fui á verle por mil motivos: entre ellos, á fin de que no estorbase mi atrevida determinación. Vuestro hermano, huérfano de padre y madre, quiso venir por aquí á veros ántes de partir, á despedirse de su tía doña Brianda, á quien os dejó confiada, y á allegar algunos mezquinos recursos. Tal fué la ocasion de que nos viéramos. Vuestra vista fué una revelacion para mí. El amor brotó de repente en mi alma y echó en ella profundas raíces. Yo no había tratado sino con aventureras infames, y en vos ví á la mujer que imaginan, si no logran verla, los corazones enamorados: inocente, pura, hermosa, discreta aunque tan niña...

LAURA.—¡Ah! ¡Callad por piedad, y no me atormentéis! No merezco tanta estimacion de vuestra parte...

CUÉLLAR.—Desde entónces, sin declarároslo, porque no me atreví ni era aquella ocasion de declarároslo, me consideré como vuestro Amadís y fuísteis mi Oriana. Para vos ambicionaba la nombradía; para vos codiciaba las riquezas. En las tempestades de la mar os veía cual estrella solitaria que me guiaba desde la bóveda celeste entre las rotas nubes. En la isla infernal me alimentaba vuestro recuerdo, y me daba fuerza para resistir la sed, el hambre y la inclemencia de los elementos. Por los desfiladeros horribles de la sierra, por las sendas escabrosas, donde sólo la hen-

dida pezuña del llama y el pié desnudo del indio se diría que podían sostenerse sin resbalar, iba yo tranquilo, á caballo, abrumado con el peso de mis armas, porque vos érais el ángel que me sostenía para no hundirme en el hondo precipicio. En las crestas nevadas, donde hace su nido el condor, donde no había árboles con que encender una hoguera, donde muchos infelices compañeros, y hasta los indios que nos guiaban morían de frío, la sangre se agitaba en mis venas, porque el fuego de vuestro amor ardía en mi corazón, y por ellas se difundía. En los trances de mayor peligro, en las fatigas más rudas, despues de encomendarme á Dios, á vos me encomendaba, como si fueseis mi ángel custodio ó el santo de mi devoción, abogado mio en el cielo.

LAURA. (Aparte.)—¡Dios mio! ¿Por qué no arrancais este amor del corazón de Cuéllar? Harto sabeis que no debo pagar este amor.

CUÉLLAR.—Ya veis, Laura, cuánto os he amado. Pues ahora os amo más aún. Vuestro desvío irrita, enciende mi pasión. No hay obstáculo que me arredre. O he de conquistar vuestro corazón ó he de morir en la demanda.

LAURA.—No sé qué contestaros, señor. Vuestras palabras me lisonjean y me asustan.

CUÉLLAR.—Aquí viene vuestro hermano.

ESCENA III.

Dichos, RIVERA.

RIVERA.—Veo que siguen los melindres de Laura. Merecería que la olvidases y despreciases.

CUÉLLAR.—No ofendas á tu hermana, Rivera. El amor no se impone. Me basta con la certidumbre que ya tengo de que ella no ama á otro. Sin más rival que Dios, el mismo Dios me ayudará, con el tiempo, á conseguir su amor. Aguardaré con resignación y firmeza. Adios, Laura. Dentro de media hora saldré para Sevilla. Pensad en mi amor, y, si por mí no me amais, amadme por el amor que os tengo.

LAURA.—Estimo tanto, noble Cuéllar, vuestra persona como vuestro amor. Mi mayor infortunio es no poder deciros con el corazón, que os amo y que soy vuestra.

CUÉLLAR.—Adios, Laura.—Adios, Bartolomé. (Cuéllar va á salir.)

RIVERA.—Voy á despedirte.

CUÉLLAR.—No te molestes. Todo está preparado y parto en seguida. No tengo más que ponerme en traje de camino. Adios. Te ruego que no vengas.

RIVERA.—Adios, pues. (Vase Cuéllar.)

ESCENA IV.

LAURA, RIVERA.

RIVERA.—Tu desden, hermana, me tiene más disgustado cada día. Hay en la causa de que nace un misterio que quiero y temo descubrir. Pero no hablemos de esto ahora; tienes puesto el manto para salir con Juanilla. Tus ropas están en casa de doña Irene: véte al punto allí. Como ya te dije, no quiero que permanezcas más en esta casa. Doña Irene, que es persona de toda mi confianza y de mucha autoridad, te dará albergue y te hará compañía hasta que te cases, si es que te casas. ¡Hola! ¡Juanilla! (Aparece Juanilla.)

JUANILLA.—¡Señor! ¿Qué mandas?

RIVERA.—Véte con Laura. Doña Irene os espera.

(A Laura.) ¿Y tu tía?

LAURA.—Fué á sus devociones. En casa de doña Irene me aguardará ya también.

RIVERA.—Pues anda con Dios.

LAURA.—Adios, hermano.

(Vánse Laura y Juanilla.)

ESCENA V.

RIVERA solo.

RIVERA.—Me devoraba la impaciencia de quedar solo para recibir y hablar al Padre Antonio, que

debe llegar al punto. (Pasea agitado por la estancia.) Cipriano está á la mira; le abrirá y le hará entrar. El Padre Antonio, si quiere, puede revelármelo todo. Si no quiere, le obligaré á ello. Ni el Padre ni nadie se ha de burlar de mí. Un compañero del marqués Pizarro debe inspirar respeto, debe infundir terror. Me sobra derecho: tengo motivo justo... Ya llega el fraile... Siento sus pasos en el corredor. Calma. Sentémonos.

ESCENA VI.

RIVERA, el PADRE ANTONIO.

EL PADRE.—¡Ave María Purísima! La santa paz de Dios sea en esta casa. ¿Qué me quieres, hijo?

RIVERA.—Antes de todo, besar la mano de vuestra reverencia, por quien es y por la merced y la honra que me hace en venir á verme, cediendo á mi súplica.

(Rivera besa la mano al fraile y ambos se sientan en sendos sillones.)

EL PADRE.—Dí lo que gustes.

RIVERA.—Sé que mi hermana es vuestra hija de confesión.

EL PADRE.—Desde hace tres años.

RIVERA.—¿Queréisla bien?

EL PADRE.—¿Cómo no quererla? Sus excelentes prendas le granjean estimación y cariño.

RIVERA.—Conocereis sus pensamientos y su vida.

EL PADRE.—Su alma es un libro abierto para mí.

ESCENA IV.

LAURA, RIVERA.

RIVERA.—Tu desden, hermana, me tiene más disgustado cada día. Hay en la causa de que nace un misterio que quiero y temo descubrir. Pero no hablemos de esto ahora; tienes puesto el manto para salir con Juanilla. Tus ropas están en casa de doña Irene: véte al punto allí. Como ya te dije, no quiero que permanezcas más en esta casa. Doña Irene, que es persona de toda mi confianza y de mucha autoridad, te dará albergue y te hará compañía hasta que te cases, si es que te casas. ¡Hola! ¡Juanilla! (Aparece Juanilla.)

JUANILLA.—¡Señor! ¿Qué mandas?

RIVERA.—Véte con Laura. Doña Irene os espera.

(A Laura.) ¿Y tu tía?

LAURA.—Fué á sus devociones. En casa de doña Irene me aguardará ya también.

RIVERA.—Pues anda con Dios.

LAURA.—Adios, hermano.

(Vánse Laura y Juanilla.)

ESCENA V.

RIVERA solo.

RIVERA.—Me devoraba la impaciencia de quedar solo para recibir y hablar al Padre Antonio, que

debe llegar al punto. (Pasea agitado por la estancia.) Cipriano está á la mira; le abrirá y le hará entrar. El Padre Antonio, si quiere, puede revelármelo todo. Si no quiere, le obligaré á ello. Ni el Padre ni nadie se ha de burlar de mí. Un compañero del marqués Pizarro debe inspirar respeto, debe infundir terror. Me sobra derecho: tengo motivo justo... Ya llega el fraile... Siento sus pasos en el corredor. Calma. Sentémonos.

ESCENA VI.

RIVERA, el PADRE ANTONIO.

EL PADRE.—¡Ave María Purísima! La santa paz de Dios sea en esta casa. ¿Qué me quieres, hijo?

RIVERA.—Antes de todo, besar la mano de vuestra reverencia, por quien es y por la merced y la honra que me hace en venir á verme, cediendo á mi súplica.

(Rivera besa la mano al fraile y ambos se sientan en sendos sillones.)

EL PADRE.—Dí lo que gustes.

RIVERA.—Sé que mi hermana es vuestra hija de confesión.

EL PADRE.—Desde hace tres años.

RIVERA.—¿Queréisla bien?

EL PADRE.—¿Cómo no quererla? Sus excelentes prendas le granjean estimación y cariño.

RIVERA.—Conocereis sus pensamientos y su vida.

EL PADRE.—Su alma es un libro abierto para mí.

Los ojos de mi espíritu penetran en el fondo de su corazón, como si fuera su pecho de cristal limpio y claro.

RIVERA.—Ya que tan bien la conoceis, ¿podreis declararme por qué repugna casarse con el hombre que he elegido para ella?

EL PADRE.—¿Qué necesidad tienes de que yo lo declare? Sabido es que tu hermana desea tomar el velo.

RIVERA.—Y vos ¿cómo no le aconsejais que me obedezca?

EL PADRE.—Porque no debo contrariar su vocación; porque no puedo apartarla del camino por donde Dios la lleva.

RIVERA.—Bien está, Padre. Pero yo tengo una duda. ¿La vocación es espontánea ó motivada por algún suceso infausto? Sacadme de esta duda.

EL PADRE.—No puedo.

RIVERA.—Voto á una legión de demonios. ¿Pretenéis probar mi paciencia? Sacadme de esta duda.

EL PADRE.—Bartolomé de Rivera, tú no estás en tu juicio.

RIVERA.—¿Qué pretendéis significar?

EL PADRE.—Nada pretendo significar; afirmo que te olvidas de quién soy, y que me faltas al respeto. Si hubiese alguna razón oculta, algo de misterioso en el motivo de la vocación de tu hermana, y si yo conociese esa razón y ese motivo, sería bajo el sigilo del Santo Sacramento. ¿Cómo había yo de romper el sigilo para satisfacer tu sacrilega curiosidad? ¿Por quién me tomas?

RIVERA.—¿Y por quién me tomáis vos á mí? No me conoceis. No lo extraño. Me fuí de aquí muy mozo.

Si me conociérais, sabríais que soy tenaz. Estábamos en una peña estéril, rodeada de mar desconocido, sin esperanza apenas de que llegasen gentes de refresco con barcos, víveres y armas para proseguir una empresa que parecía locura; estábamos ya postrados de fatiga, sed y hambre, cuando vino Tafur el cordobés á llevarnos á Panamá por orden del gobernador. Los más cedían y se iban con Tafur. Pizarro, entonces, con notable aliento, desenvainó su puñal é hizo con él en la arena una raya que iba de Poniente á Levante: «Quien quiera volver á Panamá á ser pobre, dijo, que no pase esta raya; y quien quiera ir al Perú á ser rico, que la pase y me siga. Escoja el que fuere buen castellano lo que mejor le estuviere.» Así habló y pasó la raya. Le seguimos trece, y yo fuí uno de ellos. Desde entonces nos apellidan los trece de la fama. ¿Y sabéis por qué? Porque viéndonos cercados de los mayores trabajos que pudo el mundo ofrecer á hombres, y más para esperar la muerte que las riquezas que se nos prometían, todo lo pospusimos á la honra. Considerad, pues, si yo cejaré en casos de honra, cuando hice allí lo que hice. Siete meses aguardamos en aquel infierno con la vaga esperanza de que viniese un barco que nos llevara á descubrir un imperio tal vez soñado. ¿Qué no haré yo ahora por descubrir algo que me importa no ménos que el imperio!

EL PADRE.—No veo, hijo, los trabajos que ahora tienes que pasar, ni mucho ménos los peligros que tienes que arrostrar. Permite que no vea tampoco ni amenazas ni desacato impío en tu razonamiento.

RIVERA.—Dejémonos de rodeos y de equívocos, Pa-

dre. No es mi intencion ofenderos; pero hay una causa oculta de la resistencia de mi hermana á casarse con Cuéllar. Tengo indicios de que la hay. Decídmela, pues. El ser yo cabeza de familia me da derecho á ello.

EL PADRE.—Me asombra tu ignorancia. Ni el Rey puede obligar al sacerdote á que revele un secreto de confesion, aunque de él penda la salud de la república. Cabeza de familia y Emperador era Wenceslao, y el santo mártir Juan Nepomuceno sufrió la muerte ántes que declarar lo que le había confiado la Emperatriz. Su lengua, que supo callarse, se conserva aún en Praga, incorrupta y esparciendo suave fragancia.

RIVERA.—No temais...

EL PADRE.—Nada temo.

RIVERA.—No temais, digo, que imite yo al Emperador, y haga experimento cruel de la no corrupcion de vuestra lengua. No cedais por miedo ruin; pero ceded á la prudente consideracion de evitar males mayores. Sin acudir á vos, tengo medios de averiguarlo todo, exponiéndome á ser tremendo y hasta feroz con alguna persona. Evitad que lo sea.

EL PADRE.—Dios lo evitará, si conviene. Yo no debo faltar á mi obligacion para evitar que tú faltes á la tuya: yo no debo pecar para que tú no peques. Deber mio, no obstante, es darte sanos consejos y apartarte de toda airada determinacion, y más aún si no tienes fundamento para tomarla. Tu hermana quiere retirarse del siglo. ¿Qué mal hay en esto? ¿Por qué no ha de ser espontánea su vocacion? Y cuando no lo sea, cuando haya algun oculto motivo, ¿ha de ser malo el motivo que á tan buen fin conduce?

RIVERA.—Padre Antonio, inútil es ya el disimulo. Yo sospecho algo de la condicion infame de ese motivo, y tengo que poner en claro mi sospecha. Juani-lla, que se ha criado con mi hermana, es tan picotera como simple. En los cinco dias que hace que llegué á este lugar, he hablado con ella varias veces y he procurado averiguar la vida que Laura y mi tia doña Brianda han hecho durante mi larga ausencia.

EL PADRE.—¿Y qué has averiguado por Juani-lla?

RIVERA.—Poco para lo que me importa; demasiado para que mis recelos se confirmen. En estos tres últimos años sé que esta casa ha sido como un monasterio. Mi tia y mi hermana no han salido sino para ir á la iglesia. Aquí sólo vos habeis entrado.

EL PADRE.—¿Y ántes de los tres últimos años?

RIVERA.—Antes, ha pasado siempre ó casi siempre lo mismo. Oid, no obstante, cómo mis sospechas han ido confirmándose. Mi hermana acaba de cumplir diez y nueve años. Tenía catorce cuando yo la dejé y me fuí á las Indias. Hace tres, poco ántes de que empezase á confesarse con vos, estaba mi hermana entre los quince y los diez y seis. Hasta entónces gozó de buena salud y de excelente y muy alegre humor. Sus mejillas parecian rosas; sus labios claveles. Laura brincaba como un cervatillo y cantaba como un jilguero. Hoy ni brinca ni canta, ni da señal de regocijo. Hoy gime, suspira y desfallece. Está hermosa, pero la encendida color de sus mejillas ha desaparecido. Su palidez, sus ojeras y su melancolía la hacen acaso más interesante: ponen algo de extraño y misterioso en su hermosura; pero me dan mucho en qué pensar. De los mil pormenores que inocentemente me

ha descubierto Juanilla, resulta que esta mudanza de Laura empezó poco ántes de que ella fuese vuestra hija de confesion. ¿Qué sucedió, pues, poco ántes? Claro está que yo, como quien une pedacillos de papel para leer un escrito que se ha roto, he ido enlazando y uniendo lo que me ha dicho Juanilla en varias ocasiones. Por ella sé tambien que, hace más de tres años, entró varias veces en esta casa un hombre que no erais vos. Entró con tanto recato, que nadie de fuera logró verle. Juanilla misma no le vió jamás la cara. ¿Quién era este hombre? ¿A qué venia? ¿Por qué no ha vuelto? Doña Brianda no es vieja ni fea. Ahora apenas tiene cuarenta años. El hombre pudo venir por ella; pero tengo mis razones para dudar de que por ella viniese.

EL PADRE.—¿Por quién crees que vino?

RIVERA.—Por mi hermana. Doña Brianda habrá de confesármelo todo.

EL PADRE.—No bastan esas apariencias engañosas. No te precipites á algun acto violento.

RIVERA.—No me precipito. Voy con piés de plomo. He continuado en mis pesquisas, y algo más he descubierto. He forzado la cerradura del arca de mi tia; he registrado toda el arca, y en el fondo, en otra arquilla pequeña que he abierto asimismo con violencia, si bien no he hallado escrito alguno, he hallado una bolsa llena de monedas de oro y varios dijos de valor. ¿De dónde proviene esto? Mi tia estaba en la mayor pobreza. ¿Cómo lo ha ganado? Vos lo sabéis todo. Decídmelo y evitaredes acaso una explicacion penosísima. A fin de quedarme solo y libre, á fin de que nadie más que yo se entere de lo que deseo enterar-

me, y sea testigo, quién sabe si de mi deshonra, he excitado á Cuéllar á que vaya á Sevilla á terminar nuestros negocios, y he enviado á Laura con Juanilla en casa de doña Irene. Aquí sólo quedamos el indio Cipriano y yo. Mi tia volverá pronto, y entónces yo me entenderé con ella en esta soledad.

EL PADRE.—¿Pretendes acaso atormentar á tu tia?

RIVERA.—¿Por qué no, si lo merece?

EL PADRE.—No lo consentiré jamás.

RIVERA.—¿Qué medio teneis para oponeros? ¿Con qué razon os oponderis? En casos de honra no hay tribunal que valga. Es necesario que el mismo agraviado descubra el delito y le castigue. Vos, que sois tan sigiloso para lo que en confesion os dicen, no seréis mi delator, infamándome y descubriendo mi propósito. En esta confianza, aunque pudiera deteneros y áun encerraros, os dejaré ir libre. (Suenan dos aldabazos á la puerta.) Ahí está ya doña Brianda. (Prestando oido á los pasos, que se supone que oye en el corredor.) Mi tia se va derecha á su cuarto. Padre, podeis iros. Cuenta con lo que haceis. Si me delatais, si enviais á alguien en socorro de doña Brianda, estoy determinado á todo; no temo ni á la horca, mato á doña Brianda á puñaladas. ¡Cipriano! (Aparece el indio.)

CIPRIANO.—¡Señor!

RIVERA.—Acompaña al Padre Antonio hasta la puerta de la calle. Adios, Padre Antonio. (Váse Rivera.)

ESCENA VII.

EL PADRE ANTONIO, CIPRIANO.

EL PADRE. (Aparte.)—No debo irme. Sólo quedándome puedo evitar una gran desgracia, aunque sea exponiéndome á morir á manos de este energúmeno. (Al indio con firmeza.) Me quedo aquí.

CIPRIANO.—El amo manda que se vaya vuestra reverencia. Fuerza es obedecerle.

EL PADRE.—¿Y por qué le obedeces?

CIPRIANO.—Por temor y por cariño.

EL PADRE.—Temor... No le tengas. Aquí no estamos en el Perú, donde era omnipotente tu amo. Cariño... La mayor prueba que de tu cariño puedes darle, es dejarme aquí y callar. Quedándome, salvaré á tu amo.

CIPRIANO.—Padre, yo no puedo entrar en estas honrras. Sólo me toca obedecer. Venid, salid de casa.

EL PADRE.—Te digo que no saldré. ¿Eres cristiano?

CIPRIANO.—Sí, Padre, á Dios gracias.

EL PADRE.—Respeto, pues, en mí á un ministro del Altísimo. Dios me manda que aquí me quede. Concurrer á que se cumplan sus designios inexcrutables. Cállate y déjame tranquilo. Si por obedecer á tu amo me desobedeces y desobedeces á Dios, caerá sobre tu cabeza la maldición del cielo.

CIPRIANO.—¿Qué decís? ¡Jesús mío!

EL PADRE.—Lo que oyes: la maldición del cielo.

CIPRIANO.—¡Qué horror!... (Volviendo de su asombro.) Vete, señor. Tiemblo por tí y por mí. Mi amo va á volver.

EL PADRE.—Sal tú. Yo me ocultaré en aquella estancia. Desde allí estaré á la mira. (Se oye dentro ruido.)

DOÑA BRIANDA. (Desde dentro y lejos aún.)— ¡Déjame en paz! ¿Te has vuelto loco? (El Padre se oculta.)

CIPRIANO.—¡Qué apuro! Si callo soy infiel á mi amo. Si delato al Padre, ¿qué hará de él este terrible amo mio? Además, Dios me castigaría. El Padre parece un santo. Sin duda se esconde por nuestro bien. (Vase Cipriano.)

ESCENA VIII.

RIVERA, DOÑA BRIANDA.

[Aparece doña Brianda huyendo de Rivera y como buscando medio de irse á la calle. Rivera le ataja el paso, cierra la puerta que da á lo exterior de la casa y guarda la llave. Cierra igualmente los vidrios del balcon.]

DOÑA BRIANDA.—Déjame en paz, Bartolomé. Tus sospechas son tan absurdas como ofensivas.

RIVERA.—Ya es inútil que corras. Ya no puedes irte. Cerré la puerta de tu cuarto que da al corredor. Ahora he cerrado esta otra. He cerrado el balcon para que no te oigan si gritas. Resígnate y dame cuenta de todo.

DOÑA BRIANDA.—Bartolomé, tú deliras. Me pones miedo. Gritaré y me oirán.

ESCENA VII.

EL PADRE ANTONIO, CIPRIANO.

EL PADRE. (Aparte.)—No debo irme. Sólo quedándome puedo evitar una gran desgracia, aunque sea exponiéndome á morir á manos de este energúmeno. (Al indio con firmeza.) Me quedo aquí.

CIPRIANO.—El amo manda que se vaya vuestra reverencia. Fuerza es obedecerle.

EL PADRE.—¿Y por qué le obedeces?

CIPRIANO.—Por temor y por cariño.

EL PADRE.—Temor... No le tengas. Aquí no estamos en el Perú, donde era omnipotente tu amo. Cariño... La mayor prueba que de tu cariño puedes darle, es dejarme aquí y callar. Quedándome, salvaré á tu amo.

CIPRIANO.—Padre, yo no puedo entrar en estas honrras. Sólo me toca obedecer. Venid, salid de casa.

EL PADRE.—Te digo que no saldré. ¿Eres cristiano?

CIPRIANO.—Sí, Padre, á Dios gracias.

EL PADRE.—Respeto, pues, en mí á un ministro del Altísimo. Dios me manda que aquí me quede. Concurre á que se cumplan sus designios inexcrutables. Cállate y déjame tranquilo. Si por obedecer á tu amo me desobedeces y desobedeces á Dios, caerá sobre tu cabeza la maldición del cielo.

CIPRIANO.—¿Qué decís? ¡Jesús mío!

EL PADRE.—Lo que oyes: la maldición del cielo.

CIPRIANO.—¡Qué horror!... (Volviendo de su asombro.) Vete, señor. Tiemblo por tí y por mí. Mi amo va á volver.

EL PADRE.—Sal tú. Yo me ocultaré en aquella estancia. Desde allí estaré á la mira. (Se oye dentro ruido.)

DOÑA BRIANDA. (Desde dentro y lejos aún.)— ¡Déjame en paz! ¿Te has vuelto loco? (El Padre se oculta.)

CIPRIANO.—¡Qué apuro! Si callo soy infiel á mi amo. Si delato al Padre, ¿qué hará de él este terrible amo mio? Además, Dios me castigaría. El Padre parece un santo. Sin duda se esconde por nuestro bien. (Vase Cipriano.)

ESCENA VIII.

RIVERA, DOÑA BRIANDA.

[Aparece doña Brianda huyendo de Rivera y como buscando medio de irse á la calle. Rivera le ataja el paso, cierra la puerta que da á lo exterior de la casa y guarda la llave. Cierra igualmente los vidrios del balcon.]

DOÑA BRIANDA.—Déjame en paz, Bartolomé. Tus sospechas son tan absurdas como ofensivas.

RIVERA.—Ya es inútil que corras. Ya no puedes irte. Cerré la puerta de tu cuarto que da al corredor. Ahora he cerrado esta otra. He cerrado el balcon para que no te oigan si gritas. Resígnate y dame cuenta de todo.

DOÑA BRIANDA.—Bartolomé, tú deliras. Me pones miedo. Gritaré y me oirán.

RIVERA.—De sobra me conoces. Ya sabes que no entiendo de burlas. Estoy determinado. Si gritas, te ahogo. Calma, pues. Vamos... siéntate.

(Agarra de un brazo á doña Brianda y la hace sentarse.)

DOÑA BRIANDA.—Eres el mismo de siempre. Tan cruel, más cruel que hace años. Pero entónceseras infeliz. Tenían disculpa tu mal humor y tu violencia. Hoy no la tienen: Entónces... ¿te acuerdas?... acudías á mí en casos desesperados... perseguido por tus acreedores... yo te daba cuanto tenía. Por tí vendí las finquillas que me dejó mi difunto marido. Por tí y para tí desaparecieron las alhajas que autorizaban mi estrado: brasero de plata con tarima de ébano incrustado de marfil, alcatifas de Levante, tapices flamencos, escaparates y escritorcillos, sillones de baqueta de Moscovia y almohadas de Damasco. Mis dijes fueron empeñados, y al cabo vendidos para acudir á tus compromisos. Pero, ¿qué mucho? ¿No te llevaste en ocasiones hasta lo que hilaba yo en la rueca y lo que afanaba en la almohadilla? Hoy estoy pobre y tu muy rico. Nada puedo darte ya. ¿Por qué me amenazas? ¿Por qué me intimidas?

RIVERA.—Porque no es verdad lo que dices; porque no estás pobre. He registrado tu arca. Mira lo que he encontrado... (Mostrándole los objetos.) Esta bolsa llena de oro; estas ricas joyas... ¿De dónde ha venido todo esto?

DOÑA BRIANDA.—¿Estás celoso, mi bien? Si estás celoso, mayor es la dulzura con que tus celos me lisonjean que el temor que me causa tu ira. Mi bien, yo no te he faltado.

RIVERA.—Fuego del cielo te confunda. Con razon

lo sospechaba. ¿Qué oficio abominable hiciste entónces para satisfacer tu codicia? No seas necia. Yo no tengo celos. Yo no te amo. Yo me avergüenzo de haberte amado. Te pagaré con usura lo que gastaste por culpa mia. Otra causa me mueve á averiguar de dónde han venido estas riquezas. Confiesa tu maldad. ¿De dónde han venido?

DOÑA BRIANDA.—El furor te ciega. Bartolomé, escúchame con reposo.

RIVERA.—Me presto á escucharte con paciencia que raye en lo inverosímil, aunque preveo que vas á mentir. Dí lo que quieras.

DOÑA BRIANDA.—No tengas de mí tan mala opinion: tú mismo te agravias teniéndola. Considera, Bartolomé, que esa opinion mala la debías tener ya cuando te fuiste á Indias. Y si la tenías, ¿por qué dejaste á tu hermana en mi poder? ¿Qué caso hacías entónces de tu honra cuando la dejabas á la merced de quien tan vil concepto te debe? No: yo no soy tan perversa como imaginas. He sido culpada, débil contigo; pero amarte fué mi pecado: tú, ménos que nadie, debierás acusarme. Yo te perdono el mal que me has hecho con tus durísimas palabras. Perdóname tú el engaño que te hice, ocultándote, cuando te fuiste á Indias, que aún me quedaba ese pequeño tesoro. Por no vivir en la miseria te le oculté. Te dije que ya te había dado cuanto tenía, y aún guardaba eso que hoy has descubierto y bastante más con que hemos vivido: Dime tú, imprevisor, loco: ¿cómo hubiéramos vivido tu hermana y yo, si no tengo el tino y la precaucion de engañarte?

RIVERA.—¿Cómo hubiérais vivido? Como vive toda

mujer honrada y pobre; con el trabajo de vuestras manos. Debió, además, alentaros la esperanza de verme volver rico, ilustre, glorioso, como al fin he vuelto. Pero vosotras no tuvisteis ni esperanza ni fe.

DOÑA BRIANDA.—Considera que no pocas veces te lloramos por muerto; que no recibíamos cartas ni noticias tuyas. Ciego de ambición, luchando á brazo partido con la fortuna, sin duda te olvidaste de mí y de tu hermana, y no nos escribías; tal vez no tenías medios de escribirnos.

RIVERA.—No los he tenido casi nunca. Y, además, ¿para qué escribiros? ¿Hubieran sido mis cartas cual benéfico talisman, que te hubiera impedido ser mala? Tus embustes groseros no me deslumbran. Veo ya claro el abismo en que ha caído mi honra. No sufro más disculpas vanas. Dime el nombre del seductor. Pronto, ó mueres. (Amenaza darle muerte con la daga desnuda.)

DOÑA BRIANDA.—Mátame... Yo no puedo suponer lo que no es.

RIVERA. (Aparte.)—Es tan terca, que se dejará matar y no descubrirá nada. Apelaré á la astucia. (Á doña Brianda.) En balde finges..., en balde te callas... Aunque no lo confieses..., tengo pleno convencimiento de tu delito. Laura me lo ha confesado todo.

DOÑA BRIANDA.—Laura soñaba... Laura no ha podido mentir... Tú eres quien inventa todo eso, pensando que así confesaré. No..., no está mal ideado el ardid. Si yo fuese culpada, ya me hubieras hecho caer en el lazo. Gracias á Dios..., no lo soy.

RIVERA.—Lo que tú eres es la astucia..., la impu-

dencia en persona; pero no te valdrá. No tendré compasión contigo. Te haré dar tormento para que confieses. (Se dirige á la puerta que da á lo exterior de la casa; la abre con la llave y llama.) ¡Cipriano! (Aparece el indio.)

CIPRIANO.—Señor; ¿qué ordenas?

RIVERA. (Aparte.)—¡Qué vergüenza! ¿Qué voy á hacer, Dios mio? (Á Cipriano.) Nada. Aguarda ahí mis órdenes. (Cierra la puerta otra vez, aunque no con llave. Luego, en voz baja, para que no le oiga el indio.) (Á doña Brianda.) No seas terca. ¡Evita un escándalo! Mira que estoy decidido á todo. Sálvame y sálvate. Ese indio es más que un esclavo; es un mero instrumento mio. No me obligues á que le mande que haga contigo el oficio de verdugo. Ten piedad de tí y de mí. Confiesa.

DOÑA BRIANDA.—Mátame, descuartízame, atormentame. Nunca me declararé culpada... No..., no lo soy.

RIVERA.—Lo eres, Brianda, lo eres; pero yo te perdonaré con tal de que confieses y me des el nombre del seductor, á fin de vengar el agravio. ¿Quieres que jure? Juraré... Juro por lo más sagrado que te perdono. Confiesa ahora.

DOÑA BRIANDA.—Te compadezco, pobre Bartolomé. ¿Qué pesadilla es la tuya? Si no hay delito, bien mio, ¿cómo quieres que le confiese?

RIVERA. (Meditando entre sí.)—¿Tendrá razon, cielos santos? ¿Será una pesadilla la mia? ¿Por qué no ha de ser posible que la vocacion de Laura sea espontánea? Pero..., ¿y el hombre que entraba aquí de oculto? ¿Y este dinero? ¿Y estas joyas?

DOÑA BRIANDA. (Advirtiendo que Rivera duda y vacila.)—¿Lo ves? Los santos del cielo te inspiran ideas mejo-

res. Lo recapacitas y te convences de que tu diabólico ensueño no tiene ser real.

RIVERA.—Escucha, Brianda. La agitación de mi espíritu no puede durar. Necesito salir hoy mismo de la duda en que estoy. Me repugnaba interrogar á mi hermana, y tú me obligas á ello. Si conviene, la traeré á careo contigo. Mira que soy firme y no cejo. Aún no he agotado mis recursos de averiguarlo todo. Sólo una franca y humilde confesion puede salvarte. Medítalo bien. Te dejaré á solas con tu conciencia. Te doy dos horas de término. Hasta muy pronto.

(Rivera toma su sombrero y va á salir. Al abrir la puerta aparece Cipriano.)

RIVERA. (Al indio.)—Ten cuidado con esa mujer, vigíla... y no consientas que salga de casa. Me respondes con tu vida. (Vase Rivera.)

ESCENA IX.

DOÑA BRIANDA, EL PADRE ANTONIO.

DOÑA BRIANDA.—¡Gracias por esta tregua, Dios mio! (Viendo al Padre, que aparece.) ¿Vos aquí?

EL PADRE.—Me había ocultado para ampararte, si hubiera sido indispensable. Todo lo he oido. Te conocía, pero no te juzgaba tan mala. En vez de ser tu defensor y tu escudo, he estado á punto de salir á acusarte. Duras entrañas tienes. Rivera te prometía

con juramento su perdon con tal de que confesaras. ¿Por qué no has confesado?

DOÑA BRIANDA.—¿Y qué había yo de confesar, Padre Antonio?

EL PADRE.—¿Intentas proseguir conmigo en tus embustes?

DOÑA BRIANDA.—Además, Padre, ¿quién fia en juramentos ni en promesas de estos que vuelven de Indias? Avezados á tratar con gentiles, á prometer y no cumplir, tal vez se figuren que tambien somos indios y no cristianos, y no cumplan lo que prometen. Prometida tuvo la libertad el inca Atahualpa, comprándola con casi todo el oro que poseía: entregó el oro, y en vez de cumplirle la promesa, le guardaron cautivo y le dieron afrentosa muerte.

EL PADRE.—El inca fué juzgado y sentenciado. Los jueces darán cuenta á Dios de la sentencia. No te entrometas en censurar á los otros. Piensa en tí misma. Mira que todo se descubre. Confiesa tú culpa á Rivera en cuanto vuelva á interrogarte.

DOÑA BRIANDA.—Aunque sois duro y acerbo conmigo, quiero ser con vos franca y leal. Demos por supuesto que yo soy culpada. ¿Qué ventaja sacará Rivera de que yo le confiese mi culpa? Vos, que sois sacerdote de un Dios de paz, ¿queréis que Rivera lave con sangre su agravio?

EL PADRE.—No; pero quiero que tenga la debida reparacion.

DOÑA BRIANDA.—Esa reparacion es imposible. Si no fuera imposible sería funesta.

EL PADRE.—¿Por qué es imposible?

DOÑA BRIANDA.—¿Sabéis vos quién fué el seductor?

EL PADRE.—No.

DOÑA BRIANDA.—Laura lo ignora. Si lo supiese, os lo hubiera revelado.

EL PADRE.—Laura no sabe su nombre; pero le reconocería al punto si le viese.

DOÑA BRIANDA.—Jamás le volverá á ver.

EL PADRE.—¿No dirás tú quién es?

DOÑA BRIANDA.—Nunca, Padre: no me preguntéis más: no puedo responderos.

EL PADRE.—Tú misma me has dado pié para hacerle otra pregunta.

DOÑA BRIANDA.—Hacedla, si es sobre otro punto.

EL PADRE.—¿Por qué sería funesta la reparación, dado que fuese posible?

DOÑA BRIANDA.—Por varias razones. Convendreis en que Laura tendría que dar mano de esposa á su seductor.

EL PADRE.—Es evidente.

DOÑA BRIANDA.—Sería, pues, la esposa de un hombre á quien aborrece.

EL PADRE.—Ya le amaría.

DOÑA BRIANDA.—Además, aún suponiendo que Bartolomé de Rivera fuese tan pacífico, tan manso y tan fácil de contentar que se aquietase con ese casamiento forzoso, y aún suponiendo que el seductor se aviniese al casamiento, ¿creeis vos que todo terminaría así dichosamente?

EL PADRE.—¿Y por qué no?

DOÑA BRIANDA.—No terminaría dichosamente, porque Francisco de Cuéllar es un hombre de hierro; porque adora á Laura; porque no sufre rivales; porque, aún ahora que imagina que Laura va á ser de

Dios, quiere disputársela á Dios; porque Laura es el sueño de Cuéllar desde hace años, y Cuéllar no consentiría que su sueño se desvaneciese. Cuéllar es más feroz, más cruel, más violento que Rivera. Cuéllar, al versus esperanzas frustradas, nos mataría á todos.

EL PADRE.—Más te valdría, desventurada mujer, que en vez de tener tanto miedo á Cuéllar, tuvieses ahora y hubieses tenido siempre el santo temor de Dios.

DOÑA BRIANDA.—No me insultéis vos tambien.

EL PADRE.—Yo no te insulto, pero necesito decir la verdad. Veo que la voz de la verdad no penetra en tu alma, y me retiro. Queda con Dios, y que él te ilumine. (Vase.)

ESCENA X.

DOÑA BRIANDA, sola.

DOÑA BRIANDA.—¡Ay, Jesús mio! ¡Qué hombres! ¡Vaya si son difíciles y peligrosos! Bartolomé era mi cómplice. Se aprovechó de que soy débil y pecadora para arruinarme y perderme. Perdido él entonces, holgazán y lleno de vicios, no acordándose para nada de su honra, me dejó abandonada á su hermana. Hoy, que vuelve rico, merced á sus robos y atrocidades, quiere ser honrado tambien. Hoy me pide cuenta del tesoro que me confió. Si hubiera vuelto pobre, como yo me temía, hubiera vuelto, segun su costumbre, á pedirme dinero con amenazas y malos tratos. Como

vuelve rico, á fin de que los malos tratos y las amenazas no acaben nunca, me pide honra... y á pesar de todo... ¿Seré necia? Le quiero todavía. Confieso, no obstante, que para sacudir este yugo, para librarme de este maldito amor... siento á veces tentaciones de dar jicarazo á Rivera. ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué desdichada soy! ¡Ay! ¡Ay!

(Llora y se arroja en un sillón, ocultando el rostro con las manos.)



JORNADA SEGUNDA.

Rico estrado en casa de doña Irene.

ESCENA I.

DOÑA IRENE, LAURA.

Doña Irene, vestida de negro, con toca de lana blanca en la cabeza, aparece sentada en un sillón, junto á un bufete con recado de escribir. Doña Irene es una dama de más de sesenta años, muy venerable. Su traje, aunque sencillo, ha de ser señorial y severo. En vez de joyas, penden de su cuello devotas medallas, relicarios y cruces. Un rosario de gruesas cuentas debe ir ceñido á su brazo. Laura, destocada, está de pié.

DOÑA IRENE.—Ven acá, hija mia. Ven á mi lado sin zozobra. Siéntate; tenemos que hablar.

LAURA.—Mandad, señora. (Se sienta.)
DOÑA IRENE.—Prévio tu consentimiento, y con fines que no puedo explicarte, el Padre Antonio me confió, tiempo há, como sabes, la causa de tus penas. No te sonrojes, pues, si te hablo de esa causa. No me mo-

vuelve rico, á fin de que los malos tratos y las amenazas no acaben nunca, me pide honra... y á pesar de todo... ¿Seré necia? Le quiero todavía. Confieso, no obstante, que para sacudir este yugo, para librarme de este maldito amor... siento á veces tentaciones de dar jicarazo á Rivera. ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué desdichada soy! ¡Ay! ¡Ay!

(Llora y se arroja en un sillón, ocultando el rostro con las manos.)



JORNADA SEGUNDA.

Rico estrado en casa de doña Irene.

ESCENA I.

DOÑA IRENE, LAURA.

Doña Irene, vestida de negro, con toca de lana blanca en la cabeza, aparece sentada en un sillón, junto á un bufete con recado de escribir. Doña Irene es una dama de más de sesenta años, muy venerable. Su traje, aunque sencillo, ha de ser señorial y severo. En vez de joyas, penden de su cuello devotas medallas, relicarios y cruces. Un rosario de gruesas cuentas debe ir ceñido á su brazo. Laura, destocada, está de pié.

DOÑA IRENE.—Ven acá, hija mia. Ven á mi lado sin zozobra. Siéntate; tenemos que hablar.

LAURA.—Mandad, señora. (Se sienta.)
DOÑA IRENE.—Prévio tu consentimiento, y con fines que no puedo explicarte, el Padre Antonio me confió, tiempo há, como sabes, la causa de tus penas. No te sonrojes, pues, si te hablo de esa causa. No me mo-

vió á saberla, ni ahora me mueve á consultar tu corazón, una curiosidad frívola. Me mueven intereses muy altos y tu propia ventura.

LAURA.—Así lo creo. Preguntad lo que gustéis. Me avergüenzo de mis culpas: no de que tengais conocimiento de ellas.

DOÑA IRENE.—¿Sabes el nombre de la persona?...

LAURA.—Lo ignoro. Yo le llamaba con nombre que despues supé que era fingido.

DOÑA IRENE.—Sin duda le amabas entónces.

LAURA.—¡Ah, señora! Mi alma iba extraviada en la oscura noche de su ignorancia. El me deslumbró, me fascinó, me atrajo cómo dicen que atraen los abismos. ¿Por qué me preguntais si le amaba? El atractivo diabólico no merece nombre de amor. ¿Ama el pajarillo á la serpiente? Caí sin comprender la gravedad de mi culpa. Sobrado tarde la conciencia se despertó en mí... terrible, aunque confusa. Me pesaba mi maldad. Acudí al confesonario. El Padre Antonio, al descubrirme toda la belleza de la virtud, me dejó ver la fealdad del vicio: al pintarme la inmaculada inocencia, me hizo patente mi desconocimiento del bien. Con mano firme arrancó la venda que cubría mis ojos. Y yo, al oírle hablar del amor santo, advertí al punto con qué perverso simulacro de amor había sido contaminada.

DOÑA IRENE.—Conozco tu vida ejemplar, tu ruda penitencia desde entónces. Dios te ha perdonado.

LAURA.—Dios es infinitamente misericordioso; pero el mundo no puede perdonar. Yo, además, ni debo declararme culpada y pedirle perdon, porque la honra está de por medio, ni mucho ménos debo engañar

al mundo. Quiero, pues, huir de él; encerrarme en el claustro.

DOÑA IRENE.—Digna de quien tiene corazón generoso y rostro vergonzoso es la determinación que tomas. Pero dime, hija mía, fuesen los que fuesen los sentimientos que el hombre desconocido te inspiró, durante tu desvarío, ¿en qué se trocaron, luego que comprendiste la magnitud de tu culpa?

LAURA.—Confieso que empecé á odiarle; pero el Padre Antonio extirpó el odio de mis entrañas.

DOÑA IRENE.—Aquel bienaventurado siervo de Dios fué como labrador cuidadoso que arranca la mala hierba del campo que ha sembrado á fin de que nazca y prospere la buena semilla... ¿Qué sientes ahora por el hombre que te hizo caer en el precipicio?

LAURA.—Terror... repugnancia... odio no... le compadecería, si mi propia desventura no agotase toda mi compasión.

DOÑA IRENE.—¿Jamás has vuelto á verle?

LAURA.—Jamás. Su vida era un misterio. No se recataba, ni se ocultaba por mí, sino por todos. Desapareció como vino, sin dejar huella de sí.

DOÑA IRENE.—La desgraciada mujer á quien tan torpemente te dejó tu hermano encomendada, y de cuya condición no podía aguardarse otra cosa que lo que hizo; ¿crees tú que tenía más noticia de quién era ese hombre? ¿Sabía de dónde vino? ¿Sabía adónde se fué?

LAURA.—Lo más duro de mi penitencia ha consistido en seguir viviendo con doña Brianda, á fin de evitar el escándalo. Con ella me dejó mi hermano, y con ella debió hallarme á su vuelta; pero ambas he-

mos evitado toda conversacion sobre el desconocido. ¿Cómo he de saber yo las noticias que tendrá ella acerca de ese hombre?

DOÑA IRENE.—Y él, cuando se fué, ¿nada te dijo?

LAURA.—Me dijo que una imperiosa necesidad le obligaba á ausentarse: que se iba muy léjos: quizá para nunca volver.

ESCENA II.

DICHOS, EL PADRE ANTONIO.

EL PADRE.—No extrañéis, mi señora doña Irene, que éntre aquí sin anunciarme y tan precipitadamente. Laura tiene entereza para oír y sufrir lo que me urge deciros. Nadie sabe nuestro secreto, salvo doña Brianda y el seductor misterioso; pero Rivera, al ver la resistencia de su hermana á casarse con Cuéllar, por mil indicios que ha ido recogiendo, y tal vez por el grito de su misma conciencia que le acusa de haber dejado á Laura en poder de doña Brianda, lo sospecha todo; anhela averiguar el nombre del seductor, á fin de vengarse; está furioso; ha querido, hasta con amenazas, que yo le revele lo que esta infeliz me ha confiado en el tribunal de la penitencia; y ha estado más violento aún con su pecadora tia. Nada, hasta el momento presente, ha podido averiguar. Dos horas de término ha dado á doña Brianda para que confiese. Doña Brianda no confesará. Y Rivera, que

repugna interrogar y amenazar á su hermana, al cabo vendrá á llevársela para interrogarla, amenazarla y quizá castigarla.

LAURA.—Hágase la voluntad de Dios.

DOÑA IRENE.—No, hija mia, Esa no será su voluntad soberana. Yo no te dejaré ir: yo me interpondré entre la cólera de tu hermano y tu desventura. Rivera respeterá mis canas y no osará atropellarme. (Entra un escudero.)

ESCUDERO. (A doña Irene.)—El Sr. Bartolomé de Rivera pide licencia para hablaros.

DOÑA IRENE. (Al Padre.)—Idos con Laura. (A Laura.) Retírate, hija, y ten confianza en Dios y en mí. (Al escudero.) Decid á ese hidalgo que éntre. (Vánse Laura, el Padre y el escudero.)

ESCENA III.

DOÑA IRENE, RIVERA.

RIVERA.—Perdonad, señora, vengo por mi hermana.

DOÑA IRENE.—¿Qué mudanza es esta? Apenas ha tomado Laura posesion de mi casa y ya quereis llevárosla.

RIVERA.—Me importa hacerlo.

DOÑA IRENE.—Bien sé yo por qué.

RIVERA.—¿Cómo lo sabeis? ¿Qué es lo que sabeis?

DOÑA IRENE.—Ya no es tiempo de disimular. Lo sé todo por Laura misma.

RIVERA.—¡Así despedaza mi honra! ¡Así publica mi infamia!

DOÑA IRENE.—Reportaos, señor de Rivera. Sólo su confesor y yo sabemos el secreto de Laura.

RIVERA.—Reveladme el indigno secreto. ¿Es Laura culpada?

DOÑA IRENE.—Laura ha expiado su culpa. Dios la perdonó ya. Perdonadla vos también y dejadla que siga su vocacion y que se retire á un convento.

RIVERA.—¡Ira de Dios, señora! Eso es imposible. Cuéllar ama á mi hermana. Yo, creyéndola digna de este amor, le he alimentado con esperanzas y promesas en el alma de mi amigo. ¿Cómo no cumplírselas hoy? ¿Qué pretexto le daré si no le confío mi afrenta? ¿Y cómo confiársela sin saber ántes el nombre del seductor, y buscarle y matarle? Decidme quién es, decidme dónde está, para que yo le busque y le mate.

DOÑA IRENE.—El seductor se envuelve en misterio profundo. Ni vuestra hermana, ni el Padre Antonio, ni tal vez doña Brianda saben quién es.

RIVERA.—Aunque se esconda en el centro de la tierra, he de sacarle de allí para que me pague con su sangre.

DOÑA IRENE.—Y si os pagase con una reparacion, ¿la aceptaríais?

RIVERA.—Toda reparacion es ya tardía. Pues qué, ¿he de dar la mano de Laura, para remediar su honra, á quien tal vez ceda al miedo ó á la codicia al casarse con ella? Si ahora la toma por mujer, dará á sospechar que lo hace porque yo he vuelto rico, y so-

bre todo, porque yo he vuelto á pedirle cuenta de su villanía. Si se allana... si se resigna á ser esposo de Laura, no será porque la ama, sino porque prefiere mi oro á mi acero.

DOÑA IRENE.—¿Y si el desconocido os diese pruebas de que ni codicia vuestro oro ni teme vuestro acero, y de que por amor recibe por mujer legítima á vuestra hermana?

RIVERA.—Aun así, no consentiría yo en el casamiento. ¿Y Cuéllar? ¿Y mi promesa? Cuéllar no se dejará arrebatar á Laura sino por Dios. No hay más sino que mi hermana éntre en el convento y que yo mate á su amante. Hubiérala él honradamente enamorado y yo cedería, aunque me doliese el faltar á Cuéllar. Pero faltar á Cuéllar y consentir en que un malvado en premio de una traicion, jactándose tal vez de que me favorece devolviéndome la honra, me llame su hermano, y hiera á mi verdadero hermano de armas en el centro del corazon... eso nunca.

DOÑA IRENE.—Sentiré enojaros; pero no es esa mi intencion. Disculpen mis canas la franqueza con que os hablo. Se aviene mal vuestra severidad de ahora con vuestro descuido y abandono de hace algunos años.

RIVERA.—No me enojo con vos. Si vuestras palabras son crueles, tambien son justas. No acierto á disculparme. Es verdad. Yo era un mozo sin freno, dechado de liviandades, entregado en cuerpo y alma á Satanas. No sabía de honra ni de virtud. Estaba ciego. Dejé á Laura, sin reflexionarlo, en poder de una mujer cuya viciosa condicion no ignoraba. Pero ¿disculpa esto al hombre que la perdió? ¿Tiene perdon por

esto el hombre que le ha dado el tormento de verse abandonada, deshonrada y humillada, durante tres años? Pues qué, ¿pensáis que yo no amo á mi hermana? La amo; y porque la amo he querido casarla con Cuéllar, que hubiera sido un noble marido; y porque la amo quiero vengarla del que ha sido su verdugo y no desposarla con él. ¿Creeis que ese hombre, casándose ahora, transmutará en alegría juvenil y en risueñas é inocentes esperanzas, volviéndolas al puro manantial de que salieron, las lágrimas de vergüenza y de remordimiento que ha hecho verter durante tres años mortales á mi hermana? ¿Hará con su tardío y forzado amor que florezcan de nuevo las rosas sobre la palidez de su marchitas mejillas? ¿Refrescará el ardor de sus ojos, fatigados por el insomnio? Además, es imposible que mi hermana vuelva á amar á ese hombre, si es que le amó; si es que no fué víctima de algun filtro, de algun bebedizo impuro, de alguna hechicería nefanda. Me hiere la sangre en pensar que pudiera yo bajarme á llamar hermano á quien ha atormentado á mi hermana... á quien nos ha despreciado y humillado. Y si es un vil... y si es un cobarde... (y ha de serlo sin duda... si el corazon me lo dice...) ¿por qué quereis que le premie? Para mi hermana será mayor deshonra casarse con él que no casarse. No puede ser de Cuéllar... pues bien... que éntre en religion... pero repito que ántes es menester que yo conozca á quien me ha agraviado, y es menester que muera.

DOÑA IRENE.—Tenía yo cierta esperanza de poder deciros quién es el hombre que tanto enojo os da; mas, al ver que no refrenais el enojo, pierdo la espe-

ranza... y hasta el deseo. Le desecho como un mal pecado. ¿Procedería yo como católica cristiana en designar á un hombre para dar ocasion á un duelo, á un homicidio?

RIVERA.—¡Ah, señora! Averiguad quién es: decidmelo.

DOÑA IRENE.—Hoy ménos que nunca.

RIVERA.—Basta, pues. Llamad á mi hermana para que se venga conmigo.

DOÑA IRENE.—No la atormenteis, dejadla á mi lado.

RIVERA.—Decid á mi hermana que venga. (Gritando.) ¡Laura! ¡Laura!

DOÑA IRENE.—Dejadla en paz. La he cobrado amor. Concededme un breve plazo. Quédese aquí hasta mañana.

RIVERA.—¿Y por qué aguardar hasta mañana?

DOÑA IRENE.—Porque mi esperanza de deciros el nombre del seductor puede realizarse en ese breve plazo. ¡Ah, Rivera! Vos sois bueno de condicion... no seais empedernido. Si os dijese yo quién es, si fuese digno, á pesar de su falta, si tuviese además razones que le justificasen ó le excusasen... espero de vuestra bondad que le perdonareis.

RIVERA.—Os dejo á mi hermana sólo por un dia. Veremos si algo me revelais; pero no aguardéis mi perdon para el seductor. Adios, señora.

DOÑA IRENE.—El cielo os guarde. (Vase Rivera.)

ESCENA IV.

DOÑA IRENE, el PADRE ANTONIO.

DOÑA IRENE. (Dando rienda suelta á una emoción comprimida hasta entónces.)—¡ Padre! ¡ Padre Antonio!

EL PADRE.—Aquí me teneis.

DOÑA IRENE.—¿Dónde queda Laura?

EL PADRE.—Queda con Juanilla.

DOÑA IRENE. (Cierra la puerta del estrado.)—Bien está. Os tengo que hablar á solas. No quiero que nadie nos escuche. No quiero que nadie nos interrumpa. Siento un peso que me aprieta el corazon. Por mi soberbia desmedida... por mi orgullo... he pecado. Padre... he pecado, y hoy me arrepiento, cuando quizá sea estéril el arrepentimiento, cuando quizá nada pueda remediarse. Oidme. Yo debí revelároslo ántes. Perdonadme, aconsejadme, si aún es tiempo.

(Doña Irene hace demostracion de querer arrodillarse delante del Padre; le toma la mano y se la besa.)

EL PADRE.—¿Qué haceis, señora? ¿Qué agitacion es la vuestra? Sosegaos, y hablad con serenidad.

(Lleva á doña Irene á un sillón y hace que se siente, sentándose luego á su lado.)

DOÑA IRENE.—¿Sabeis quién es el seductor de Laura? Yo lo sé y lo he callado. Yo lo sé y no os lo he dicho. Es mi hijo.

EL PADRE.—¿Hablais verdad, señora? ¿No es efecto

de una alucinacion lo que decís? ¿Vuestro hijo no anda errante, proscrito, hace muchos años?

DOÑA IRENE.—Es cierto. Allá en su temprana mocedad fué uno de los más ardientes comuneros. Peleó como valeroso soldado, cuando apenas le apuntaba el bozo, en la toma de Torrelobaton, y en mil encuentros y escaramuzas; se halló en Villalar, donde se salvó por milagro; y apenas reposado de aquella infeliz jornada, acudió á la frontera á defender á España de la invasion francesa. En Pamplona fué amigo y compañero de armas de un hombre extraordinario, el cual, herido al lado de mi hijo, empieza á dar á la cristiandad, y le dará aún, Dios mediante, muchos dias de gloria, convertido de héroe en santo.

EL PADRE.—El ilustre Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús.—¿Y cómo vuestro hijo no se acogió á indulto, despues de combatir por su rey y por su patria en Navarra?

DOÑA IRENE.—Mi hijo es inflexible en sus ideas, y soberbio además. Por otra parte, siempre ha sido propenso á apasionarse profundamente, y entónces más, porque era muy mozo. En 1521 tenía diez y ocho años. Supo en Navarra que la viuda de Juan de Padilla seguía defendiéndose en Toledo, y acudió á Toledo á ofrecerle su espada. Al lado de aquella denodada mujer estuvo hasta lo último, y con ella se refugió en Portugal. Mi hijo no pudo despues acogerse al perdón general que dió el César. S. M. le honró poniéndole en el número de los exceptuados. Desde entónces anda errante por tierras extrañas.

EL PADRE.—¿Ha osado, con todo, venir hasta aquí?

DOÑA IRENE.—Ha osado, exponiéndose á morir de

10501

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

1.º do. 1625 MONTERREY, MEXICO

una sangría suelta, en duro é inmundo calabozo, como el conde de Salvatierra. Sí, Padre, mi hijo don Fernando ha estado dos veces aquí. La segunda vez vió á Laura y se prendó de ella con la vehemencia propia de su condicion. El desamparo en que vivía la gallarda moza, su pobreza y la mala compañía de doña Brianda dieron sér y aliento á los propósitos livianos de mi hijo. Merced á doña Brianda, pronto se le lograron. Pero ¡caso singular! lo que ántes de logrado sólo excitaba en él un sentimiento ruin, despertó despues sentimientos generosos. Movido don Fernando á compasion, realmente enamorado del candor, de la sencillez y hasta del afecto de Laura, quiso consagrar su amor y legitimarle. Entónces me lo reveló todo. Y este es mi pecado, Padre: este es mi pecado, de que tarde me arrepiento. Yo tomé la noble resolucion de mi hijo por raptó de locura. Yo supe que su amada era una vil aventurera. Yo le representé, mil y mil veces, que hasta el pensamiento momentáneo de enlazar su ilustre casa con la de aquella mujer dándole su nombre, era un oprobio para nosotros. D. Fernando no desistió, sin embargo: aplazó su resolucion. Le pedí tiempo, un largo plazo de prueba, y tuvo que otorgármele. Llegaron en esto varios avisos temerosos de que se sospechaba la presencia de mi hijo en Castilla, y de que le podían prender. No tuvo más recurso que irse precipitadamente. Yo le prometí observar si Laura era tal como él la había soñado, ó como yo la suponía. En esta prueba, en este estudio, he estado años con rudo sigilo y con frialdad cruelísima. Os lo confieso: he tenido el mal deseo de que mi suposicion hubiese salido cierta;

pero D. Fernando había adivinado: no le había cegado la pasion: Laura es un ángel. El orgullo de mi heredada nobleza se abate, aunque tarde, y reconoce la razon.

EL PADRE.—Habeis participado á vuestro hijo el buen concepto que al fin teneis de su infeliz amiga.

DOÑA IRENE.—Sí, Padre.

EL PADRE.—¿Y él la ama aún?

DOÑA IRENE.—La ama.

EL PADRE.—¿Ninguna otra pasion ha borrado la impresion de la primera?

DOÑA IRENE.—Ninguna. No conoceis á mi hijo y su extraña pertinacia.

EL PADRE.—Es cierto. Sólo hace seis años que estoy aquí, y cuando vuestro hijo ha estado de oculto, hasta de mí le habeis recatado.

DOÑA IRENE.—Dígoos, pues, que mi hijo no ha tenido, desde que vió á Laura, sino otro amor del que triunfó por amor de ella. Fué este amor dos años há. Viendo que su antiguo amigo Ignacio de Loyola fundaba una Compañía para combatir la pravedad herética, bajo la bandera de Jesus, quiso alistarse en ella. El amor de Laura le retuvo. No ha escrito á Laura, porque la más dura condicion exigida por mí para mi severa prueba, era que no le escribiese. A mí me ha escrito, y yo le he escrito siempre que hemos hallado conducto seguro. Por sus cartas conozco esa faz de su vida. Pensando en que Laura entrase en religion, anheló él seguir á Ignacio. La rebeldía de ese malvado fraile sajón, Martín Lutero, llenaba á D. Fernando de presentimientos sombríos. Temía que por una serie de fatales circunstancias pasase á

los pueblos del septentrion el predominio del mundo; que Dios tal vez lo permitiría para castigo de nuestros pecados; y, á fin de contribuir á evitarlo, soñaba en consagrar su vida á la ciencia, á la predicacion y á la virtud más rígida. El recuerdo de Laura no le dejó seguir por esta pendiente.

EL PADRE.—¿Y cómo es que vuestro hijo no ha procurado jamás volver á la gracia y al servicio del César?

DOÑA IRENE.—Mi hijo es zahareño hasta no poder más. Su esquivéz no tiene ejemplo. Él condena casi todas las empresas y guerras del Emperador. No ve en ellas designio razonable, ni plan ni concierto. Imagina que sólo conducen á que se arruine, se empobrezca y se despueble Castilla. Sin embargo, su generosa sangre y su amor á la tierra donde ha nacido, le llevaron ya en dos ocasiones á pelear bajo las enseñas de Carlos V. Una vez en la Goleta y en Túnez, adonde acudió como capitán de estradiotes, con gente que allegó en Calabria, entre los descendientes de aquellos bravos albaneses y epirotas, que se refugiaron allí cuando murió su glorioso príncipe Scanderbeg. Mandados por mi hijo, se creían mandados por Jorge Castrioto, y pelearon contra Barba-roja, como sus heroicos antepasados contra el sultán Amurates. La segunda vez fué en la expedición á Argel. Allí ha estado mi hijo, sin dar tampoco su nombre. Después de grandes desastres, el Emperador decidió abandonar la empresa. Hernán Cortés, famoso por haber conquistado todo el reino de Nueva-España, pedía que le dejaran allí, prometiendo tomar á Argel; mi hijo, que estaba con él, le hubiera seguido; pero ni el César ni

los de su consejo quisieron poner al Marqués del Valle en ocasión de tanto peligro y tal vez de tanta gloria.

EL PADRE.—¿Y qué es ahora de vuestro hijo?

DOÑA IRENE.—Cansado de su vida aventurera, domado su carácter por el infortunio, ansioso de paz y retiro, ha venido á Valladolid, donde estaba desde hace quince días negociando su perdón. Llegaron aquí Cuéllar y Rivera, supe el propósito que traían del casamiento de Laura, y avisé al punto á mi hijo. Por su contestación y por noticias posteriores, sé que mi hijo debe llegar de un instante á otro.

EL PADRE.—¿Todavía como proscrito?

DOÑA IRENE.—Todavía. Así es que viene con sigilo y extraordinarias precauciones, aquí donde le conocen todos. Ya estará en la quinta que tengo á un tiro de arcabuz de esta población. Desde allí vendrá á pié; entrará por la puerta falsa que da al campo. Le espero con impaciencia. Él tiene llave de la puerta, y sin que nadie le abra llegará á mis brazos dentro de poco, si Dios misericordioso lo permite.

EL PADRE.—Comprendo vuestra agitación. Dios tendrá piedad y os proporcionará esa ventura.

DOÑA IRENE.—¡Ay Padre! ¡Cuán acibarada va á ser! El amor de Laura se ha convertido en terror y en repugnancia hácia mi hijo. Mi hijo hallará, en cambio del amor que desea, á dos hombres ofendidos que han de procurar su muerte.

EL PADRE.—No temais. No será nada de eso. No consentiremos que nadie se mate. Y en cuanto al terror y repugnancia, creedme, yo llevo muchos años de confesonario y conozco la condición humana. No me

ciega el amor propio de confesor. La repugnancia y el terror que yo he inspirado á Laura, para inducirla á que éntre en religion, se desvanecerán no bien vea á vuestro hijo; se convertirán, á pesar suyo, nuevamente en amor. Por esto repugna, por esto se aterra; porque presiente su debilidad ante el hombre de quien se juzga olvidada. Apénas le vuelva á ver, apénas reconozca que él no la olvida, caerá en sus brazos, cediendo á una atraccion irresistible. Lo que importa ahora es legitimar, purificar, santificar este vínculo de amor. ¿Consentís en ello?

DOÑA IRENE.—Sí, Padre. Veo que Dios lo quiere.

EL PADRE.—Dios os ha inspirado que retengais á Laura en vuestra casa. Es menester que no salga de aquí sino esposa de D. Fernando. Ya amansaremos despues la cólera de Rivera y de Cuéllar.

DOÑA IRENE. (Aplicando el oído hácia un lado del foro, donde habrá una puerta.) — Siento ruido de pasos. Bien me lo decía mi corazón. Él es. Ya llega. ¡Jesus mio, dadme fuerzas para no morir de alegría!

ESCENA V.

DON FERNANDO, DICHOS.

(Aparece D. Fernando por la puerta lateral; viene embozado y al entrar se desemboza. Doña Irene corre hácia él y le abraza.)

DOÑA IRENE.—¡Hijo de mis entrañas!

D. FERNANDO.—¡Madre querida!

DOÑA IRENE. (Señalando al Padre.)—El Padre Antonio, mi más íntimo amigo.

D. FERNANDO. (Se acerca al Padre y le besa la mano.)— Sé cuánto os debo. Vos habeis santificado lo que yo profané. Vuestra virtud y santidad han realzado lo que mis vicios y mi orgullo humillaron y postraron. ¡Dios os lo premie, Padre mio!

DOÑA IRENE.—¿Te ha visto alguien?

D. FERNANDO.—Perez sólo sabe mi llegada. No temais madre. Además, espero mi perdon de un momento á otro. ¡He pedido perdon al César, como si fuera delincuente!

EL PADRE.—El César, hijo mio, es tu rey y señor natural.

D. FERNANDO.—Así será, Padre: pero yo no delinquí defendiendo las libertades de Castilla. Nunca fuí contra el poder legítimo. Nunca quise hacer de las ciudades de mi patria señorías independientes como las de las ciudades italianas. Aún persisto en creer en la justicia y razon de lo que entónces hice, y sin embargo, pido perdon á quien ha dado muerte á los amigos que yo seguí; á Padilla, á Bravo, al obispo Acuña y á tantos otros. Abatido estoy cuando lo hago, y razones poderosas me llevan á hacerlo; pero me duele la humillacion. Por eso pido á Dios que acepte dicha humillacion en descuento de mis culpas. ¿Y Laura? A Laura sí que debo pedir perdon. ¡Cuán cruel he sido!

EL PADRE.—Pronto la verás, y espero que has de lograr que te perdone. Os dejo. Voy á ver de nuevo á Rivera, á aquietarle y á evitar que haga algun acto de violencia con doña Brianda. Nada le descubriré; pero le daré esperanza de que vos, doña Irene, habeis de descubrirselo todo en el día de mañana. Entre tanto

importa precipitar las cosas á fin de que lleguen á un término contra el cual Rivera no pueda rebelarse y tenga al fin que someterse. Adios. Pronto volveré. (Vase.)

DOÑA IRENE, D. FERNANDO.

DOÑA IRENE.—El deber y la religion han triunfado de mi orgullo. Lo reconozco. Aunque no la amases, deberías una reparacion á Laura. Es una mujer digna de tí. Pura y limpia como el oro, ha salido del ardiente crisol en que mi suspicacia la ha tenido.

D. FERNANDO.—¡Ah, señora! Temo que el fuego de penitencia, en que habeis abrasado su alma, haya evaporado el amor que allí se guardaba para mí: que mi abandono y que mi olvido aparente me hayan hecho aborrecible á sus ojos.

DOÑA IRENE.—No lo permita el cielo, si de eso depende tu dicha.

D. FERNANDO.—De eso depende. Mi amor ha crecido con la ausencia; con las pruebas que por cartas me habeis transmitido de su virtud y de su infortunio. ¿Cuándo podré ver á Laura, madre? ¿Cuándo podré verla?

DOÑA IRENE.—En el instante. Laura se abriga bajo este mismo techo desde hace poco. Vendrá en cuanto

la llame. (Doña Irene se asoma á la puerta y llama.) ¡Laura! ¡Laura!

D. FERNANDO.—¿No os burlais de mí? ¿Va acudir á vuestra voz?

DOÑA IRENE.—Sí; va á acudir. Ya viene. Es menester que la veas y hables á solas. Yo me retiro. (Vase doña Irene con precipitacion por una puerta lateral.)

ESCENA VI.

LAURA, D. FERNANDO.

LAURA. (Entrando rápidamente y sin reparar en D. Fernando.)—¿Qué mandais, señora?

D. FERNANDO.—¡Cuán bella está!

LAURA. (Advirtiendo la presencia de D. Fernando.)—¡Jesus me valga! ¿No es ilusion de mis sentidos? ¿No es el infierno que desea engañarme otra vez? ¿Ha tomado cuerpo algun ensueño impuro de mi fantasía? ¡Salvadme, Virgen Santísima! (Laura quiere huir. D. Fernando la detiene, asiéndola de la mano.)

D. FERNANDO.—No soy sombra vana, Laura. Soy tu amigo, tu duro perseguidor. Vuelvo arrepentido á tus piés. ¡Perdóname! No lo merezco; pero tú eres buena... tú eres santa... ¡Perdóname! (Cae de rodillas á los piés de Laura.)

LAURA.—¿Qué haceis? Alzaos. Yo no tengo poder ni autoridad para perdonar á nadie. Mis culpas son gravísimas. Yo tambien necesito perdon. Dejadme.

No distraigáis mi alma del camino de la penitencia que sigue hace tiempo.

D. FERNANDO.—Harto seguiste ya, Laura mía, ese áspero camino. Justo es que se trueque en felicidad tu congoja. Yo te amo. Perdóname. Ámame. Así serás mía y seré tuyo para siempre.

LAURA.—Deliráis, señor. ¿Venís á conturbar mi espíritu con tardías ilusiones? Yo no puedo ser ya sino de Dios. Huid. Que no sepan que estáis aquí. No hay ya reparacion posible. Mi hermano os matará; y si él muere á vuestras manos os matará Cuéllar.

D. FERNANDO.—Tu hermano me perdonará no bien tú me perdones. Ámame; perdóname, y no temas.

LAURA.—Vuestro abandono, vuestro olvido hubieran trocado mi amor en odio, si el odio pudiera albergarse en un corazón cristiano. Cuando estábais lejos de mí, temblaba yo de odiaros, porque mi odio era falta de caridad: hoy tiemblo de no odiaros, hoy quisiera odiaros, porque sin la defensa del odio, temo volver al amor. Tened compasion de mí. Dejadme. Ya me he dado á Dios. No me robeis á Dios con mano sacrílega.

D. FERNANDO.—Laura mía; sí, tú me amas, á pesar de mis maldades. No me lo ocultes. No trates de sofocar por más tiempo una pasion que se purificará ante el altar de Dios vivo.

LAURA.—¿Qué os he hecho para que así os burleis de esta mujer desgraciada? Mi resignacion era grande; mi resolucion firme; mi vocacion me parecía completa. ¿Por qué venís á destruir todo esto? ¿Por qué derribar de un soplo el edificio levantado trabajosa y lentamente? ¿Por qué romper con el conjuro de una

palabra mágica el simulacro de bienandanza que de mi dolor ha nacido? Con el riego de mis lágrimas han brotado, como ramo de flores, las esperanzas celestiales, que deben perfumar con su aroma mi religioso retiro. No arranqueis esas flores de mi lastimado pecho.

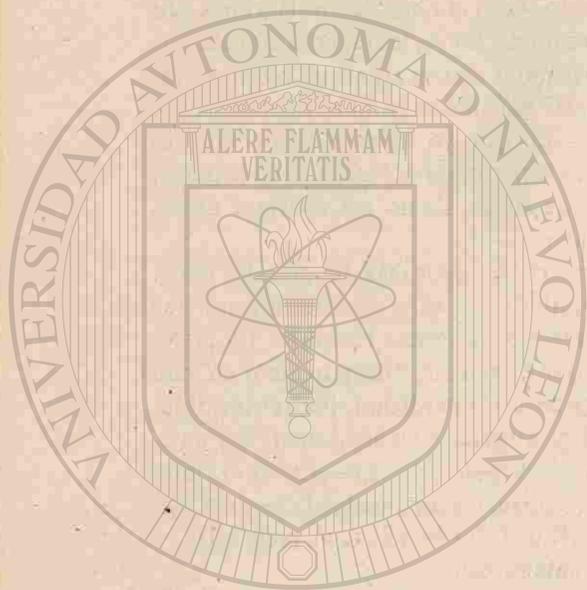
D. FERNANDO.—Lo que yo quiero, dueño mio, es que tus celestiales esperanzas se logren ya en la tierra, y se lograrán si me amas. Ya no me apartaré nunca de tu lado. Ámame.

LAURA.—Eres cruel. Me robas la paz del alma. Dios me había recibido por suya y tú me obligas á que le deje. Me fascinas: no acierto á resistirte. La poderosa fuerza con que penetra de nuevo tu amor en todo mi sér, es tal vez para mi perdicion; pero es inútil luchar contra tí. Los ángeles me abandonan. Te amo.

D. FERNANDO. (Abrazando á Laura.)—¡Encanto mio!

DOÑA IRENE. (Entrando y estrechando á Laura y á D. Fernando.)—¡Hijos! El cielo os bendiga. ¡Y creía ella... y decía que no le amaba ya!





JORNADA TERCERA.

~~~~~  
Cuarto de una posada.—Es de noche.

ESCENA I.

CUÉLLAR, GARCÉS.



CUÉLLAR. — ¡ Haberme burlado de esta suerte! No debo sufrirlo. Me vengaré. Francisco de Cuéllar no ha de ser el juguete de una muchacha embustera y de un amigo débil ó desleal. ¿ Hiciste el concierto con el escudero?

GARCÉS. — Le hice. Le dí, como señal, todo el oro que me entregaste. Si cumple bien lo que ha prometido, le he asegurado que tendrá diez veces más. Podrá irse donde guste y vivir á lo príncipe. Su codicia nos responde de él. No nos faltará. Esta noche don Fernando saldrá á las diez de su casa de campo, á fin

de estar al rayar el alba en el castillo del conde, donde le aguardan para una gran montería. Todos sus criados van con él ménos el escudero. D. Fernando quiere llevar séquito y lucirse.

CUÉLLAR.—Se lucirá. Ya se está luciendo. Hoy, en medio de la plaza, puesto yo en el centro de un corro de hidalgos, me he desatado en injurias y en amenazas contra él y contra su mujer. D. Fernando y Laura han de conocer quién yo soy. Nadie sospecha, con todo, que mi venganza va á ser tan pronta. Nadie calcula qué medios voy á emplear. ¿Buscaste ya á los cuatro hombres determinados y de toda tu confianza?

GARCÉS.—Cuento ya con ellos.

CUÉLLAR.—A las diez estareis todos, con caballos, aguardándome á unos treinta pasos de las tapias del lugar, en la cruz del egido. Conviene que no me vean salir con gente. Allí nos reuniremos. Vete ahora.

(Vase Garcés. Cuéllar pasea por el cuarto con alguna agitacion.)

CUÉLLAR. (Solo.)—Rivera retarda el darme una explicacion satisfactoria de su singular conducta. Con promesas y dilaciones me entretiene tres dias há; desde que volví de Sevilla. Veremos si cumple al cabo y viene esta noche, como me prometió. (Vuelve á entrar Garcés.)

GARCÉS.—¡Señor! Una dama desea verte.

CUÉLLAR.—¿Quién es!

GARCÉS.—Se tapa con el manto y no he podido conocerla.

CUÉLLAR.—No importa. Díle que entre.

## ESCENA II.

CUÉLLAR, DOÑA BRIANDA, tapada.

DOÑA BRIANDA.—Guárdeos Dios, Cuéllar.

CUÉLLAR.—¿No os descubris, señora? Hablad. ¿En qué puedo serviros? ¿Qué pretendéis?

DOÑA BRIANDA.—Venganza. Y no la pretendería de vos, si no estuviérais tan agraviado como yo de la persona que me agravia.

CUÉLLAR.—¿Quién es esa persona?

DOÑA BRIANDA.—Bartolomé de Rivera.

CUÉLLAR.—Y vos ¿quién sois?

DOÑA BRIANDA. (Se descubre.)—Miradme.

CUÉLLAR.—¡Su tía!

DOÑA BRIANDA.—Su tía, y, por mi desgracia, su enamorada tambien, desde que andaba desvalido y menesteroso. Hoy, que ha vuelto rico y colmado de honores, me desdeña: dice que se avergüenza de mí: no sale de su boca, cuando á mí se dirige, palabra alguna con que no me afrente. Me pisotea el corazon, como quien pisa una víbora; no os pasmeis de que me revuelva furiosa contra él. Rivera no cuidó, ni pensó siquiera en el honor de su casa y de su familia, ni en la virtud, hasta que ha vuelto de Indias con dinero. Os ha estado engañando como á mí me engañaba. La culpa del desaire ridículo, de que ahora sois víctima,

la tiene Rivera. Os hablaba de su hermana, excitándoos á que la amáseis, y halagándoos con que la guardaba para vos en Castilla, y con que la criaba con el recogimiento más severo, cuando me la había dejado confiada. Yo estoy en la última desesperacion, y de nada me atemorizo. No hay ya confesion horrible que traiga rubor á mi rostro. Dejar á su hermana en mi poder, Rivera lo sabía, era como dejar al cordero en poder del lobo... y del lobo hambriento. Rivera, ántes de irse, había acabado de despojarme de cuanto yo tenía. ¿Comprendeis ahora su doblez y su infamia? Es además un cobarde. Más valía que me matase de una vez por mi pecado, y no que de continuo me martirizase, como lo está haciendo. Yo no hice más sino lo que de mí debió él prever. Pero Rivera es duro con los débiles, y con los fuertes es débil. A mí no me perdona, y perdona á D. Fernando, que abandonó y despreció á Laura, que durante tres años la ha tenido humillada, y que áun ahora se hubiera resistido á tomarla por mujer, si Rivera hubiese vuelto de Indias tan miserable y tan oscuro como se fué. D. Fernando no hubiera consentido en llamar hermano al mozo sin nombre, tablajero indigno, mantenido por mujeres. Consintió en llamar hermano á uno de los ilustres conquistadores del opulento imperio de los Incas.

CUÉLLAR.—No debiera sorprenderme lo que me referís, y me sorprende, sin embargo. La ligereza de Rivera en dejar en vuestro poder á su hermana, sabiendo quién sois vos; el disimulo con que me ocultó siempre las relaciones que con vos tenía; la jactancia con que me hacía creer que eran bienés suyos aque-

llos de que os había despojado, todo esto es vil; pero yo se lo perdonaría todo si no hubiese incurrido en mayor vileza y flaqueza: la de dar nombre de hermano, estrechar la diestra y perdonar, y tal vez hasta agradecer su longanimidad, al que se casó con Laura despues de haberla despreciado y martirizado por tanto tiempo. Si D. Fernando hubiese vuelto arrepentido, Dios, la que fué presa de su seduccion, todo cuanto hay en la tierra y en el cielo podía haberle perdonado, ménos Bartolomé de Rivera. Bartolomé de Rivera no cumplía como bueno, sino matándole.

DOÑA BRIANDA.—Matarle... Vaya... no es tan fácil matar á D. Fernando. A mí me matará Rivera á desdenes y á injurias... pero á él... ¿y para qué? Más cómodo es convertirle en pariente. Emparentado Rivera con tan egregio caballero, te despreciará á tí, Cuéllar, como me desprecia á mí. Si se avergüenza de sí mismo, en lo pasado, ¿cómo no ha de avergonzarse de los otros? ¿Qué apostamos á que no te declara la verdad? ¿A que no te dice por qué ha consentido en la boda de Laura? ¿A que no te confiesa con humildad su agravio y la tardía reparacion que tan ruinmente acepta?

CUÉLLAR.—Lo creo: nada de eso me confesará. Querrá engañarme de nuevo.

DOÑA BRIANDA.—Pues bien; para que no te engañe he venido yo á abrirte los ojos. ¿Has amado á Laura?

CUÉLLAR.—La amo todavía, y la odio.

DOÑA BRIANDA.—Mátame entónces; pero véngame de Rivera. Mátame: merezco la muerte. Estoy harta de vivir.

CUÉLLAR.—Déjame en paz. Huye. Yo no satisfago

mi enojo en flacas mujeres, por culpadas que sean.

(Entra Garcés, y doña Brianda se tapa con el manto.)

GARCÉS.—Rivera viene á verte.

CUÉLLAR.—Que venga. (Se va Garcés.)

DOÑA BRIANDA.—No quiero que me halle aquí.

CUÉLLAR.—Por esta puerta te pondrás al punto en la calle sin que te vea.

(Vase doña Brianda por una puerta lateral. Un instante despues entra Rivera por la puerta del fondo.)

### ESCENA III.

RIVERA, GUÉLLAR.

CUÉLLAR.—¿Te decides, al cabo, á darme la explicación satisfactoria? ¿Podrás därmela con verdad?

RIVERA.—Quiero y puedo dártela.

CUÉLLAR.—¿Por qué me impulsaste á ir á Sevilla?

RIVERA.—Porque tenía sospechas que tocaban á mi honra y ansiaba ponerlas en claro sin que nadie más que yo entendiese en ello.

CUÉLLAR.—Y las pusiste en claro y supiste que tu honra estaba mancillada.

RIVERA.—No, Cuéllar. Supe al mismo tiempo la reparación y el agravio, si es que agravio hubo. Don Fernando, aunque desposado con Laura, tuvo que huir de nuevo á lejanas tierras; hoy, perdonado ya por el César, es esposo de Laura á la faz del mundo.

CUÉLLAR.—¿Ves cómo me quieres engañar? Es in-

útil. Lo sé todo. D. Fernando ni se desposó ni prometió nada á Laura. La abandonó con desprecio. Tan distante estaba Laura de creerse amada, que me aseguró que no amaba á nadie. Afrentada y culpada, iba á entrar en un convento. Por dicha había en su alma cierta honradez, de que otras almas son incapaces, y no consintió, callando, en casarse conmigo.

RIVERA.—¿De dónde infieres todo eso? ¿Quién te ha informado tan mal?

CUÉLLAR.—Tu cómplice. Te repito que lo sé todo. ¿Pretendes acaso que se manche mi lengua contando tus delitos? Pero más que tu villanía en dejar á Laura en poder de una mujer como doña Brianda; más que tu falta de aprension en despojarla ántes de todos sus recursos, más me indigna tu carencia total..., de entereza, tu ejemplar mansedumbre en perdonar el desprecio, el martirio de años, el abandono en que tu hermana ha gemido.

RIVERA.—Por el Dios que está en el cielo, Cuéllar, no te obstines en apurar mi paciencia. Ya que lo sabes todo, ya que esa maldita hembra me ha vendido, me someto á tu furia; la merezco por mi imprevision; no la merezco por haber cedido ahora.

CUÉLLAR.—Más la mereces por eso que por nada. La reparación se la debes á tu fortuna, á tus triunfos en Indias. Hubieras vuelto oscuro y pobre y no hubiera sido desagraviada tu hermana. Bien es verdad que tú, pobre y oscuro, no te hubieras preocupado con semejantes niñerías. En tí la honra tiene algo de artificial y de sobrepuesto al dinero.

RIVERA.—Aquí, donde nadie te oye, quiero sufrírtelo todo. Te ciega y enloquece la pasión; mas no he

de reñir con mi compañero de armas. Respeto tu ira, por más áspero que seas en el reprender, y por más violento que te muestres en el zaherir.

CUÉLLAR.—¡Qué manso y qué sufrido te has vuelto en estos últimos días! Ya que no sientes el prurito de vengarte, me dejarás en libertad para que te vengue y me vengue. Yo no soy ni sufrido ni manso. Todavía amo á tu hermana. No atino á aguantar el desaire. Tú, que tanto has sabido sufrir de un desconocido como D. Fernando, más sufrirás de mí, que soy tu compañero de armas. Esta noche misma voy á robar á Laura. Amigaréme con ella. Luégo mataré á don Fernando. Tal vez, por último, me case con la honrada viuda. Tú lo llevarás todo con paciencia y me darás una absolución tan generosa como la que á don Fernando has dado.

RIVERA.—Te he oído con calma impasible, porque veo que no vale mi prudencia, ni mi paciencia. Estás demente, frenético. Anhelas reñir y prefiero que riñas conmigo. Ó desistes de todo plan de ofender á mi hermana, ó atajará tus pasos mi acero.

CUÉLLAR.—Por cima de tí y de tu acero, he de ir adonde me llevan mi amor, mi deseo y mi encono. Mataré á D. Fernando. Laura será mi daifa.

RIVERA.—Voto al infierno que no será. Sal á la calle.

CUÉLLAR.—Detras de los muros del convento.

RIVERA.—Vamos.

CUÉLLAR.—Luego que te mate, iré donde me aguardan á pocos pasos los que han de secundar mi propósito.

RIVERA.—Tu propósito es morir, y vas á lograrle. (Vánse.)

#### ESCENA IV.

Sala en la quinta de D. Fernando. Armas y trofeos de caza. Algunos retratos. Los muebles entre rústicos y señoriles. Dos puertas laterales y una al fondo.

D. FERNANDO, PEREZ el escudero.

D. FERNANDO.—A fe mía que me duele en el alma la resolución que tengo que adoptar, pero no hay más remedio. El tal indiano está delirante. La soberbia le embriaga. Es brutal y zafio, y no hay modo de poner freno á su lengua, ni coto ni límite á sus pretensiones audaces. En la plaza, á gritos, ha dicho que ha de matarme, que ha de robarme á la mujer, y hasta que ha de hacerse amar de ella en cuanto la hable á solas. Buena maña te has dado, amigo Perez, para inspirar confianza completa á ese bandido. En cuanto llegue, introdúcele hasta aquí, y déjale que vea á la señora, si ella no se ha retirado á su estancia. A Juana deténla con habilidad. ¿Cuántos son los rufianes que acompañan á Cuéllar?

PEREZ.—Cinco.

D. FERNANDO.—Me alegro de que sean tan pocos. No quiero que haya escándalo, ni lucha, ni sangre. Distráelos tú, y haz de suerte que los míos caigan de improviso sobre ellos, los aten de piés y manos, y los tengan en el patio. Si chillan, ponedles con suavidad sendas mordazas.

de reñir con mi compañero de armas. Respeto tu ira, por más áspero que seas en el reprender, y por más violento que te muestres en el zaherir.

CUÉLLAR.—¡Qué manso y qué sufrido te has vuelto en estos últimos días! Ya que no sientes el prurito de vengarte, me dejarás en libertad para que te vengue y me vengue. Yo no soy ni sufrido ni manso. Todavía amo á tu hermana. No atino á aguantar el desaire. Tú, que tanto has sabido sufrir de un desconocido como D. Fernando, más sufrirás de mí, que soy tu compañero de armas. Esta noche misma voy á robar á Laura. Amigaréme con ella. Luégo mataré á don Fernando. Tal vez, por último, me case con la honrada viuda. Tú lo llevarás todo con paciencia y me darás una absolución tan generosa como la que á don Fernando has dado.

RIVERA.—Te he oído con calma impasible, porque veo que no vale mi prudencia, ni mi paciencia. Estás demente, frenético. Anhelas reñir y prefiero que riñas conmigo. Ó desistes de todo plan de ofender á mi hermana, ó atajará tus pasos mi acero.

CUÉLLAR.—Por cima de tí y de tu acero, he de ir adonde me llevan mi amor, mi deseo y mi encono. Mataré á D. Fernando. Laura será mi daifa.

RIVERA.—Voto al infierno que no será. Sal á la calle.

CUÉLLAR.—Detras de los muros del convento.

RIVERA.—Vamos.

CUÉLLAR.—Luego que te mate, iré donde me aguardan á pocos pasos los que han de secundar mi propósito.

RIVERA.—Tu propósito es morir, y vas á lograrle. (Vánse.)

#### ESCENA IV.

Sala en la quinta de D. Fernando. Armas y trofeos de caza. Algunos retratos. Los muebles entre rústicos y señoriles. Dos puertas laterales y una al fondo.

D. FERNANDO, PEREZ el escudero.

D. FERNANDO.—A fe mía que me duele en el alma la resolución que tengo que adoptar, pero no hay más remedio. El tal indiano está delirante. La soberbia le embriaga. Es brutal y zafio, y no hay modo de poner freno á su lengua, ni coto ni límite á sus pretensiones audaces. En la plaza, á gritos, ha dicho que ha de matarme, que ha de robarme á la mujer, y hasta que ha de hacerse amar de ella en cuanto la hable á solas. Buena maña te has dado, amigo Perez, para inspirar confianza completa á ese bandido. En cuanto llegue, introdúcele hasta aquí, y déjale que vea á la señora, si ella no se ha retirado á su estancia. A Juana deténla con habilidad. ¿Cuántos son los rufianes que acompañan á Cuéllar?

PEREZ.—Cinco.

D. FERNANDO.—Me alegro de que sean tan pocos. No quiero que haya escándalo, ni lucha, ni sangre. Distráelos tú, y haz de suerte que los míos caigan de improviso sobre ellos, los aten de piés y manos, y los tengan en el patio. Si chillan, ponedles con suavidad sendas mordazas.

PEREZ.—Se hará como lo decís, mi amo.

D. FERNANDO.—Yo voy á salir metiendo mucho ruido; haciendo resonar las trompas de caza. A la vuelta del cerro, en el encinar, nós pararemos. Allí quedarán los perros y los caballos. Mi gente y yo volveremos á pié, con silencio grandísimo, y por la puerta del corral, de que llevo la llave, entraremos sin ser sentidos.

PEREZ.—Cuéllar, que debe llegar pronto, porque se acerca la hora, te verá partir con toda la gente. Esta noche hace una luna muy clara. Como, no bien te vayas, he de hacerle entrar, no podrá ver tu vuelta, ni recelará lo más mínimo.

D. FERNANDO.—Todo está preparado con primor y esmero. Sólo me aflige el susto que Laura va á pasar; pero es menester acabar de una vez. Despues viviremos como pastores de Arcadia.

PEREZ.—¿No tienes nada más que mandarme?

D. FERNANDO.—Nada. ¡Ah, sí! El dinero que Cuéllar te ha dado, repártelo entre los cinco rufianes cuando todo esté terminado. Quiero que me queden agradecidos. Yo te daré el doble.

PEREZ.—Bien es así, señor. (Vase Perez.)

## ESCENA V.

DON FERNANDO, LAURA.

LAURA.—¡Fernando mío! ¿Te vas y me dejas? No puedes figurarte lo que esto me apesadumbra. Mal haya el conde con su importuno convite. Si vieras qué miedo tengo de quedarme sola. A tu lado soy valiente; á tu lado, nada me asusta. Léjos de tí soy tímida como niña de pocos años.

D. FERNANDO.—No receles nada. Aunque yo me vaya, mi espíritu queda contigo, velando por tu bien. Ya comprendes que no debo desairar al conde. Dentro de cuatro dias estaré de vuelta.

(Se oyen fuera las trompas de caza que dan la señal de la partida.)

LAURA.—¡Qué pronto! ¿Has adelantado la hora?

D. FERNANDO.—No, amor mio. Son ya las diez. No puedo detenerme.

LAURA. (Abrazándole.)—Adios. No te rias de mí. Tengo miedo.

D. FERNANDO.—¿Me amas?

LAURA.—Con todo mi corazon.

D. FERNANDO.—Nada temas entónces. En tu amor se encierra un conjuro poderoso. Con él me evocarás si por acaso sobreviniese algun peligro. Adios. Quédate: no vengas á despedirme hasta abajo. (D. Fernando se va.)

## ESCENA VI.

LAURA, sola.

(Asomada á un balcon, mira partir á D. Fernando y á su elegante comitiva. Suenan otra vez las trompas de caza.)

LAURA.—Bañado por los rayos de la luna parece más bello y más dulce su rostro varonil, cual si estuviese envuelto en velo luminoso de transparente plata. ¡Cuánto le quiero! ¡Cuánto le he querido siempre, aun cuando imaginaba que iba á odiarle! Ya toma de la brida al brioso alazan: pone el pié en el estribo y monta. ¡Cómo se alegra y ensoberbece el caballo de llevar tan noble jinete! Con impaciencia tasca el freno ansiando pasear á su gentil señor y mostrarle con orgullo por todas partes. Ahora hace piernas y corvetas para mi lisonja y agrado. Adios, Fernando, adios. Ya emprende la marcha. Quisiera yo que las sinuosidades del camino y lo quebrado del terreno no le robasen á mi vista. Le seguiría leguas, y se me antoja que por un esfuerzo de voluntad había yo de estar viéndole distintamente, cual si él estuviera cerca de mí. Vuelve la cara para mirarme. Me saluda. (Agita Laura el lienzo que tiene en la mano.) Adios, mi bien, adios. (Pausa.) Fernando me dobla la edad; pero su alma es más jóven que la mia. Toda su persona conserva además la lozanía y la gracia de los primeros años,

en raro maridaje con la gravedad majestuosa de la edad madura. ¡Dios mio! ¡Qué de priesa van! Ya se acercan á aquella revuelta. Pronto dejaré de verlos. Quiera el cielo que vuelvan cuanto ántes. Ya torció Fernando hácia el encinar. Ya se perdió, detras del cerrillo, cabalgando por la vereda.

(Laura se retira del balcon, y viene lentamente á sentarse en un sillón de brazos.)

(Nuevo momento de silencio.)

Mi temor es inmotivado, pueril. Cuéllar me decía que no había de sufrir á otro rival sino á Dios; que había de conquistar mi corazon ó perecer en la demanda; que había de matar á quien me enamorase; pero estos eran sin duda encarecimientos de pretendiente y bizarrias vanas de soldado jactancioso. Yo le contestaba con sinceridad algo que hoy debe parecerle disimulo, engaño y mentira. Yo le contestaba que yo no amaba á nadie sino á Dios y que deseaba retirarme á un convento. Grande ha de ser su rabia contra mí al saber que estoy casada, á los pocos dias de haberle asegurado mi desamor á todo hombre. Pero yo no le engañé. Tú, Dios mio, tú que penetras en el fondo de los corazones, sabes que no le engañé. Yo me engañaba á mí misma. Yo aborrecia el recuerdo de mi pecado, y por eso creía que no amaba á aquel por quien pequé. Volvió á presentarse ante mis ojos: ví de nuevo á Fernando, y el amor, escondido en lo más íntimo de mi ser, donde ni yo misma le columbraba, brotó con ímpetu, surgió de repente más poderoso que nunca.—Cuéllar tendrá que resignarse. Dicen que es tremendo; pero respetará á mi marido. No es igual tratar con indios punto ménos que in-

mes, con hombres sencillos y de casta tan inferior á la nuestra, que competir con quien en todo se le aventaja. Sin embargo, yo he mentido sin querer. Yo he prometido á Cuéllar ser de él si no era de Dios. Sí, casi se lo he prometido sin saber lo que decía. (Larga pausa.) ¡Ay! ¡qué horror! ¡Qué espantosa idea se ofrece á mi espíritu! ¿Y si Cuéllar fuese tan audaz como aseguran? ¿Y si acudiese á exigirme el cumplimiento de la promesa? Tengo miedo. Estoy temblando como una azogada. ¡Socorro! ¡Valedme, Virgen santa! ¡Qué soledad! Me parece que oigo un extraño rumor. ¿Por qué me has dejado, Fernando mio? No voy á dormir esta noche. Llamaré á Juana para que se quede conmigo. ¡Juana! ¡Juana! No me responde. ¡Juana! No viene. Tengamos valor. Amo á Fernando. En este amor, él me lo ha dicho, se encierra un poderoso conjuro. Evocaré á Fernando á fin de que me dé aliento. ¡Fernando!

ESCENA VII.

CUÉLLAR, LAURA.

CUÉLLAR. (Mostrándose de repente.)— Fernando está muy léjos y no te oirá. Aquí me tienes en lugar suyo. ¿No me dijiste que no serías sino mía ó de Dios? ¿Por qué me engañaste? Yo te amaba con toda mi alma. Tu falsía debió matar mi amor; pero mi amor sobrevive al desengaño.

LAURA. (Al ver á Cuéllar y al oír sus primeras palabras se asusta más, y cae en un sillón, cubriendo su rostro con las ma-

nos. Luego se recobra y dice aparte:— ¡Valor, cielos, valor! (A Cuéllar.) ¿Cómo os atreveis á entrar aquí? ¿Qué audacia es la vuestra? Idos ó daré voces.

CUÉLLAR.— ¿Y quién ha de oírlas que te socorra? Tu marido se llevó á todos los criados.

LAURA.— Escuchad, Cuéllar: os lo confieso. El terror se apoderó de mí ántes de veros, pensando en una falta involuntaria que contra vos he cometido. Ahora veo que era mi conciencia quien me aterraba con harto sutiles escrúpulos. Vuestra insolente aparición disipa los escrúpulos sutiles. La serenidad y el brío vuelven á mi ánimo. Me mostraré digna de mi noble esposo. Sola como estoy me basto. Idos de aquí. Salid de esta casa. Pronto. No me insulteis. Esta es la morada de un caballero principal de Castilla: no es la choza ó el bárbaro palacio de los débiles indios que tan á mansalva solíais ofender.

CUÉLLAR.— Ya comprenderás, Laura, que el que se atrevió á entrar aquí se atreve á todo. Tus injurias ni me hieren ni me lastiman; me enamoran más y me inducen á hacerte mia. Esas palabras llenas de cólera, que brotan de tus frescos labios, me excitan á que las ahogue á besos. Será delirio, será aviesa condición; pero te amo más mientras más me desdenas. Necesito vengarte del seductor, ya que no supo vengarte tu hermano. Sígueme. Todo está pronto para el rapto. No pienses que me ocultaré despues de tu marido. Ya le buscaré, si él no me busca, y responderé de todo con mi espada. Vamos. Sígueme. (Agarra Cuéllar del brazo á Laura.)

LAURA.— ¡Suelta, bandido! ¡Fernando, socórreme!

CUÉLLAR. (Riendo.)— ¡Socórrela, Fernando!

## ESCENA VIII.

Dichos y D. FERNANDO, acompañado de sus criados y pajes, en número de veinte á lo más, con trajes y armas de cazadores y con antorchas. Todos entran con ímpetu y rodean el grupo principal, dejando ancho espacio vacío en el centro. Juanilla entra en seguida con otras dos mujeres de la servidumbre.

D. FERNANDO.—Aquí me tienes, pronto á socorrerla.

CUÉLLAR. (Sorprendido, pero sin aturdirse ni inmutarse.)—No sois pocos los que venís en su socorro. Bien urdida traicion, pero cobarde. Más de veinte contra uno. ¡Hola, Garcés! ¡Aquí de los míos!

D. FERNANDO.—Es inútil que los llames. Los que te acompañaban están maniatados en el patio y con mordazas á fin de que no alboroten. Yo pudiera matarte como quien mata á un ladrón, como quien mata á un perro rabioso, valiéndome para ello de mis criados. Me has ofendido sin razón y en público; me has amenazado de mil modos; has vomitado por esa boca desahorada todo linaje de agravios contra esta bella mujer á quien dices que amas; te has vanagloriado en todas partes de que me la quitarías y de que me matarías; y has venido, por último, á mi casa, espiondo la ocasión en que me creías ausente, á fin de robármela y ultrajármela. Pues bien, á pesar de todo, me allano á tratarte como á caballero. Acepto el desafío á que me estás provocando tres días há. Para que sea

más solemne, traigo por testigos á todos los de mi casa. Me obedecen ciegamente y verán inmóviles cómo reñimos. Si me matas, te dejarán franco el paso. Nada receles. No he de pelear con otra ventaja que la que me da la justicia. Si quieres cerciorarte, mira: bajo mi colete de ante, sólo el delgado cambray cubre y resguarda mi pecho. Saca la espada y clávala en él si puedes. (D. Fernando saca la espada. Cuéllar hace la misma acción.)

LAURA. (Acude á interponerse.)—¡Ah! ¡Por piedad! ¡Cese vuestro furor!

CUÉLLAR.—No, Laura. El cielo exige que yo te vengue á pesar tuyo. No tardará en morir tu seductor, como ya ha muerto el hermano sin honra que te dejó abandonada. Su sangre humedece aún mi acero.

LAURA.—¡Qué horror! (Cae desmayada en brazos de Juanilla, y las otras dos mujeres se acercan á cuidarla.)

D. FERNANDO.—Defiéndete sin tardanza ó te mato, ántes que envenenes á cuanto más quiero con esa lengua ponzoñosa. (D. Fernando y Cuéllar cruzan las espadas.)

## ESCENA IX.

DICHOS, EL PADRE ANTONIO.

(El Padre sale apresurado y se coloca en medio de los dos combatientes, separándolos.)

EL PADRE.—Deteneos. Ya basta de sangre. Vengo corriendo á caballo, en medio de la noche, á fin de evitar mayor mal. El indio Cipriano extrañó la salida de Rivera, y receló una desgracia. Le buscó, y á pe-

sar de su instinto prodigioso, llegó tarde donde se hallaba. Oyó sus gemidos y le llevó moribundo á su casa. Antes de morir, Rivera tuvo fuerzas para decirme que Cuéllar había venido aquí á cometer nuevos crímenes. Aquí estoy para impedirlos en el nombre de Dios Todopoderoso. Aplacaos. Que la misma catástrofe que acabo de presenciar sirva para conteneros. La desventurada mujer que excitó á Cuéllar contra Rivera, al verle morir por culpa suya, cayó llorando sobre su cadáver. Su amor mundanal por aquel hombre adquirió un grado de violencia diabólicamente sublime. La desesperacion de Júdas se apoderó de su alma. Corrió á la azotea. Asió una cuerda, atada por un extremo á los hierros de la barandilla, hizo un fuerte lazo corredizo, y puso fin á su atropellada existencia. La he visto muerta, aterradora. Aún traigo erizadas de espanto estas canas que cubren mi cabeza. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Basta ya de delitos y de muertes!

D. FERNANDO.—Padre, es inútil lo que haceis. Os respeto, os amo; pero tengo que desoir vuestras amonestaciones. Apartaos. Dejad que peleemos. Creedme: este duelo tiene algo de religioso: es el juicio de Dios.

EL PADRE.—No blasfemes, hijo. Dios no pronuncia sus fallos por medio de un empleo bárbaro de la fuerza. No combatiréis si ántes no me matais. (Cuéllar y D. Fernando cruzan las espadas, por segunda vez y el Padre Antonio se pone en medio.)

EL PADRE.—Mirad, hijos míos: en Roma, áun despues del Cristianismo, seguían combatiendo en el Circo los gladiadores. Un santo monje, llamado Telémaco, quiso acabar con aquella costumbre feroz. El monje Telémaco regó el Circo con su generosa

sangre; pero el combate de los gladiadores terminó para siempre. ¿Querreis vosotros, cubriéndoos de perpetuo baldon, proporcionarme, aunque indigno, una gloria y un triunfo semejantes?

CUÉLLAR.—Ea, Padre, idos al diablo con vuestras pedanterías. Aquí no queremos proporcionaros nada.

D. FERNANDO.—Ya he dicho que os respeto. Despues, si vivo, os pediré perdon de rodillas. Ahora ni puedo obedeceros, ni puedo consentir que me estorbéis en mi firme é inevitable resolucion. (Dirigiéndose á los criados que tiene más cerca.) Asegurad al Padre hasta que terminemos. (Los criados se apoderan del Padre Antonio, que lucha por desasirse, miéntas le apartan á un lado.)

EL PADRE.—¿Cómo osais poner vuestras sacrílegas manos en el ungido del señor?

(D. Fernando y Cuéllar riñen.)

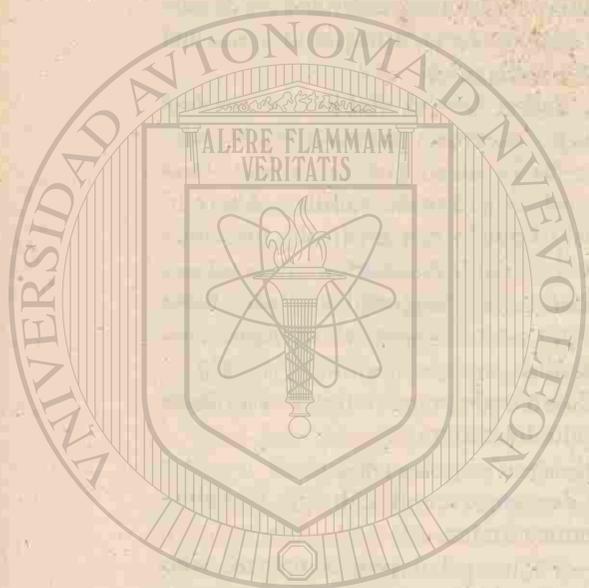
CUÉLLAR.—He de vengarme al cabo de tu seducion, origen de tantos males.

D. FERNANDO.—Yo no peleó por venganza, sino por necesidad, por seguridad y por justicia. Venguense de tí, por mi mano, los indios del Perú y el inca Atahualpa. (D. Fernando hiera á Cuéllar, y éste cae á tierra.)

CUÉLLAR.— ¡Ah! (Muere.)

EL PADRE. (De rodillas y alzando al cielo las manos.)— ¡Misericordia, Señor, misericordia!





LO MEJOR DEL TESORO

ZARZUELA FANTÁSTICA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

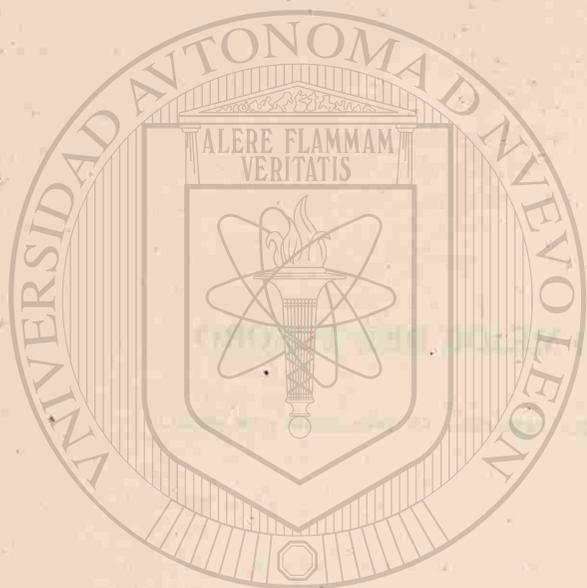
UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## LO MEJOR DEL TESORO

ZARZUELA FANTÁSTICA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

### ACTO PRIMERO.

Magnífico salon del palacio de Zeyn en la gran ciudad de Bactra.

El *Príncipe*, rodeado de jóvenes y alegres cortesanos y de hermosas damas, aparece presidiendo una espléndida cena. A su lado se sienta en la mesa la *Reina Mantara*, cuya actitud y ademanes han de manifestar desde luego su pasión por *Zeyn*, el cual se muestra frío con ella á pesar de sus coqueterías.

### ESCENA PRIMERA.

ZEYN, MANTARA, MOBAREC, cortesanos, comparsas de cortesanos, damas, esclavos que sirven á la mesa, músicos y bailarinas.

MÚSICA.

CORO.

Prodiga su tesoro,  
Como los rayos de oro  
El sol desde el Oriente,  
Espléndido Zeyn.  
Su trono refulgente  
Brilla con ricas galas;



Los genios con sus alas  
Le forman baldaquin.  
Al enemigo espanta;  
Le vence en guerra santa,  
Y cautiva y aterra  
A la caterva infiel;  
A par que en dulce guerra  
Inunda su hermosura  
De plácida ternura  
El pecho más cruel.

UNOS.

¡Atencion!

OTROS.

¡Escuchad!

TODOS.

La reina Mantara  
Prepárase á brindar.

UNOS.

¡Atencion!... ¡Atencion!

OTROS.

¡Escuchad!... ¡Escuchad!

## BRINDIS.

MANTARA.

Yo brindo á que sea  
Fecunda tu gloria.  
Mi alma desea  
Tu triunfo mayor.  
Tan sólo el vencido  
Completa victoria  
Lograr ha podido  
En lides de amor.

CORO.

Dichoso el vencido  
Que triunfa en amor.

ZEYN.

Permitan los cielos  
¡Oh linda viuda!  
Que alivie tus duelos  
Gallardo doncel;  
Abeja industriosa  
Al cáliz acuda  
Y libe la rosa  
Sacando la miel.

CORO.

Abeja industriosa, etc.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA DE INVESTIGACIÓN  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



MANTARA.

¡A brindar por Zeyn!

ZEYN.

¡Por Mantara á brindar!

CORO.

Porque dichas sin fin  
Ella logre alcanzar.

Con loca alegría  
Prosiga el festin.

BAILE.

CORO.

Prodiga su tesoro,  
Como los rayos de oro, etc.

HABLADO.

ZEYN.

Cesad ya: que me molesta  
Oír mi propia alabanza.  
¿Quién de esa letra, decidme  
Fué inventor? ¿Quién la acompaña  
Con tan dulce melodía.  
Y tan docta consonancia?

MANTARA.

Yo, señor.

ZEYN.

¿Tú? No sabía  
Que una habilidad tan rara  
Poseyeses.

MANTARA.

Más que el arte  
El entusiasmo en mi alma  
De música y poesía  
Hizo que el raudal brotara.

ZEYN.

Por poderoso que sea  
El entusiasmo no basta:  
¿Dónde el arte has aprendido  
Que crea belleza tanta?

MANTARA.

Mi origen, señor, no ignoras  
Ni el lustre de mi prosapia:  
Con el rey de Cachemira  
Me casé en edad temprana;  
Muerto el rey heredé el trono,  
Y mi soberbia las armas  
Me hizo tomar contra tí,  
Hasta que en rudas batallas  
Yugo á mi cuello pusiste  
Con el rigor de la espada;  
Mas tu noble proceder  
Cautivó luego mi alma.  
La gratitud y el afecto,

Como ya te he dicho, bastan  
A explicar de esos cantares  
Que celebraste la causa.

MOBAREC.

Señor, aunque yo no soy  
Como la hermosa Mantara,  
Ni viudo, ni rey, ni tuve  
Jamás la fiera arrogancia  
De declararte la guerra,  
Ni me vencieron tus armas,  
Te debo muchos favores  
Y siento hervir en el alma  
Gratitud é inspiracion.  
Deja que ensalce tu fama  
A mi vez en unos versos,  
Y que tu prenda más alta  
Celebre y dé testimonio  
De tu riqueza extremada.

MANTARA.

Este bufon va á decir  
Alguna botaratada.

ZEYN.

(A Mobarec, que está temeroso aún y sin acabar de hablar,  
aunque ha tomado un vaso en la mano.)

¿Qué es eso? ¿Qué te detiene?  
¡Dí lo que quieras: despacha!

MOBAREC.

De Zeyn la virtud soberana  
Que es la heroica paciencia, yo pienso,

Con que aguanta el pestífero incienso  
De la vana lisonja falaz;  
Y en sus ricos tesoros, sin duda,  
Quedará tanta perla y moneda  
Como vino vereis ahora queda  
De mi vaso en el fondo capaz.

(Mobarec apura una gran copa hasta el fondo y suelta una  
carcajada.)

MÚSICA.

UNOS.

¡Qué dice el mentecato?

OTROS.

Dislates suyos son.

UNOS.

Se burla sin recato.

TODOS.

Repórtese el bufon.

MOBAREC.

Palabras verdaderas  
Salieron de mi boca,  
Y vuestra saña loca  
Desprecia mi razon.

CORÓ.

Del príncipe y de todos  
Se buria sin recato.

¡Silencio el mentecato!  
¡Repórtese el bufon!

(Durante el alboroto desaparecen las mujeres.)

HABLADO.

ZEYN.

Basta ya de esta disputa:  
Ya basta, que estoy cansado.  
Idos y dejadme en paz.

(A Mobarec y á los cortesanos 1.º y 2.º)

Vosotros sólo quedaos.

(Vánse todos ménos Mobarec, Zeyn y los cortesanos 1.º y 2.º)

ESCENA II.

ZEYN, MOBAREC, y cortesanos 1.º y 2.º

ZEYN.

Nadie ignora que mi padre  
Era un portentoso sabio,  
Que llegó á tener influjo,  
Familiaridad y trato,  
Con los ocultos poderes  
Que bajo el velo diáfano  
Viven del mar proceloso;  
Con los espíritus vagos,  
Sutiles é imperceptibles,  
Que en los elementos varios  
Moran, y la vida crean  
Organizando sus átomos,

Y con las inteligencias  
Que mueven cielos y astros.  
Así tuvo mil noticias  
Mi padre de los pasados  
Sucesos, y alcanzó mucho  
De los venideros casos.  
De la tierra columbraba  
Los tesoros subterráneos,  
Y de duendes y de gnomos  
Los recónditos palacios.  
Penetraba al mismo tiempo  
En el corazón humano,  
Y el pensamiento más hondo  
Escudriñaba en los ánimos.  
En suma, mi padre era  
Un pozo de ciencia, un mago,  
Y no exigía tributos  
De sus felices vasallos;  
Pues los genios le traían  
Oro y plata por encanto.  
Descollaba entre los genios  
Uno como soberano  
Llamado Zacubulú,  
Al cual era tan simpático  
Mi padre, que en cuanto ansiaba  
Le complacía en el acto.  
El día en que yo nací,  
El horoscópio formaron.  
Supieron que yo sería  
Generoso y denodado,  
Mas que tendría un defecto  
Que me llevaría al cabo

A una espantosa ruina;  
 El ser muy despilfarrado.  
 Cuantos tesoros mi padre  
 Había reunido cauto  
 Yo había de disipar  
 En deportes y en regalos.  
 Ya se cumplió el horoscópio.

CORTESANO 1.º

¡Luego Mobarec ha hablado  
 Verdad!

ZEYN.

Verdad como un *templo*.

CORTESANO 2.º

¿Estás pobre?

MOBAREC.

Sin un cuarto.

ZEYN.

Aún tengo cetro y corona.  
 Mas ¡ay! que un deber más alto,  
 Mas ¡ay! que un gran juramento,  
 Que al empezar mi reinado  
 Hice, me obligan por siempre...

CORTESANO 1.º

¿A qué?

MOBAREC.

¡Juramentos vanos!

ZEYN.

No lo son, sino muy firmes  
 Y pertinentes y válidos;  
 Y por ellos á ser rey  
 De balde estoy obligado.

CORTESANO 1.º

¿Y el esplendor de tu trono?

CORTESANO 2.º

¿Y de la córte el boato?

ZEYN.

Todo ha desaparecido:  
 Con todo mi despilfarro  
 Dió fin.

MOBAREC.

Vas á ser entonces  
 Medio rey, medio ermitaño.

ZEYN.

Por fortuna no es posible  
 Que llegue nunca ese caso.

MOBAREC.

¿Cómo, señor, te burlabas?

CORTESANO 1.º

¿Es tu tesoro inexhausto?

CORTESANO 2.º

Sin duda Zacubulú  
 Nuevos tesoros te ha dado.

ZEYN.

Nada de eso: mas sabed  
Que de la vida estoy harto.

(Con gran solemnidad y misterio.)

Mi deseo de vivir  
Con mi riqueza ha acabado.  
No pienso más que en morirme.

MOBAREC.

Sólo á corazones bajos  
Da la inopia de la muerte  
El pensamiento nefando.  
Y aun así, si se murieran  
Todos los que están tronados,  
Un cementerio sería  
El mundo de cabo á rabo.

ZEYN.

No es solamente la inopia  
La causa de mi quebranto,  
Ni el móvil que á darme muerte  
Tal vez impulse mi brazo.

MOBAREC.

¿Qué otra razon puede haber?

ZEYN.

Todo voy á revelarlo.  
El cansancio de la vida,  
Que el corazón me devora,  
No proviene de qué ahora

Miro mi hacienda perdida:  
Razon más noble y subida  
Me induce y mueve á tener  
Por aborrecible el sér  
Con que vivo en este mundo:  
Es un anhelo infecundo  
Y un fantástico querer.  
Aun cuando yo poseyera  
La ciencia de Salomon,  
Y á mi pródiga ambicion  
Tributo en oro rindiera  
Tibar, y dueño yo fuera  
De las perlas de Abejín,  
Con el ámbar de Darin  
Y de Pancaya el perfume,  
El afan que me consume  
No llegara á tener fin.  
Es objeto de mi amor  
Un bello sér que percibo  
Cual recuerdo fugitivo  
De otra existencia mejor.  
Me ciega su resplandor  
Y su beldad me enamora,  
Y aunque no sé dónde mora,  
Sé que existe en realidad:  
No es vano sueño; es verdad  
Lo que el corazón adora.  
Pues nunca hubiera logrado  
Producir mi fantasía  
La soberana poesía  
De que está mi amor dotado.  
Tal vez, en alas llevado

De un genio, yo pude ver  
 A una divina mujer  
 Cuyo recuerdo en mí vive:  
 Recordada se concibe;  
 Soñada no puede ser.  
 Su beldad y perfeccion  
 Me aseguran su existencia:  
 No forjó la inteligencia  
 Lo que adora el corazon.  
 Mas si ella no es ilusion,  
 Ilusorio es mi deseo:  
 Inasequible la creo:  
 Bajo sol más luminoso,  
 En un mundo más dichoso,  
 Léjos vive y no la veo.  
 Por esto quiero morir;  
 Quiero volar do está ella;  
 En una remota estrella  
 Debe sin duda vivir.

MOBAREC.

No te aventuras á ir,  
 Señor, porque yo imagino  
 Que fuera gran desatino  
 Em prender esa jornada,  
 Y luégo no encontrar nada  
 Al terminar el camino.

ZEYN.

Será desatino extraño;  
 Pero á desechar no acierto

Ni el cansancio de la vida  
 Ni el amoroso deseo.

(Dirigiéndose á los dos cortesanos.)

Idos y dejadme solo  
 Con mis tristes pensamientos.  
 De mis amigos mejores  
 La sociedad me da tedio.

(Los cortesanos 1.º y 2.º hacen una profunda reverencia, y cuando van ya á salir, Zeyn les dice :)

ZEYN.

¡Ah! Notad que lo que oisteis  
 Esta noche es un secreto  
 Que á vuestra amistad confío  
 Por desahogo y consuelo.  
 ¡Cuenta con que se divulgue!

CORTESANO 1.º

Selladas con siete sellos  
 Quedan todas tus palabras  
 En lo profundo del pecho.  
 En inexpugnable alcázar  
 Mi prudencia las ha puesto,  
 Do las custodia con llaves  
 Y cerrojos el respeto.

CORTESANO 2.º

Un abismo en mi memoria  
 Á tus palabras he abierto,  
 Y del temor que me inspiras  
 Las sepulté bajo el peso.

(Vánse los dos cortesanos.)

## ESCENA III.

ZEYN Y MOBAREC.

MÚSICA.  
ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

ZEYN.

*Romanza.*

De sueños que el alma extasían  
 Quizá la divina creacion  
 Tan sólo en el centro del alma  
 Objeto adecuado logró.  
 En vano la busca mi oído  
 Del aire en el soplo fugaz,  
 Si blando el arroyo murmura,  
 Si gimen las olas del mar.  
 En vano mis ojos la espían  
 En trémulos rayos de luz,  
 Del bosque en la verde espesura,  
 Del cielo en la bóveda azul.  
 En balde mi mente la lleva  
 Al astro que apenas se ve,  
 Del mar infinito del éter  
 Perdido en el seno tal vez.  
 En balde memorias evoco  
 De tiempo pasado feliz,  
 Ó en aureas edades la finjo,  
 En siglos que están por venir.

HABLADO.

MOBAREC.

Ya que solos estamos,  
 Tu pensamiento, ¡oh príncipe! declara.  
 Díme si lo soñamos,  
 Ó si es real esa pasion tan rara,  
 Que así te lleva á despreciar la vida,  
 Buscando á tu fantástica querida  
 De la muerte en el seno.

ZEYN.

Á suicidarme estoy determinado.  
 ¿Qué medio juzgas tú más acertado?  
 Puñal, cuerda ó veneno?

MOBAREC.

Vulgar é indecoroso  
 El medio de la cuerda me parece,  
 Y el del puñal bastante doloroso.  
 Lo que menor dificultad ofrece  
 Es un filtro, que blando sueño infunda,  
 Desde el cual, por un tránsito suave  
 La existencia se hunda  
 En la morada vaga é infinita,  
 Do todo sér ántes de ser habita,  
 Donde despues de ser todo sér cabe.  
 En tal morada, creo  
 Que uno mismo serás con tu deseo;  
 Con todo lo que admiras;  
 Con la bella mujer por quien suspiras.  
 Allí está confundido

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Lo que será, lo que es y lo que ha sido.  
 Mas, yo, señor, prefiero  
 Ser Mobarec y ver la luz del día  
 A descender á esa mansion sombría.  
 Si alguna vez me muero  
 Será contra mi gusto.  
 No te mates, señor, vive en la tierra  
 Valeroso y robusto,  
 Y ese pesar del corazón destierra.  
 Considera, además, que, si te matas,  
 La Reina-madre ha de llorarte mucho.

ZEYN.

¡Con el cariño que la tengo lucho!

MOBAREC.

De un imposible amor tan sólo tratas,  
 Y ¿así olvidas los fáciles amores  
 Que te brinda un jardín de bellas flores?  
 Te persiguen viuditas y doncellas,  
 De montaraz y arisco te zahieren;  
 Todas, todas te quieren,  
 Y sobre todas la sin par Mantara;  
 Consuélate y olvídate con ellas  
 De tu beldad inasequible y rara.

ZEYN.

Esos amores fáciles desdeño.  
 Harto sé que Mantara tiene empeño  
 En rendir mi albedrío,  
 Pero de las coquetas no me fio.  
 Es vana y ambiciosa,

Y anhela ser mi esposa  
 Con el afán de compartir mi trono.

MOBAREC.

Decir puedo en su abono,  
 Que si anhela el poder, también te ama.

ZEYN.

Ambición y no amor eso se llama.  
 No quiero amor mezclado, sino puro.

MOBAREC.

Pues, señor, yo te auguro  
 Que ese amor no hallarás en esta vida.

ZEYN.

De que ya debo darla por perdida,  
 Tú corroboras mi opinión, amigo.  
 Voy á ver á mi madre. Ven conmigo.  
 Á despedirme voy, cual si pensara  
 En hacer un larguísimo viaje.

MOBAREC.

(Aparte.) Ó el príncipe está loco,  
 Ó el príncipe es un bárbaro salvaje.

ZEYN.

¿Qué dices?

MOBAREC.

Nada digo: á Dios invoco  
 Y le ruego te quite la locura.

ZEYN.

Mi mal, ¡oh, Mobarec! no tiene cura.

MUTACION.

Jardín lleno de árboles y flores. La luz de la luna ilumina la escena. Una fuente y asientos. Sale por un lado MANTARA. BARABAR despues.

(En el mismo momento del mítis de Zeyn y Mobarec debe principiar la orquesta el prelude de la romanza siguiente:)

MÚSICA.

*Romanza.*

MANTARA.

Las mariposas  
Aman las flores:  
Todas las cosas  
Tienen amores.

El sol á la tierra ama  
Y en ella infunde su llama;  
En el mar la luna brilla  
Porque el mar es su amador.

*Tan sólo la tortolilla  
Está viuda y sin amor.*

Enamorada  
Siempre te miro:  
Loca, extasiada  
Por tí suspiro.

Como el alba á su lucero,  
Como el imán al acero,  
Te busca el alma sencilla  
Y no halla en tí su amador.

*Porque soy la tortolilla  
Que está viuda y sin amor.*

HABLADO.

En la soledad amena  
De esta sombría enramada,  
Amorosa y desdeñada,  
Voy á desahogar mi pena.  
Al negro alquimista espero  
Que de remediar presume  
Este mal que me consume,  
Alcanzando lo que quiero.  
Amo á Zeyn, mas tambien  
Siento que agita mi pecho,  
Si no el encono, el despecho  
Que me causa su desden.  
Que es necio ó no tiene ojos  
Á veces se me figura,  
Cuando al mirar mi hermosura  
No siente amor sino enojos.  
Morir, Mantara, debieras  
Y no ser reina en el nombre,  
Ó enamorar á este hombre  
Para ser reina de veras.  
Mas conseguirlo por arte  
Mágica no me ilusiona.

(Mientras va diciendo Mantara los anteriores últimos versos, entra el negro Barabar, vestido de mago oriental, de un modo fantástico y simbólico. Llega junto á Mantara, oye sus últimas palabras, y dice:)

BARABAR.

El amará tu persona ;  
No debe el medio importarte.

MANTARA.

¿Qué es esto? ¿Estabas aquí?

BARABAR.

En este momento llego.  
Ya, vencido de tu ruego,  
Cuanto deseas cumplí.  
Cuando, al contemplar el cielo,  
Miré el instante propicio,  
Y á Venus en conjunción  
Con los astros de tu signo,  
Estando yo por mi ciencia  
De lo que importá provisto,  
En alquitara de oro,  
Do ya había hirviente vino,  
Eché zumo de mil hierbas,  
Dos sapos y un basilisco,  
Y con diez onzas de sangre  
Que extraje de un hombre vivo,  
Picado como jigote  
Puse el corazón de un mico.  
En tan tremendo potaje  
Hice conjuros y hechizos,  
De un infernal sacramento

Cumpliendo blasfemos ritos.  
La quinta esencia que al cabo  
Logré sacar de aquel mixto,  
Destilando en la alquitara  
Su más volátil espíritu,  
Encerrada en este pomo  
En tus manos deposito.  
Es un precioso elixir  
De tan raro poderío,  
Que sólo con pocas gotas  
Que viertas en cualquier líquido,  
Infundirás al que beba  
Un amoroso delirio.  
Así de Zeyn al punto  
Podrás vencer el desvío.

MANTARA.

Ardientemente desco  
Que se rinda amante y fino  
Á mis plantas, mas quisiera  
Que obrase el dulce prodigio,  
No este bodrio abominable,  
No este diabólico filtro,  
Sino la luz de mis ojos,  
Mi talle y mi rostro lindo.

BARABAR.

Si Zeyn fuese, señora,  
Como los demas nacidos,  
Enamorado estaría  
De tu celeste atractivo;  
Quien te mira y no te adora

Tiene el corazón de risco.  
 Mas Zeyn, á lo que entiendo,  
 Entreveo y averiguo,  
 Ya inspeccionando las astros,  
 Ya consultando los libros,  
 Vive de Zacubulú  
 Bajo el influjo maligno,  
 Y este genio le ha criado  
 Desamorado y arisco.

MANTARA.

¿Y quién es Zacubulú?

BARABAR.

Es el genio favorito  
 De su padre : es el monarca  
 De los genios del abismo.

MANTARA.

Y el desamor de Zeyn  
 Sabes tú con qué designio  
 Zacubulú le dispone?

BARABAR.

Lo ignoro; mas sé de fijo  
 Que ha de vencer á su encan to  
 El encanto de mi filtro,  
 Cuyo poder es supremo  
 Al de tu beldad unido.

MANTARA.

Bien está: contra un encanto  
 Otro encanto me permito;

Contra magia de desdenes  
 Magia del amor aplico:  
 Mi orgullo está satisfecho  
 Y mi corazón tranquilo.  
 Guarda en premio de tu obra  
 El diamante de este anillo.

(Se le da.)

BARABAR.

Gracias y que goce el mundo  
 Tu presencia largos siglos.

(Váse Barabar.)

## ESCENA V.

Coro de mujeres de la servidumbre de la Reina Budí. *Al són de laudes y otros instrumentos que ellas mismas tocan, y precedidas de algunos eunucos negros ricamente vestidos y armados, entran cantando las mujeres en dos filas, y se colocan á ambos lados del foro. La Reina Budí entra la última y se reclina en un sitial que está en medio del teatro. A ambos lados del sitial permanecerán de pié dos jóvenes esclavas con abanicos de plumas. Mantara no ha de abandonar la escena. Música caprichosa. Flautines, panderetas, platillos, arpas, etc.*

MÚSICA.

CORO.

Consuele tu pena  
 La noche serena  
 ¡Oh reina Budí!  
 La fuente que suena  
 El aura y el ave  
 Á sueño suave  
 Convidan aquí.

(Las dos esclavas, que estarán á ambos lados del sitial, recitarán al són de la música lánguida y con cierta cadencia y énfasis las estrofas siguientes:)

ESCLAVA 1.<sup>a</sup>

Bordado de estrellas y hermosos luceros  
Espléndida luce su manto la noche;  
Por claros senderos  
Dirige la luna su fúlgido coche.  
Derrama en las flores su luz argentina,  
En lagos ríela y en fuente sonora;  
La alondra que trina  
Anuncia que viene rayando la aurora.

CORO.

Consuele tu pena  
La noche serena, etc.

ESCLAVA 2.<sup>a</sup>

Los silfos se mecen en hilos de oro  
Que luna y estrellas esparcen doquier:  
Fragante tesoro  
En cáliz de flores anhelan beber.  
Nocturno reposo, silencio profundo  
Tus párpados quieren ¡oh reina! cerrar:  
Penetra en el mundo  
Dichoso do el sueño te va á trasportar.

CORO.

Consuele tu pena  
La noche serena, etc.

HABLADO.

BÚDÍ.

No es fácil que halle consuelo  
Mi negra melancolía.

MANTARA. (Adelantándose.)

¿Cómo has dejado tu estancia?  
¿Qué enfermedad, qué desdicha  
Te desvela?

BUDÍ.

No he podido  
Dormir un punto tranquila.  
Harta de mi doloroso  
Insomnio, puse la vista,  
Desde un balcon de mi estancia,  
En la esfera cristalina.  
Lo apacible de la noche,  
El susurrar de las tibias  
Auras y el blando murmullo  
De las fuentes, me convidan  
Entonces á descender  
Á esta enramada florida.  
Á mis esclavas despierto,  
Con ellas bajo, y el día  
Aguardo aquí desvelada.

MANTARA.

Muy pronto su luz divina  
 Teñirá en púrpura el cielo.  
 Siento que el pesar te aflija.  
 Bien quisiera remediarlo  
 Aun á costa de mi vida.  
 Pero aquí viene tu hijo.

## ESCENA VI.

DICHOS, ZEYN Y MOBAREC.

ZEYN.

Hablarte á solas quería,  
 Madre y señora. La reina  
 Mantara, que es tan amiga  
 Nuestra, y el fiel Mobarec  
 Oir podrán lo que te diga.  
 Pueden oírlo tambien  
 Tus dos siervas favoritas.  
 Dí á los demas que despejen.

BUDÍ.

Despejad.

(Vánse los de la servidumbre.)

Apercibida  
 Me tienes para escuchar  
 Cuanto referirme ansías.

## ESCENA VII.

ZEYN, BUDÍ, MANTARA, MOBAREC y esclavas 1.ª y 2.ª

ZEYN.

Ya sabes, madre amada,  
 La causa principal de mi tormento.  
 Mi prodigalidad desatinada  
 Disipó en un momento  
 De mi padre el magnífico tesoro,  
 Y sin embargo necesito oro.  
 Me aflige la miseria  
 Y me duele la inopia;  
 Pero padezco enfermedad más seria  
 Y de reyes y príncipes más propia.  
 El perturbar la paz de mis Estados  
 No ha de ser obra mia.  
 Vivan en paz mis súbditos amados  
 En esta dilatada monarquía,  
 Aunque conozco que la paz, la calma,  
 Embota la razon y seca el alma.  
 Para mí quiero guerra,  
 Y cansado de idílicas dulzuras,  
 Pienso marcharme á recorrer la tierra  
 En busca de aventuras.  
 La bendicion te pido,  
 Pues á partir estoy tan decidido,  
 Que no bien luzca el sol en el Oriente,  
 De la corte saldré con gran secreto,  
 Sólo de Mobarec acompañado.

MANTARA.

Muy pronto su luz divina  
 Teñirá en púrpura el cielo.  
 Siento que el pesar te aflija.  
 Bien quisiera remediarlo  
 Aun á costa de mi vida.  
 Pero aquí viene tu hijo.

## ESCENA VI.

DICHOS, ZEYN Y MOBAREC.

ZEYN.

Hablarte á solas quería,  
 Madre y señora. La reina  
 Mantara, que es tan amiga  
 Nuestra, y el fiel Mobarec  
 Oir podrán lo que te diga.  
 Pueden oírlo tambien  
 Tus dos siervas favoritas.  
 Dí á los demas que despejen.

BUDÍ.

Despejad.

(Vánse los de la servidumbre.)

Apercibida  
 Me tienes para escuchar  
 Cuanto referirme ansías.

## ESCENA VII.

ZEYN, BUDÍ, MANTARA, MOBAREC y esclavas 1.ª y 2.ª

ZEYN.

Ya sabes, madre amada,  
 La causa principal de mi tormento.  
 Mi prodigalidad desatinada  
 Disipó en un momento  
 De mi padre el magnífico tesoro,  
 Y sin embargo necesito oro.  
 Me aflige la miseria  
 Y me duele la inopia;  
 Pero padezco enfermedad más seria  
 Y de reyes y príncipes más propia.  
 El perturbar la paz de mis Estados  
 No ha de ser obra mia.  
 Vivan en paz mis súbditos amados  
 En esta dilatada monarquía,  
 Aunque conozco que la paz, la calma,  
 Embota la razon y seca el alma.  
 Para mí quiero guerra,  
 Y cansado de idílicas dulzuras,  
 Pienso marcharme á recorrer la tierra  
 En busca de aventuras.  
 La bendicion te pido,  
 Pues á partir estoy tan decidido,  
 Que no bien luzca el sol en el Oriente,  
 De la corte saldré con gran secreto,  
 Sólo de Mobarec acompañado.

Tú, señora, te quedas de regente.  
Aquí tienes mi anillo y el decreto  
Por mi firma real autorizado.

(Le da el anillo y un pergamino.)

BUDÍ.

Aunque mucho me aflijo,  
Tu plan no me sorprende, augusto hijo.  
Tu padre, columbrando lo futuro,  
Me lo anunció, años hace, por seguro;  
Y me mandó te diera,  
Cuando su vaticinio se cumpliera,  
Y tú en efecto de cumplirle acabas,  
Lo que van á traer estas esclavas.

(Budí, que ha permanecido sentada en el sitial, habla al oído á las dos esclavas que tiene al lado, las cuales salen al són de una música solemne y se van por el fondo. Momentos de pausa. La música sigue sonando mientras vuelven las esclavas, y los versos que se recitan, todo el tiempo que la música dura, van al compás de ella.)

MANTARA.

Sin duda tu padre querido  
Tus nobles impulsos previó,  
Y yelmo de acero bruñado,  
Y espada con puño de oro,  
Y escudo brillante y sonoro,  
Oh príncipe ilustre, guardó.

MOBAREC.

Previendo tu padre discreto  
Tu anhelo feroz de gastar,  
Cabalístico, extraño amuleto,

Que en perlas convierta el rocío  
Y en oro las chinas del río,  
Sin duda te va á regalar.

BUDÍ.

Tu padre un tratado profundo  
De higiene del alma escribió,  
Que al desprecio del pícaro mundo  
Y al retiro pacífico inclina:  
Para tí, como gran medicina,  
El tratado tal vez destinó.

(Aparecen de nuevo todas las esclavas. Las esclavas 1.ª y 2.ª vienen con pausa con un precioso cofre, que traen por las asas entre las dos.)

MÚSICA.

CORO.

¿Qué guarda en su seno  
El cofre escondido?  
¿Qué alfanje buido,  
Qué yelmo será?  
Quizas esté lleno  
De hermosos joyeles.  
Quizá cuanto anheles  
El cofre tendrá.

BUDÍ.

La llave te entrego:

(Da la llave á Zeyn.)

Abrirle tú debes.

MOBAREC.

Que un chasco te lleves  
Me temo, señor.

(Zeyn va á abrir el cofre y vacila y se turba.)

MANTARA.

Ten calma y sosiego.

ZEYN.

Del padre me asusta  
La imágen adusta;  
Me falta valor.

TODOS.

¿Qué guarda en su seno, etc.

(Zeyn abre por último el cofre y saca de él un azadon.)

MOBAREC.

¡Regalo curioso!

BUDÍ.

¡Simbólica alhaja!

ZEYN.

Mi padre me ultraja.

MANTARA.

Te da un azadon.

TODOS.

Vivir afanoso  
Y rudas faenas

Aumentan las penas  
Con nueva aficcion.

BUDÍ.

¿Ningun documento  
El cofre guardaba?

Mete la mano en el cofre y saca un pergamino enrollado )

ZEYN.

En el fondo estaba.  
Tenías razon.  
Mi padre su intento  
Sin duda nos fia.

BUDÍ, MANTARA Y MOBAREC.

Saberlo querría.

ZEYN.

Prestad atencion. (Lee.)

¡Hijo! En virtud de mi saber fatídico,  
He previsto que á poco de mi muerte,  
Por tu carácter y tu adversa suerte,  
En triste situacion te vas á ver.  
No será la carencia de metálico  
Lo que mayor pesar cause á tu alma,  
Sino un afán que robará tu calma  
Y te emponzoñará todo placer.  
De tu padre velando está el espíritu  
Por tu bien desde el cielo cristalino,  
Y á abrirte va fantástico camino,

Por donde ha de llevarte el corazón  
 Ó á conseguir un porvenir magnífico  
 Ó á innoble muerte y criminal desdoro:  
 Cava, Zeyn, al pié del sicomoro  
 Grande con ese rústico azadon.

BUDÍ.

Oscuro está el escrito.

ZEIN.

No está sino muy claro.  
 Lo que mandó mi padre voy al punto á cumplir.  
 Aquí del sicomoro la verde pompa luce:  
 Cavemos y veamos qué oculta el porvenir.

(Zeyn se pone á cavar. Los golpes del azadon han de sonar como si diesen contra una piedra. Pocos instantes despues de estar Zeyn cavando, empezarán á brotar chispas luminosas á cada golpe. Las chispas irán aumentándose hasta que formen hermosos penachos de luz que corren con rapidez. Mientras cava Zein, cantan en coró los presentes.)

TODOS.

Tus brazos robustos la azada impulsaron:  
 Un golpe tremendo hirió el pedernal:  
 Sus duras entrañas abiertas lanzaron  
 De vivas centellas fulgente raudal.

(Al terminar el canto se oye un trueno subterráneo y se abre la tierra donde cava Zeyn, saliendo por la abertura un resplandor que deslumbra.)

ZEIN.

Buen fin tuvo mi faena.  
 ¡Qué prodigio! Madre, mira

Esta escalera que gira  
 En elegante espiral.  
 Sin duda al centro profundo  
 De riquísimas mansiones  
 Conducen sus escalones  
 De pórvido y de cristal.  
 Seguidme, y á ver lleguemos  
 Este palacio encantado.

TODOS.

¡Oh príncipe afortunado!  
 ¡Oh palacio sin igual!

(Todos bajan por escotillon, dejando la escena vacía.)

(Cambio rápido de decoracion. Gran sala llena de inmensos tesoros: perlas y diamantes en vasos de cristal: monedas de oro á montones, armas riquísimas, etc. En el fondo del foro habrá nueve hornacinas: cuatro á cada lado y una mayor en el centro. Las hornacinas de los lados tendrán idolos indios de extrañas cataduras, todos de oro, ornados de pedrería: el gran nicho del centro estará vacío y habrá por bajo una inscripcion en caracteres peregrinos, que se leerá á su tiempo. Salen Zeyn, Mantara, Budí, Mobarec y esclavas cantando.)

TODOS.

El Dios de la riqueza  
 Aquí sin dura mora,  
 Y pródigo atesora  
 Cuanto hay que desear.  
 ¡Qué lujo! ¡Qué belleza!  
 La luz en los diamantes  
 Refleja, y mil cambiantes  
 Produce sin cesar.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 Ado. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
 DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Qué fuente, qué venero,—con golpe soberano,  
Movido por tu mano—ha abierto el azadon!,  
De joyas y dinero,—que amontonó la ciencia;  
De todo la opulencia—te ha dado posesion.

HABLADO.

ZEYN.

En efecto, mi buen padre  
Noblemente me regala;  
Perlas, diamantes y oro  
Aquí tengo en abundancia.

MANTARA.

Con esto, señor, bien puedes,  
Si es que el reposo te enfada,  
Levantar inmenso ejército  
Y conquistar toda el Asia.

MOBAREC.

Mejor es vivir en paz,  
Entre músicas y danzas,  
Títeres y simulacros,  
Y hermosear á tu patria  
Con monumentos soberbios,  
Y alimentar una cáfila  
De poetas, que en sus himnos  
Hagan eterna tu fama.

BUDÍ.

Crear puedes una academia  
De gente estudiosa y sábia,  
Que el origen de las cosas

Y el fin á que son creadas,  
Y el cómo, el por qué y el cuándo  
Diluciden con su charla.

ZEYN.

Todo eso y más he de hacer.  
Estos tesoros me bastan  
Para festines, palacios  
Y hombres de letras y armas.  
Mas inquieto el corazon  
Me dice que algo me falta.

MANTARA.

¡Los ídolos son aquestos  
De las deidades preclaras,  
Que adoramos en la tierra  
Que el Indo y el Ganges bañan!

MOBAREC.

¿Qué Dios de más campanillas,  
De más fuste é importancia,  
Tendrá este nicho en reserva  
Para su imágen sagrada?

(Señalando el nicho del medio.)

MANTARA.

Puede ser para Vischnú,  
Para Siva ó para Brahma.

ZEYN.

¿Qué me importa? Lo que importa  
Es que una imágen me falta,  
Y el tesoro está incompleto.

MANTARA.

Tal vez aquellas palabras,  
Que en caracteres de oro  
Bajo el nicho están grabadas,  
Expliquen todo el enigma.

MOBAREC.

Léelas, señor.

ZEIN.

Leámoslas.

(Acercándose á la inscripcion y leyendo.)

«El ídolo que falta tiene más valor que todos los otros juntos. Si quieres poseerle debes atravesar muchos países, montañas y rios, pasar por horribles desiertos, y llegar, por último, á la península de Bacú. En la orilla izquierda del istmo, en soledad selvática, hallarás modo de penetrar hasta el alcázar submarino del rey de los genios, quien te dirá qué has de hacer para conseguir el ídolo que falta.»

MANTARA.

Ruda empresa te proponen.

BUDÍ.

¡Empresa disparatada!

MOBAREC.

Quédate sin ese ídolo:  
Ya con los otros te basta.  
¿Qué más hay que desear?

BUDÍ.

Estáte quieto en tu casa.

ESCLAVA 1.<sup>a</sup>

Haz de tus fieles vasallos  
La dicha.

ESCLAVA 2.<sup>a</sup>

¡Zeyn, no te vayas!

ZEYN.

Fuera yo ruin y cobarde  
Si el compromiso rehusara;  
Hoy mismo quiero partir.

MANTARA.

Grandes peligros te aguardan;  
Pero la gloria infinita  
Será, si el ídolo alcanzas.  
Aunque soy débil mujer,  
Acompañarte me agrada.  
Resisto bien las fatigas  
Y sé manejar las armas.  
Flecha que silbando arroja  
Mi arco de búfalo y plata,  
En lo más alto del aire  
Hierde de muerte las águilas.  
Al potro indómito, al fiero  
Onagro mi diestra amansa:  
Del elefante y del grifo  
No temo oprimir la espalda.  
Llévame, señor; permíte

Que mi amistad acendrada  
Tome parte en tus trabajos  
Y presencia tus hazañas.

ZEYN.

Alto honor, reina, sería  
El que tú me acompañaras;  
Pero no debo exponerte.  
Durante mi ausencia larga  
Consolarás á mi madre.

BUDÍ.

¿Quién entonces te acompaña?

ZEYN.

Mobarec vendrá conmigo.  
Mobarec, pronto prepara  
Los dos mejores caballos.  
Apénas se muestre el alba  
En los balcones de Oriente,  
Empezará nuestra marcha.

MANTARA. (Aparte.)

Yo he de seguirte, Zeyn,  
Por donde quiera que vayas.  
Te buscaré aunque te hundas  
De la tierra en las entrañas.

MÚSICA.

BUDÍ.

¿Estás decidido?  
¿No escuchas mi ruego?

ZEYN.

Ni paz ni sosiego  
Si quedo tendré.

MOBAREC.

Estoy elegido.  
Venzamos el susto.

ZEYN.

Viajar es mi gusto;  
Mil tierras veré.

MANTARA.

¡Se va y no me lleva!  
¡Ingrato adorado!

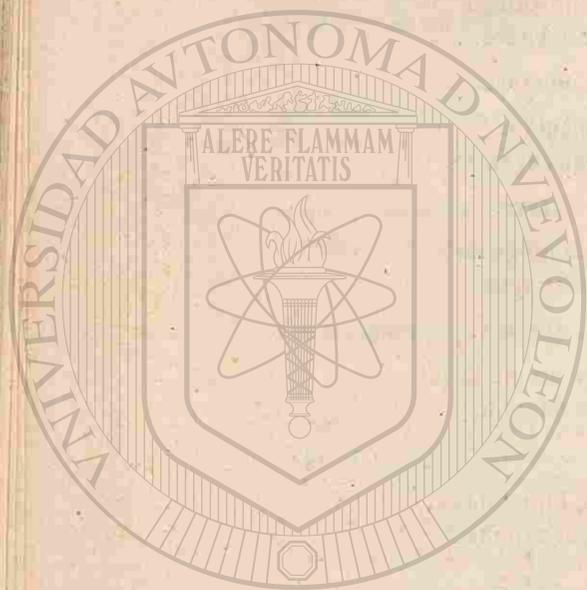
BUDÍ.

Tú vas, hijo amado,  
La vida á exponer.

TODOS.

Magnífica prueba  
Darás de tu gloria.  
Tu nombre en la historia  
Eterno ha de ser.





## ACTO SEGUNDO.

Espacio despejado en medio de una selva virgen, sombría y espesísima. *Barabar* y *Mantara* detras de mucha maleza, plantas parásitas y gigantescas y tupidas enredaderas, por donde vienen abriendo camino con las anchas y cortantes espadas.

### ESCENA PRIMERA.

MÚSICA.

MANTARA Y BARABAR.

(A duo.)

Han de abrir las espadas camino  
Hasta el centro del bosque llegar:  
El misterio que oculta en su centro  
Nuestros ojos al cabo verán.  
Asombrados despiertan los ecos  
Que tal vez no escucharon jamás.  
Ni los golpes del hierro ni el paso  
Ni la voz de persona mortal.  
Ya los pájaros huyen al vernos;  
Ya silbando las sierpes se van.  
¿Qué hallaremos al fin en el bosque?  
¿En su centro escondido qué habrá?

(Rompiendo los ramos y enredaderas parásitas, más cercanas al proscenio, Mantara y Barabar aparecen del todo. Mantara vestida muy bizarramente con traje guerrero y varonil. Barabar siempre con traje de mago, pero menos rozagante y talar y más propio de camino que en el primer acto.)

HABLADO.

BARABAR.

Aquí formando un claro,  
Ya rota la espesura,  
¡Cuánto cambia de aspecto  
Esta selva profunda!  
Lo menos veinte horas  
De fatigosa lucha  
Con jaras, con espinos  
Y montes de verdura,  
Gastamos en abrirnos  
Camino.

MANTARA.

Pero triunfa  
Al cabo mi constancia.  
Llegamos ya sin duda,  
Donde vive Casyapa  
En penitencia dura.

BARABAR.

Pues ni choza ni albergue  
Ni hombre ó mujer columbran  
Mis ojos, aunque tengo  
La vista muy aguda.

MANTARA.

Aún estará distante:  
Quizas en una gruta  
Vivirá el penitente,  
Porque ya sendas muchas  
Se ven, y la presencia  
Del sér humano anuncian  
Flores que da el cultivo,  
Mil árboles de fruta  
Plantados en buen órden,  
Y la huella fecunda  
Con que el arado corvo  
La faz del suelo surca.

BARABAR.

Es cierto, y sin embargo  
Ni hombres veo ni yuntas.  
¿No habrá quien compasivo  
A nosotros acuda  
Con comida caliente  
Y morada segura?  
Van ya para dos años  
Que me llevas en busca  
De Zeyn, sin que logres  
Saber dónde se oculta.  
Buscarle en las ciudades  
En nada me perturba:  
Mas buscarle en las selvas  
Me cansa y atribula.

MANTARA.

Ten paciencia y aguarda.

BARABAR.

Ya veo que una turba  
De penitentes llega.

MANTARA.

Pasmados nos circundan.

(Los penitentes salen de improviso por ambos lados. Miran con asombro y rodean á los viajeros. Mobarec saldrá tambien vestido de penitente.)

ESCENA II.

DICHOS, MOBAREC Y PENITENTES.

CANTADO.

PENITENTES.

¡Profanos! ¿Por qué senda  
Llegásteis á la sacra soledad?  
¡Profanos! ¡La tremenda  
Maldicion de Casyapa recelad!

MANTARA.

¡Penitentes varones!  
¡No mostréis contra mí tanto furor!  
Quiero mis devociones  
Hacer entre vosotros con fervor;  
Piadosa peregrina

Al inmortal Casyapa quiero ver.  
Por su santa doctrina  
Quiero la paz del alma merecer.

BARABAR.

Yo, que sigo á mi dueño,  
Responsable no soy de estar aquí.  
No forme, pues, empeño  
El buen Casyapa en maldecirme á mí.

PENITENTES.

¡Profanos! ¿Por qué senda  
Llegásteis á la sacra soledad?  
¡Profanos! ¡La tremenda  
Maldicion de Casyapa recelad!

HABLADO.

MOBAREC.

¡Hermanos! Estos viajeros  
Me parecen gente buena.  
Sin duda se extraviaron  
En la espesísima selva,  
Y abriendo con sus espadas  
Camino por entre breñas,  
Han llegado hasta nosotros  
Sin intenciones aviesas.  
Yo los conozco hace tiempo,  
Y hablar á solas quisiera  
Con ellos.

UN PENITENTE.

Si los conoces  
 Habla lo que te convenga ;  
 Pero cuida no se escapen  
 Sin cumplir la penitencia  
 Por quebrantar la clausura.

BARABAR.

¿Y qué penitencia es esa?

PENITENTE.

Para esta dama, que es blanca,  
 Alimentarse con hierbas  
 Un mes : para ti, que tienes  
 Crespo el pelo y la piel negra,  
 Igual ayuno y por postres  
 De azotes quince docenas.

BARABAR.

Eso no es equitativo.  
 Eso es barbarie proterva!

PENITENTE.

¿Cómo así? Por dama y blanca  
 La ley es dulce con ella;  
 Mas contigo, que eres negro,  
 No puede haber indulgencia.  
 Casyapa además es fino  
 Con las señoras, y á ésta  
 Tal vez la excuse de ayuno  
 Y del pecado la absuelva:

Pero tus azotes dudo  
 Que se queden en promesa.

BARABAR.

Pues me fugo.

PENITENTE.

No te irás;  
 ¡Asidle, tomadle á cuestras!

(Agarran á Barabar varios penitentes, y se le quieren llevar.)

MANTARA.

(Espada en mano y tratando de impedirlo.)

Negro ó blanco, á mi criado  
 No ha de hacer nadie violencia.  
 Idos en paz y dejadle.  
 De Casyapa á la presencia  
 Iré pronto y ya veremos  
 Cómo las cosas se arreglan  
 Sin que él lleve los azotes  
 Y sin que yo sufra dieta.

(Se van los penitentes por un lado y por otro se esconde Barabar.)

ESCENA III.

MOBAREC Y MANTARA.

MANTARA.

(A Mobarec.)

¿Qué tienes tú que decirme?

UN PENITENTE.

Si los conoces  
 Habla lo que te convenga ;  
 Pero cuida no se escapen  
 Sin cumplir la penitencia  
 Por quebrantar la clausura.

BARABAR.

¿Y qué penitencia es esa?

PENITENTE.

Para esta dama, que es blanca,  
 Alimentarse con hierbas  
 Un mes : para ti, que tienes  
 Crespo el pelo y la piel negra,  
 Igual ayuno y por postres  
 De azotes quince docenas.

BARABAR.

Eso no es equitativo.  
 Eso es barbarie proterva!

PENITENTE.

¿Cómo así? Por dama y blanca  
 La ley es dulce con ella;  
 Mas contigo, que eres negro,  
 No puede haber indulgencia.  
 Casyapa además es fino  
 Con las señoras, y á ésta  
 Tal vez la excuse de ayuno  
 Y del pecado la absuelva:

Pero tus azotes dudo  
 Que se queden en promesa.

BARABAR.

Pues me fugo.

PENITENTE.

No te irás;  
 ¡Asidle, tomadle á cuestras!

(Agarran á Barabar varios penitentes, y se le quieren llevar.)

MANTARA.

(Espada en mano y tratando de impedirlo.)

Negro ó blanco, á mi criado  
 No ha de hacer nadie violencia.  
 Idos en paz y dejadle.  
 De Casyapa á la presencia  
 Iré pronto y ya veremos  
 Cómo las cosas se arreglan  
 Sin que él lleve los azotes  
 Y sin que yo sufra dieta.

(Se van los penitentes por un lado y por otro se esconde Barabar.)

ESCENA III.

MOBAREC Y MANTARA.

MANTARA.

(A Mobarec.)

¿Qué tienes tú que decirme?

MOBAREC.

¿No me conoces, oh reina?  
¿Tan mudado estoy? ¿Tan flaco  
Me tiene la penitencia?

(Mobarec se baja el capuchon y Mantara le reconoce.)

MANTARA.

¡Oh dicha! ¿Eres tú? ¿Y tu amo?

MOBAREC.

Aquí vive.

MANTARA.

Verle anhela

Mi corazón. Llévame  
Donde está.

MOBAREC.

Señora, espera.

Ahora está Zeyn encerrado  
En impenetrable celda  
Con Casyapa y no es posible  
Ir á decirle que venga.  
Tratando está de un asunto  
Que es de gravedad inmensa.  
De él depende que consiga  
Ó no la estatua novena.

MANTARA.

¿Cómo es eso?

MOBAREC.

Escucha el caso.

MANTARA.

Habla, que te escucho atenta.

(Mantara y Mobarec se sientan en un peñasco.)

MOBAREC.

No he de pecar de prolijo:  
Permite que no refiera  
De mis peregrinaciones  
La extraña y larga novela.  
Bástete saber que fuimos,  
Para empezar nuestra empresa,  
A ver á Zacubulú,  
Que en los genios de la tierra  
Como absoluto monarca  
Hace mucho tiempo reina.  
En el submarino alcázar  
Zeyn entró sin resistencia,  
Dejándome detenido  
Por los guardias á la puerta.  
Supe despues por Zeyn  
Que en aquella conferencia  
Le impuso Zacubulú  
La más difícil tarea.  
Buscar debía Zeyn  
Por el mundo á una doncella,  
Inocente sin ser tonta,  
Y cándida sin ser necia;  
Cuyo corazón el germen

Del amor, cuya cabeza  
 Del más supremo deleite  
 Y de lo bello la idea  
 Tuviese, sin que jamás  
 Su mente empañado hubiera  
 Un pensamiento enemigo  
 De la virginal pureza.  
 A fin de no equivocarse,  
 Zacubulú dió, cual piedra  
 De toque y cual fiel contraste  
 Para estimar inocencias,  
 Un espejito á Zeyn,  
 En el cual, si á verse llega  
 La mujer que peca en obras  
 Ó que en pensamientos peca,  
 La bruñida superficie  
 Se cubre de manchas negras;  
 Porque el espejo tan sólo  
 Inmaculada refleja  
 La imágen de una mujer,  
 Si es inmaculada ella.  
 Con este espejo hemos ido  
 Por ciudades, por aldeas,  
 Por montañas y por valles,  
 Por campiñas y por selvas,  
 Y hemos visto lindas mozas,  
 Ya pastoras, ya princesas;  
 Pero todas han salido  
 Malamente de la prueba,  
 Embadurnando el espejo  
 Con hollin de chimeneas.

MANTARA.

Ni pudo ser de otro modo.  
 ¿Quién comprende y no desea?  
 ¿Quién de amor y de hermosura  
 Sabe y gozarlos no anhela?  
 Mujer inocente y lista  
 No cabe en naturaleza.

MOBAREC.

Ha cabido, sin embargo.

MANTARA.

¿Te burlas?

MOBAREC.

Hablo de véras.  
 Ya Zeyn desesperaba  
 De hallar cándida y discreta  
 A la vez mujer alguna,  
 Cuando le dieron la nueva  
 De que el ilustre Casyapa,  
 Dechado de penitencia,  
 Cuya santidad al seno  
 Del mismo Brahma le eleva,  
 Tiene una hija admirable  
 Por su talento y belleza.  
 De Sita, que así se llama,  
 Dice la fama parlera  
 Que, educada por su padre  
 Entre venerables dueñas,  
 Sin amar sabe de amores,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 Ado. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Une el candor á la ciencia;  
 Y el concepto de lo hermoso,  
 Que hasta su mente penetra,  
 Ni el bajo apetito aguza  
 Ni los sentidos subleva.  
 A pescar hemos venido  
 Tan rara y preciosa perla,  
 A este asilo penitente  
 Que se esconde entre malezas.  
 Ya Zeyn habló con Sita,  
 Ya puso delante de ella  
 El espejo pavoroso,  
 Cuya faz pulida y tersa,  
 Resplandeciendo más clara,  
 Su noble imágen ostenta.  
 Consiguióse el primer triunfo;  
 Pero lo más arduo queda.

MANTARA.

¿Qué es lo más arduo?

MOBAREC.

Del padre  
 Impetrada la licencia,  
 Llevar á Sita, do el Genio  
 Como á su esposa la espera.  
 Zeyn ha de llevarla solo,  
 Sin amparo ni defensa  
 De dueñas y de escuderos,  
 Y ha de hacer luégo la entrega  
 Sin el menor menoscabo  
 En su virtud y entereza.

MANTARA.

Eso es atroz. ¿Quién ha visto  
 Que el lobo guarde la oveja  
 Y el milano la paloma?

MOBAREC.

Pues ello ha de ser, so pena  
 De no conseguir jamás  
 Lo que el tesoro completa,  
 Y de padecer del Genio  
 Una venganza tremenda.

MANTARA.

Y Zeyn ¿dónde está ahora?

MOBAREC.

¿No te he dicho que en la celda?

MANTARA.

¿Podré verle?

MOBAREC.

En breve tiempo

Es probable que aquí venga.

(Se oyen voces confusas entre bastidores, al parecer muy  
 léjos.)

BARABAR.

(Desde dentro.)

¡Socorro!

VOCES.

¡Calla, profano!

BARABAR.

¡Socorro, que me desuellan!

MANTARA.

¿Qué es esto? ¡Viven los cielos!

MOBAREC.

A Barabar...

MANTARA.

¡Qué insolencia!

MOBAREC.

Ya le azotan.

MANTARA.

Pues muy cara

De los azotes la cuenta

Les va á salir.

(Saca la espada y echa á correr del lado de las voces.)

BARABAR.

¡Compasion!

MOBAREC.

(Corriendo detras de Mantara.)

¡Señora! Calma, prudencia...

(Asiendo á Mantara y tratando de detenerla.)

¡Deja que se cumpla el rito!  
Tal vez al negro convenga...

MANTARA.

¡Suéltame!

MOBAREC.

Ve lo que haces.

(Pugna Mobarec por detener á Mantara; pero ella forcejea y se desprende al fin, dejando entre sus manos un cordon del cual va pendiente el objeto que en los versos se expresará.)

MANTARA.

¡Traidor!

MOBAREC.

¿Yo?

MANTARA.

No me detengas.

MOBAREC.

Corriendo va desalada...

Imposible detenerla.

Pero de un cordon pendiente

¿Qué es esto que aquí me deja?

(Examinándolo.)

¡Diantre! Es un frasco muy lindo.

(Volviendo á mirar por donde se fué Mantara.)

Ya nuestra heroína llega

Donde están los penitentes,

Que cogieron por sorpresa

Al negro, cuyas espaldas  
Están poniendo más negras.  
Ya huyendo van de su furia  
Tan determinada al verla.  
A Barabar dejan libre.  
Mantara á toda carrera  
Los sigue.

(Destapa el frasco y huele.)

¡Exquisito aroma!

(Vuelve á mirar.)

Ya ha desistido la reina  
De seguir á los que huyen,  
Y hácia aquí vuelve contenta,  
Y despacio.

(Huele de nuevo el frasco.)

¡Qué fragancia!

¡Vino generoso encierra!  
Entre aquestos abstinentes  
Y sóbrios anacoretas  
Hace ya doce semanas  
Que mis labios no le prueban.

¿Por qué no he de echar un trago?

(Bebe.)

¡Qué bien sabe! Jugo, esencia  
De mil celestiales flores  
Parece el sabroso néctar.

¡Otro traguito!...

(Vuelve á beber.)

¡Ay qué rico!

(Entra Mantara con Barabar, quien muy mohino y contrito se queda en un rincon.)

MANTARA.

¿Qué hiciste? ¡Fortuna adversa!  
Un elixir has bebido  
Que al tormento te condena  
De amarme sin ser amado.

MOBAREC.

¿Qué dices? Hermosa reina,  
No es el mágico licor,  
Son tus inauditas prendas  
Las que me tienen transido  
De amor. ¿Por qué me desdeñas?  
¡Yo te adoro!

MANTARA.

Yo á Zeyn  
He dado ya mi existencia.

MOBAREC.

Pero Zeyn no te quiere.

MANTARA.

Déjalo que no me quiera.  
Me querrá.

MOBAREC.

No te querrá.  
Yo haré que el vino no beba.  
En mil pedazos tu frasco  
Romperé contra las peñas.

(Mobarec tira el frasco con fuerza.)

MANTARA.

¡Qué hiciste! Malvado!  
El frasco has quebrado.  
La tierra ha tragado  
El rico elixir.

MOBAREC.

Así le rompiera  
Antes que bebiera,  
Sin que enamorado  
Me vieses gemir.

MANTARA.

Amores no quiero.  
¡Tu muerte prefiero!  
(Saca la espada y va á matarle.)

MOBAREC.

¡Suspende el acero!

MANTARA.

¡Te voy á matar!

MOBAREC.

Me matan tus ojos  
Con rayo de enojos.  
De amores me muero!  
¡Morir es amar!

MANTARA.

¡Es mucha tu grosería!  
¡Necio! ¿tan sólo consiste  
En el filtro que bebiste  
El que te prendes de mí?

MOBAREC.

No: te adora el alma mía  
Por tu beldad y tu gracia.  
El filtro dió sólo audacia  
Para decírtelo aquí.

MANTARA.

Ya que le has bebido—Ya que la has tenido,  
Por rudo y grosero—Te voy á matar.

MOBAREC.

Me matan tus ojos—Con rayo de enojos.  
En sangre tu acero—No debes manchar.

ESCENA IV.

DICHOS Y ZEYN.

HABLADO.

ZEYN.

¿Qué haces, reina Mantara?  
¿Por qué matar á Mobarec pretendes?

MANTARA.

¡Qué hiciste! Malvado!  
El frasco has quebrado.  
La tierra ha tragado  
El rico elixir.

MOBAREC.

Así le rompiera  
Antes que bebiera,  
Sin que enamorado  
Me vieses gemir.

MANTARA.

Amores no quiero.  
¡Tu muerte prefiero!  
(Saca la espada y va á matarle.)

MOBAREC.

¡Suspende el acero!

MANTARA.

¡Te voy á matar!

MOBAREC.

Me matan tus ojos  
Con rayo de enojos.  
De amores me muero!  
¡Morir es amar!

MANTARA.

¡Es mucha tu grosería!  
¡Necio! ¿tan sólo consiste  
En el filtro que bebiste  
El que te prendes de mí?

MOBAREC.

No: te adora el alma mía  
Por tu beldad y tu gracia.  
El filtro dió sólo audacia  
Para decírtelo aquí.

MANTARA.

Ya que le has bebido—Ya que la has tenido,  
Por rudo y grosero—Te voy á matar.

MOBAREC.

Me matan tus ojos—Con rayo de enojos.  
En sangre tu acero—No debes manchar.

ESCENA IV.

DICHOS Y ZEYN.

HABLADO.

ZEYN.

¿Qué haces, reina Mantara?  
¿Por qué matar á Mobarec pretendes?

MANTARA.

Su amor este bellaco me declara.

ZEYN.

Si por eso te ofendes  
Mal haces, que no es falta de respeto  
Adorar de rodillas á un sujeto  
Por excelso que sea.  
¿Qué mujer, siendo jóven y no fea,  
Librarse puede de inspirar pasiones?  
Y qué galan, con ella y sin testigo,  
En palabras no muestra y en acciones  
Lo que mayor castigo  
No merece que duros sofiones?  
Gozando Mobarec de mi privanza  
No es además tan mísera persona  
Que concebir no pueda la esperanza  
De enamorar á quien ciñó corona.

MANTARA.

¡Cielos, lanzad sobre mi frente un rayo!  
Así paga el cruel mi rendimiento.  
Tal vez piensa que basta á mi contento  
Recibir por marido á su lacayo.  
Pero disimular ora conviene.  
Mobarec, no te amo;  
Tu amor, no obstante, á agradecer me inclino;  
Ya mi perdon tu desvergüenza tiene;  
Que intercede por ti tu augusto amo,  
Y complacerle en todo es mi destino.

(Al paño.)

Nada á Zeyn del elixir declares,  
Cuyo misterio reveló mi labio  
Movido por la ira.

MOBAREC.

Callaré: mas alivia mis pesares.  
De tu pasion por él venga el agravio,  
Amando al fin á quien por ti suspira.

ZEYN. (A Mantara.)

Ora, bella Mantara, al contemplarte  
Mi gratitud no acierto á ponderarte.  
Ha sido gran proeza  
Atravesar del bosque la maeza,  
Llena de tigres, monos y serpientes,  
Y llegar donde están los penitentes.  
Ya que hasta aquí has llegado,  
Vas á ver la gran fiesta de la diosa  
Nari, que hoy se celebra en aquel prado,  
(Señalando al lado derecho fuera de la escena.)

Con procesion y danza estrepitosa  
De faquires y lindas devadasis.  
Tambien verás á la divina Sita,  
Pronta á dejar el paternal oasis  
Para acudir al Genio que la invita  
Señora á ser del subterráneo mundo.

MANTARA.

Con respeto profundo  
Las santas ceremonias ver espero.

## MOBAREC.

Ya se escuchan las flautas y el pandero :  
Ya llegan los santísimos varones  
Bailando y entonando sus canciones.

(Mobarec, Zeyn y Mantara se van por el lado derecho del proscenio. Mutación de escena.—Lugar más ancho en una gran pradera. Vuelven á entrar Mobarec, Zeyn y Mantara, por el lado izquierdo. Entran despues por el opuesto muchos faquires; unos cantan, otros bailan con extrañas contorsiones, otros tocan panderos, flautas, caracoles, bocinas y retorcidas trompas, otros encantan y fascinan serpientes enormes que se enroscan al cuerpo, y otros fingen herirse con puñales y alfanjes.)

## MÚSICA.

## CORO DE FAQUIRES.

Beso amoroso  
Nara te dió  
Y el universo  
Luégo nació.  
¡Oh Nari bella!  
Virgen de amor,  
Tú eres la madre  
De la creacion.

(Entra un coro de vírgenes devadasis con amplias, largas y cándidas estolas. Traen muchas flores en tirsos, corimbos, canastillos y guirnaldas.)

## DEVADASIS.

Dieron tus labios  
Al campo olor  
Y luz tus ojos  
Dieron al sol.

¡Oh Nari, oh Diosa!  
Virgen de amor,  
Tú eres la madre  
De la creacion.

(Aparecen en larga fila los penitentes. En pos vienen más devadasis con dos aras portátiles. En la una va ardiendo el fuego sagrado: en la otra mana agua como de una fuente y cae en una taza.)

## PENITENTES.

Nari es frescura,—Luz y calor.  
De Nari el fuego—Y el agua son.  
¡Oh, Nari bella,—Virgen de amor,  
Tú eres la madre—De la creacion!

(Entra por último nuevo coro de devadasis con palmas y ramos de laurel y de mirto. Algunas traen antorchas, otras turbulos, con los cuales echan humo de incienso á la diosa Nari, cuya estatua llevan en andas. La bella *Sita* se mostrará en la procesion al frente de la estatua de la diosa. *Sita* estará vestida de blanco con suma sencillez patriarcal. La falda, abierta por los lados para que deje libre y descubierta la pierna, y el cuerpo mismo más defendido por la inocencia del alma que por la vestidura. Casi es inútil advertir que la actriz que represente á *Sita* ha de aparecer lo más bonita, jóven y candorosa que ella pueda y sepa.)

## SITA.

Una emocion dulcísima  
Incítame á querer  
La pompa y la hermosura  
Que miro por doquier,  
Amo la aurora fúlgida,  
La delicada flor,

De estrellas, sol y luna  
El vivo resplandor:  
Mas tú, Nari, creaste  
Cuanta hermosura vi:  
Los suspiros del alma  
Deben posarse en ti.

CORO Y SITA.

¡Oh Nari! ¡Oh Diosa!  
Virgen de amor,  
Tú eres la madre  
De la creación.

(Mientras cantan Sita y el coro, las devadasis ofrecerán las flores y los ramos y palmas á la imagen, harán genuflexiones y reverencias, agitarán los turibulos y echarán incienso. Podrán introducirse, á par de estas devadasis de largas ropas, cuya danza será reposada y solemne, algunas bayaderas con trajes cortos que bailen con animacion más profana. Durante el baile habrán llegado también varios brahmines con túnicas amplias y rozagantes. Entre ellos, como jefe, el sabio Casyapa, de luen-ga y blanca barba y con vara de marfil en la mano. Cesa la música.)

CASYAPA.

Sabed ¡oh muy amados!  
Que acerca del destino de mi Sita  
Los oráculos tengo consultados;  
Y la diosa me excita  
A que Zeyn la lleve á la morada  
Donde, por sus virtudes celestiales,  
A ser está llamada  
Emperatriz de genios inmortales.  
Y aunque el jóven Zeyn, que se la lleva,

Con ella está sujeto  
A una terrible prueba,  
Yo, que saldrán airosos me prometo.  
Por el favor divino todo es llano,  
Y á fin de que se alcance  
Este favor divino,  
Daré á Zeyn, con arte sobrehumano,  
La virtud que le libre de un perance  
Mientras vaya con Sita de camino.

(Vuelven la música y el baile. Una de las principales devadasis se llega al ara en que está el agua: llena un vaso en la fuente. y va luego á Zeyn: hace tres círculos y otras tantas genuflexiones en torno de él, llevando el vaso levantado y vertiendo agua sobre su cabeza. Canta.)

DEVADASI 1.<sup>a</sup>

Que en virtud del agua clara  
Lave Nari y limpie Nara  
De todo anhelo violento  
Tu vehemente corazón.

CORO.

Que le llene el sentimiento  
De una pura devoción.

(Otra devadasis principal va al ara donde está el fuego sagrado; enciende en él una antorcha; hace las tres genuflexiones y círculos en torno de Zeyn, y pasándole en seguida el fuego cerca de los labios, como si se los quemase, canta:)

DEVADASI 2.<sup>a</sup>

Que purifique tu boca  
Este fuego que la toca

Para que nunca profiera  
Amante declaracion.

CORO.

Que mejor la muerte quiera  
Que tan gran profanacion.

(Casyapa se acerca á Zeyn. Hace los círculos y genuflexiones con gran prosopopeya. Moja el extremo de la varita que lleva en la diestra en un tarro de pomada que lleva en la siniestra, unta á Zeyn los párpados y canta.)

Que este sacro linimento  
Impida que en tu mirada  
Destelle la llamarada  
De una terrena pasion.

CORO.

Muestre sólo el sentimiento  
De la pura devocion.

(Se adelanta Sita por último. Hace tambien sus tres círculos y genuflexiones, y ciñendo á la cintura de Zeyn un misterioso cingulo, canta.)

SITA.

Que pureza columbina,  
Y toda virtud celeste,  
Ceñido al talle, te preste  
El bendito cinturón.

ZEYN.

La ceremonia divina  
Da fuerza á mi corazón.  
La inocencia y la hermosura

Que en tu seno veo lucir,  
Sólo amistosa ternura  
Deben al alma infundir.

CORO.

El rito augusto  
Ya se cumplió,  
Y al noble príncipe  
Santificó.

(Termina la ceremonia.)

HABLADO.

ZEYN.

Con tan altas virtudes pertrechado,  
Ya me siento mayor.  
Fácil juzgo la empresa que he empezado.

MANTARA.

¡Admiro tu valor!

ZEYN.

(A Mobarec.)

Tú á Bactra irás con la simpar Mantara;  
Yo á Sita llevaré,  
Segun lo exige el Genio y lo declara,  
Solos ambos y á pié.  
Toma, Sita, el espejo que tu pura  
Cándida imagen copia:  
Mírate en él y cuida su hermosura  
Que es de tu alma propia.  
(Da á Sita el espejo.)

SITA.

Para seguirte estoy apercebida.  
Señor, en tí confío.  
Al destino sométese mi vida;  
Al cielo mi albedrío.

CASYAPA.

Mis bendiciones recibid ahora.  
(Extiende las manos sobre ambos peregrinos.)

ZEYN.

Gracias, santo varon.

MANTARA.

(Acercándose.)

¡Oh Casyapa!

CASYAPA.

¿Qué quiere esta señora?

MANTARA.

Tambien tu bendicion.  
(Se la da imponiendo sus manos.)

MANTARA.

Con Mobarec y Barabar me voy.  
Adios, noble Zein.  
Arduo es tu empeño, y temerosa estoy  
De que tenga mal fin.

(Sita y Zeyn se van por un lado, y Mobarec, Mantara y Barabar por otro.)

MÚSICA.

CORO.

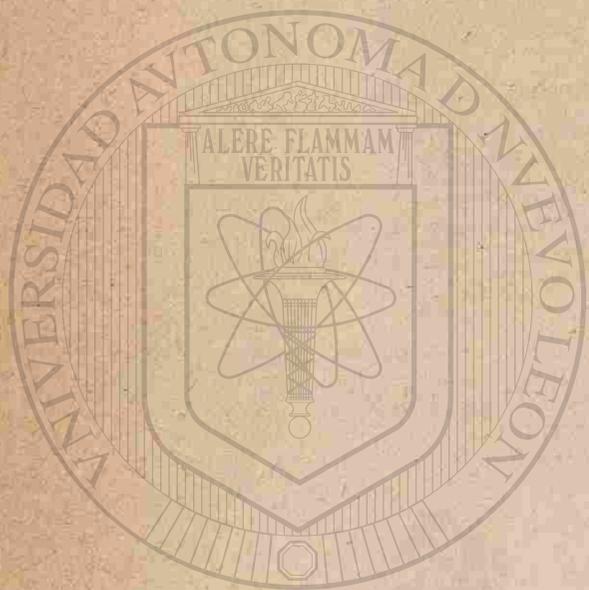
¡Oh, Nari! ¡Oh, diosa!  
Virgen de amor,  
Tú eres la madre  
De la creacion.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



### ACTO TERCERO.

Bosque amenísimo. Es la hora del medio día; pero apenas penetran los rayos del sol por entre la frondosa enramada. Cantan los pájaros, suenan fuentes, cascadas y arroyuelos. Se oye música suave y amorosa. *Sita* duerme sobre un lecho de césped florido. *Zeyn* vela contemplándola. Se oyen voces de seres invisibles.

### ESCENA PRIMERA.

*ZEYN*, *SITA* y voces de seres invisibles.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Céfiro y flores  
Hablan de amores.  
El agua suena  
Y dice: amad  
En esta amena  
Esquividad.



VOZ Á LA DERECHA.

Los pájaros cantan con dulce gorjeo;  
 Perfuma el ambiente la flor;  
 La bóveda espesa de fresca verdura  
 Mitiga la lumbre del sol.

VOZ Á LA IZQUIERDA.

Murmura la fuente durmiendo la niña:  
 ¿Qué sabe la niña de amor,  
 Si hierde á mansalva su púdico seno,  
 Si toca en el alma su voz?

VOZ Á LA DERECHA.

Ya brota en el alma la cética llama,  
 Esencia ignorada del Dios;  
 Y el Dios, cual la aurora despierta las aves,  
 Despierta sencilla pasión.

VOZ Á LA IZQUIERDA.

¡Ah, Sita! Tú duermes y forjas ahora  
 Soñada, divina ilusión:  
 Despierta, despierta, que el mundo te ofrece  
 Delicias, ventura mayor.

ZEYN.

Invisibles cantores,  
 Bien conocéis vosotros mi deseo.  
 Sita me inspira amores.  
 Imposible ya creo  
 Cumplir lo prometido.

Mi corazón la ama.  
 Si ella siente por mí la misma llama,  
 El lance está perdido:  
 Más prefiero perder y ser amado  
 Á ganar desdenado.  
 Cuán linda estás en tu tranquilo sueño,  
 ¡Dulce bien, luz de amor, hermoso dueño!

La beldad que soñé  
 Al cabo miro en ti.  
 Tú eres la que yo amé  
 Con ciego frenesí.  
 Antes de verte  
 Yo te adoraba:  
 Por ti en la muerte  
 Sólo pensaba.

Ora que te veo,  
 Sita celestial,  
 De amante deseo  
 Objeto real,  
 Despierta, despierta:  
 Mi tierna pasión  
 Hoy llama á la puerta  
 De tu corazón.

HABLADO.

SITA. (Despertando.)

¿Me llamabas, amigo?

ZEYN.

No, Sita.

SITA.

Pues soné que me llamabas.

ZEYN.

En el repuesto abrigo  
De esta verde floresta  
Reposo al cuerpo fatigado dabas  
En las ardientes horas de la siesta;  
Y yo en silencio tu dormir veía,  
Que las aguas y el viento susurrando  
Y las aves cantando  
Arrullaban con mansa melodía.

SITA. (Con tristeza.)

El despertar me roba de la mente  
Multitud de quimeras.

ZEYN.

¿Tan mala es la realidad presente  
Que tú soñar prefieras?

SITA.

¡Ah! no, Zeyn. Ya sabes que me agrada  
Peregrinar, vivir bajo tu amparo:  
Mas pronto del preclaro  
Zacubulú veremos la morada...

ZEYN.

Y tú reina de genios inmortales  
Serás, y yo, infelice,  
He de dejar de verte... (Pausa.)  
Pues vengan sobre mí todos los males.  
La promesa que hice  
No he de cumplir aunque me den la muerte.

SITA.

¿Qué está diciendo? ¡Cielos!

ZEYN.

Digo que yo me imaginé más fuerte,  
De corazón más frío:  
El amor y los celos  
Los tiranos son ya del pecho mío.

SITA.

Tal vez un númen que tu mal desea,  
Para hacerte caer en el pecado,  
El sentimiento te infundió y la idea  
Que tu labio ha expresado:  
Flaqueza fugitiva  
Que vencerá tu voluntad altiva.

ZEYN.

No fugitivo sino eterno fuego  
Mi corazón devora;  
No hay más númen que turbe mi sosiego  
Que la beldad de Sita encantadora.

SITA.

Considera que al Genio soberano  
Que en tu lealtad confía  
Faltando estás. ¿No temes de su mano  
Una venganza impía?

Yo sólo temo ya que me desdenes  
Y que no diga un sí tu fresca boca.

SITA.

Desvelado no sueñes  
Con la esperanza loca  
De ser rival y vencedor del númen.

ZEYN.

Ya lo entiendo. A un mortal tú le prefieres.  
¡Ay de los que presumen  
Capaz el corazón de las mujeres  
De amar como nosotros las amamos!

SITA.

Engañaste, Zeyn. De nuestra vida  
La esencia es el amor, y por él damos  
Todo el bien a que el mundo nos convida  
O que fuera del mundo imaginamos.

ZEYN.

Pues entonces será que no te inspiro  
Ese amor... ¿No es verdad?

SITA.

Fingir no puedo  
Ya, ni disimular... por tí suspiro...  
Te amo: mas por tí mismo tengo miedo.

ZEYN.

Ya ni á los dioses en audacia cedo.  
Vencidos tus desdenes,  
Confesando tu boca purpurina  
El amor que me tienes,  
Mi humana condicion haces divina.

MÚSICA.

ZEYN.

Deja que admire extático  
Tu cándida hermosura.  
Jamás mayor ventura  
Los dioses pueden dar

SITA.

Irresistible, energético  
Brotó en el pecho mío  
Amor que en vano ansío  
Y lucho por callar.

LOS DOS.

Pronuncie el labio trémulo  
De nuevo el sí anhelado,  
Y luego al Genio airado  
Sabré desafiár.

(Zeyn cae de rodillas á los piés de Sita, le toma las manos y se las besa. Un instante despues se levana y la estrecha entre sus brazos fervorosamente. En el momento se oscurece el aire como en la más profunda noche. Relámpagos deslumbradores. La selva parece que arde por todos cuatro costados. Truenos prolongadísimos y horribles.)

SITA.

Como Damayanti  
Al príncipe Nal,  
Zeyn, yo te amo  
Del Genio á pesar.  
Como Damayanti  
Sabrá desdenar  
A los dioses Sita,  
Y á ti te amará.  
Si el Genio con rayos  
Me viene á matar,  
Morir en tus brazos  
Mi gloria será!

ZEYN.

No temo del Genio  
La rabia infernal:  
Con cielos y abismos  
Me atrevo á luchar.

SITA.

Te amo.

ZEYN.

Te adoro.  
Valor sin igual

Me prestas: de todo  
Me siento capaz.

LOS DOS.

Como Damayanti  
Y el príncipe Nal,  
Mi alma y la tuya  
Amándose están.  
Si el Genio con rayos  
Me viene á matar,  
Morir en tus brazos  
Mi gloria será.

(Se oye un ruido temeroso de armas. Aparecen de repente extraños y fantásticos bandidos, que se precipitan furiosos sobre Zeyn y su amada. Zeyn desnuda el acero y riñe valerosamente contra todos defendiendo á Sita que guarda á sus espaldas. Durante el combate sigue la tempestad. Por último, cae herido Zeyn. Los bandidos se apoderan entonces de Sita y se la llevan con rapidez.)

ESCENA II.

Largo momento de calma y silencio. ZEYN solo y postrado en tierra.

ZEYN.

¡Genio desapiadado!  
Pues me robas mi bien, morir anhelo.  
Herido y afrentado  
Y sin ella la muerte es mi consuelo.

(Dichas estas palabras, cae Zeyn como en un letargo. Se abre la tierra y baja por escotillon.)

## ESCENA III.

La misma decoración de la sala del Tesoro en el acto segundo, salvo que el nicho grande, que antes estaba descubierto, está cubierto ahora con un velo muy tupido. Entran la Reina Budí, sus dos esclavas favoritas, Mobarec, Barabar y Mantara.

HABLADO.

BUDÍ.

Os he traído á este sitio  
Porque sé que en breve rato  
A Zeyn Zacubulú  
Hará llegar á mis brazos.  
Segun el Genio me dice,  
En sus últimos despachos,  
No salió Zeyn airoso  
Del empeño que contrajo;  
Pero el Genio le perdona,  
Que al fin es de genio blando,  
Y con la novena estatua  
Se allana á hacerle un regalo.  
Ya debe de estar oculta  
Detras de ese velo mágico,  
Que tan sólo de mi hijo  
Puede descorrer la mano.

MANTARA. (A Mobarec:)

Comprendo que en su propósito  
Zeyn quedase burlado.  
La continua convivencia

Y el constante íntimo trato,  
Que facilita y promueve  
Entre dos un viaje largo,  
A las más firmes y austeras...

MOBAREC.

¿Te arrepientes?

MANTARA.

Nada gano  
Con arrepentirme ya;  
Pero pensaré despacio,  
Si mi frustrada ambicion  
Y si mi afecto burlado,  
A falta de un rey, consuelo  
Hallarán en un vasallo.

(Se oye un ruido subterráneo. Simultáneamente se estremecen los muros de la estancia, vacilan las estatuas en sus pedestales y parece que todo se va á hundir como en un gran terremoto.)

BARABAR.

¡Dioses, piedad! Nos hundimos.

MANTARA.

¡Qué horror!

BUDÍ.

¡Qué asombro!

MOBAREC.

¡Qué pasmo!

(Zeyn aparece filtrándose á través del muro. Todo vuelve á la serenidad y al reposo.)

## ESCENA IV.

DICHOS y ZEYN.

MANTARA.

Aquí está Zeyn.

MOBAREC.

¡Señor!

BUDÍ.

¡Hijo! ¿Por dónde has entrado?

(Zeyn abraza á su madre y saluda tristemente á los demas.)

ZEYN.

Aquí los gnomos me traen  
 Por caminos subterráneos,  
 Con la rapidez eléctrica  
 Del terremoto y del rayo.

Mis heridas materiales  
 Ellos al punto curaron:  
 Mas la herida de mi alma  
 Me matará en breve plazo.

¡Ay, madre! El rey de los Genios  
 Fieramente se ha vengado.  
 A la mujer de mis sueños  
 Me hizo buscar sin descanso:  
 La hallé, la amé, y el maldito  
 Mi dulce amor ha robado.

BUDÍ.

¡Hijo! Tal vez te consuele  
 Lo que el Genio te dé en cambio.

ZEYN.

Déme la muerte, y así  
 Me dejará consolado.

BUDÍ.

Te da la estatua novena  
 En cumplimiento del pacto.

ZEYN.

¿Me da la estatua? Pues voy  
 Al punto á hacerla pedazos.  
 La muerte luégo yo mismo  
 Me daré.

(Armase Zeyn de una clava ponderosa que habrá en un montón de armas. Se lanza hácia el nicho grande. Tira del velo y le descorre con la mano izquierda, mientras va á dar el golpe con la clava que lleva en la derecha. La bella Sita aparecerá, en el nicho ya descubierto, con el traje blanco de siempre, pero coronada de azahar, con velo de desposada y muchos diamantes, esmeraldas y rubíes. En la mano tendrá el espejo mágico.)

SITA.

¡Detente, ingrato!

(El nicho bajará lo bastante para que Sita pueda descender sin brinco y con la majestad debida. Zeyn tira al suelo la clava y estrecha á Sita entre sus brazos.)

ZEYN.

¡Prenda del alma!

SITA.

¡Rey mio!

SITA Y ZEYN.

¡Gracias, gracias, cielos santos!

BUDÍ.

A tu excesiva soberbia,  
 A tu orgullo sobrehumano  
 Zacubulú por castigo  
 Momentos dió muy amargos:  
 Mas ya el amor de tu alma  
 Quiere premiar, realizando  
 El ideal de hermosura,  
 Constante objeto, fin alto,  
 Adonde el vuelo encumbrabas  
 Lo vulgar menospreciando.

ZEYN.

Mi ambicion, mi bien, mi gloria,  
 Todo en Sita está cifrado.

MOBAREC.

¡Que viva Zacubulú!

MANTARA.

¡Vivan los enamorados  
 Esposos!

BUDÍ.

(Abrazando á Sita y á Zeyn.)

¡Vivan mis hijos  
 Felices y largos años!

(Zeyn, Sita, Mobarec y Mantara se dan las manos y cantan.)

MÚSICA.

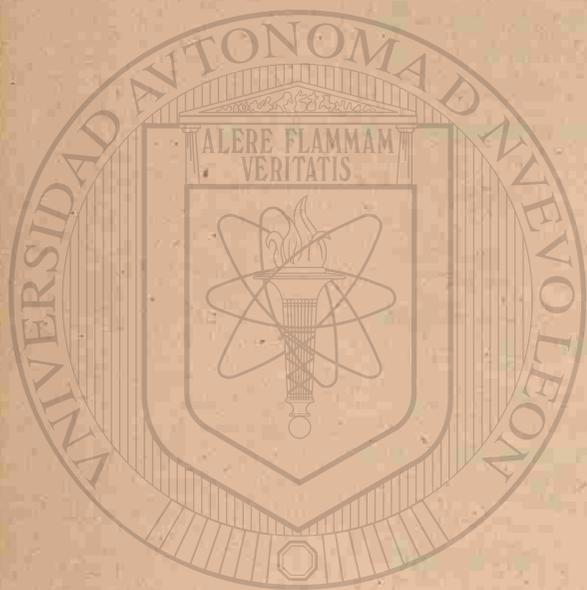
Si las perlas y el oro  
 Tienen valor,  
*Lo mejor del Tesoro*  
 Es el amor.

(Aparecen los gnomos, que son unos enanillos con luengas barbas, mandiles y martillos de herreros. Los gnomos deben estar representados por niños. Acuden las salamandras y las ondinas, espíritus elementales del fuego y del agua, y tejen una danza con los gnomos.)

CORO GENERAL.

Si las perlas y el oro  
 Tienen valor,  
*Lo mejor del Tesoro*  
 Es el amor.





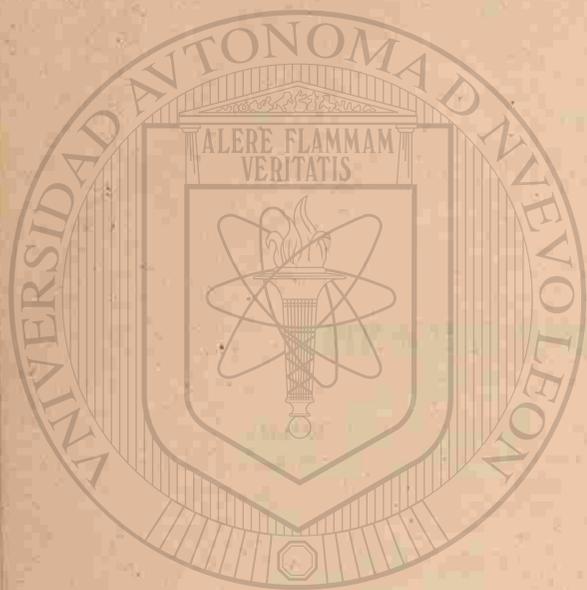
ASCLEPIGENIA

DIÁLOGO FILOSÓFICO-AMOROSO

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Nov. 1625 MONTERREY, MEXICO

## ASCLEPIGENIA

DIÁLOGO FILOSÓFICO-AMOROSO

LA ESCENA ES EN CONSTANTINOPLA. SIGLO V DE LA ERA CRISTIANA.

Habitacion de Proclo. Es de noche. Una lámpara de siete mecheros, puesta sobre un trípode ó candelabro de bronce, ilumina la estancia. Puertas al fondo y á los lados.

### ESCENA I.

PROCLO, de edad de cincuenta años, seco, escuálido, consumido por viglias, ayunos, estudios y mortificaciones, aparece sentado en un sitial. Su discípulo, MARINO, está de pie, junto á él.

MARINO.—¡Maestro! ¿Estás decidido á recibir esta noche?

PROCLO.—Lo estoy. En cualquiera otra ciudad podría yo excusarme: en Byzancio no, que es mi patria. ¿Cómo privar á mis paisanos del auxilio y consuelo de la sabiduría?

MARINO.—Difícil es; pero debieras reposar y cuidarte. Estás que pareces el espíritu de la golosina,

de puro desmedrado. Te vas á matar con tantos afanes.

PROCLO.—Lléveme el cuerpo donde quiero ir, y luego que muera.

MARINO.—Me afliges al decir eso. ¿Qué haré yo sin ti en este mundo? Pero dime, y perdona mi atrevida curiosidad; los que vienen á consultarte hablan siempre á solas contigo: no extrañes que note una contradicción...

PROCLO.—Dí cuál es, y te demostraré que es aparente.

MARINO.—¿No afirmas tú que se requieren largos preparativos antes de comunicar la sabiduría? ¿Qué revelas entónces á los que te consultan?

PROCLO.—No toda la verdad, cuyo resplandor los cegaría, sino algo de la verdad, velado en símbolos. Así el sol se vela entre nubes, á fin de que ojos mortales puedan fijarse en su disco glorioso.

MARINO.—Veo que esta noche estás expansivo. ¿Me permites que te haga varias preguntas?

PROCLO.—Haz las que se te antojen. Si me es lícito, contestaré.

MARINO.—Pues con tu vénia: ¿qué nos trae aquí desde el fondo del Asia, donde estabas estudiando los más oscuros ritos y misterios del Oriente, y desentrañando su oculto sentido? ¿Es capricho de tu alma ó mandato de un númer?

PROCLO.—Hace ya años que mi alma no tiene caprichos. Es mandato de un númer.

MARINO.—¿Puedo saber de cuál?

PROCLO.—De Vénus Urania.

MARINO.—¿La evocaste?

PROCLO.—No la evoqué. Ya sabes tú que en el día rara vez me tomo el trabajo de evocar á los númeres. Ellos mismos bajan del Olimpo y vienen á verme, enamorados de mi afable trato. Es verdad que en la escala de la vida ocupo lugar inferior al de ellos. Si quiero elevarme á la inteligencia y á la causa soberanas, á través de todas las manifestaciones corpóreas de su omnipotencia, tengo primero que subir por mil grados hasta llegar á dichos númeres, y aun después, desde los númeres hasta el manantial inextinguible de lo celeste y terrenal, del espíritu y la naturaleza, hay una peregrinación harto penosa. Por dicha, yo tengo un atajo, una trocha, un sendero recóndito y breve, por donde llego, no ya á la inteligencia y á la causa, sino más hondo: por donde llego al Uno. Me abstraigo de todo lo exterior; echo á un lado sentidos y potencias; borro imágenes de la fantasía; cubro con niebla densa todo lo escrito en la memoria; y, hundiéndome en el abismo del alma, hallo al que es. Allí nos juntamos él y yo. Allí él y yo no somos más que el Uno. De este modo se explica que, siendo yo simple mortal, sea tan considerado por los dioses. En la ligereza de carácter, propia de la serena beatitud de ellos, no caben estas reconcentraciones poderosas de la mente que me llevan al Uno. Ya te lo he dicho mil veces: por el principio vital, que gobierna mis sentidos, no valgo más que un perro; por el alma racional me quedo por bajo de las divinidades olímpicas; mas por la inteligencia especulativa é intuitiva, llego al Uno y dejo muy detrás de mí á los ángeles, á los demonios, á los genios y á los númeres. Por la unidad esencial que en

mí hay, y de la cual hasta la inteligencia es emanado atributo, soy el Uno mismo. El Uno soy yo en los instantes dichosos de entusiasmo, de conjuncion y de éxtasis.

MARINO.—Por Hércules vivo, maestro, que me lleno de envidia siempre que te oigo afirmar esa union, por la cual te pones en el Uno ó te identificas con el Uno. Se me ocurre, no obstante, cierta dificultad.

PROCLO.—Explánala y te la resolveré.

MARINO.—¿Por qué, si hallas al Uno, hundiéndote en el abismo del alma, te allanas á buscarle en la naturaleza? ¿Por qué no estás siempre reconcentrado y como viviendo en la eternidad?

PROCLO.—Para imitar al propio Uno. Porque el Uno y yo, además de ser el Uno, somos el Bien. Es nuestra ley no quedar en el centro, absortos en el absoluto egoísmo y en la inefable contemplacion de nuestra esencia. Tenemos que salir fuera á crear y mostrarnos activos. De él y de mí emanan la voluntad, la inteligencia y la palabra, y ellas crean el mundo. Desenvuelve el Uno su idea, y van apareciendo el sér, la vida y la armonía y el movimiento, y cuanto es y será. Desenvuelvo yo mi idea, y nacen el arte, las religiones y la ciencia. Y la creacion del Uno y mi creacion se compenetrán y confunden y vienen á ser la misma. ¿Me entiendes ahora?

MARINO.—Me pasmo de tu claridad. Con sobrada razon mereces apellidarte el sumo pontífice de todas las creencias, el gran ciudadano de todas las repúblicas y el archi-metafísico de todas las metafísicas. No, Proclo, tú no eres un mortal.

PROCLO.—En la esencia no lo soy. En la esencia

soy eterno. Considerado en mi unidad, vivo en la eternidad primitiva: esto es, en un punto inmóvil, en el cual toda la duracion infinita de los siglos se halla parada, cifrada y reconcentrada. Considerado en el ápice de mi mente, en la inteligencia, vivo en la eternidad secundaria; torrente de las existencias sucesivas, perpetuo tránsito, movimiento sin término, carrera sin meta, mudanza y proceso que no acaban.

MARINO.—Y dime, maestro, el sacrificio que sin duda haces al salirte del Uno y penetrar con la mente y con el discurso y con el afecto en este universo visible, ¿qué principal propósito lleva?

PROCLO.—Lleva varios propósitos; pero el principal es de la mayor transcendencia. La ley divina que sigue la historia me ha suscitado en el tiempo debido para una funcion importantísima. Mi espíritu toma carne hácia el fin de la civilizacion antigua para comprenderla toda en conjunto armónico. El genio de la Grecia, con sus castizas ó peculiares creaciones, con los sueños de sus poetas desde Lino y Orfeo hasta ahora, con su pensamiento filosófico desde Pitágoras hasta Jámblico, con los descubrimientos de sus matemáticos, astrónomos y físicos, y con las enseñanzas arcanas de Samotracia y de Eleusis; el genio de la Grecia, con los despojos opimos que trajo de Egipto, de Persia y hasta de la India, despues de las conquistas del Macedon; todo este trabajo, toda esta aglomeracion de doctrinas, experimentos y especulaciones, han venido á fundirse en mi cabeza como en horno ó crisol candente. Ya fundido todo, he desechado la escoria por los bríos de mi virtud crítica, y he guar-

dado sólo el metal limpio y puro. Por último, por otra virtud plasmante que hay en mí he vaciado ese metal como en un molde, y he sacado á luz el resplandeciente y completo sistema de la antigua sabiduría. Los pueblos del Norte acabaron ya con el imperio de Occidente. El imperio de Oriente sucumbirá también. Pronto vendrá la barbarie. Las tinieblas de la ignorancia cubrirán el mundo. Yo seré, desde entonces hasta que aparezca la aurora de una nueva y tal vez más rica civilización, faro luminoso que alumbrará y guíe al humano linaje.

MARINO.—Reconozco la importancia de tu vida y de tus obras. Pero, concretándonos al caso singular de tu venida á Byzancio, ¿qué es lo que á ello te mueve?

PROCLO.—Muéveme amor.

MARINO.—¿Amor de patria? ¿Amor de gloria?

PROCLO.—Amor de una mujer.

MARINO.—¿De una mujer! Me dejas turulato. ¿Quién había de suponer que pensabas en tales cosas?

PROCLO.—No hay motivo para que te quedes turulato. ¿Qué tiene de absurdo que yo ame á una mujer? La amo desde que la vi: desde hace quince años. Ella tenía entonces diez y siete. Hoy tiene treinta y dos. Entonces era como capullo de rosa: hoy debe de brillar con toda la pompa y el esplendor de la hermosura, en la plenitud de su vida. Claro está que si yo estuviese siempre reconcentrado en el Uno, no la amaría; pero, volviéndome, y no puedo menos de volverme, al mundo exterior, ¿qué hallaré en todo él que represente mejor al Bien y al Uno mismo? ¿Qué imagen, qué trasunto, qué destello de la belleza

increada descubrirá el sabio que valga más que la mujer hermosa? Cuando el artista quiere representar á la ciencia, á la poesía, á la virtud, ¿no les da forma de mujer?

MARINO.—Es cierto.

PROCLO.—No debes, pues, maravillarte de que yo ame en esta mujer á la ciencia, á la poesía y á la virtud con forma visible.

MARINO.—Ya no me maravillo. ¿Y puedo saber cómo se llama tu amada?

PROCLO.—Se llama Asclepigenia. Es la hija de mi maestro Plutarco. Ya te he dicho que la conocí quince años há. La conocí en Atenas. Plutarco me acabó de enseñar la filosofía. Asclepigenia me inició en los misterios caldeos, en los ritos de las orgías sagradas y en los procedimientos más eficaces de la teurgia. Desde entonces estamos ella y yo ligados por amor espiritual y sublime. Su gallardo y lindo cuerpo ha sido sólo para mí como dorada nube, donde se me aparecía, en reflejos fugitivos, el sol eterno: toda la perfección del Sér.

MARINO.—Nobilísima manera de amar fué la tuya... ¿Y ella, cómo te amaba?

PROCLO.—Me amaba también con el alma y andaba enamorada del alma mía.

MARINO.—¿Y por qué te separaste de ella?

PROCLO.—Por mil razones. Ni ella ni yo queríamos contaminar la pureza del amor que para siempre nos une. Ambos anhelábamos seguir sin tropiezo el camino ascendente que hacía el bien y hacía la luz nos encumbraba. Eramos demasiado jóvenes. No estábamos aún á toda la altura á que nos importaba estar.

Decidimos, pues, separarnos por amor de nuestro mismo amor. Prometimos reunirnos cuando ya no hubiese peligro alguno. Vénus Urania me ha revelado que ya no le hay, y por eso vengo en busca de Asclepigenia.

MARINO.—Notable revelacion estuvo. No hay más que verte, maestro, para conocer que no estás peligroso.

PROCLO.—Tienes razon que te sobra.

MARINO.—La fama ha difundido, por esta gran capital, que la honras con tu presencia y que recibirás en consulta á tres personas cada noche. Por medio del senador Marciano, á fin de que la casa no se te llene de gente, han sido repartidos los billetes de entrada. Pronto irán llegando por su orden los que vienen hoy á verte. Tus siervos los detendrán en la antesala. Yo los conduciré luégo hasta ti.

PROCLO.—Aunque Marciano profesa la religion de Cristo, es muy amigo mio y se parece á mí en muchas cosas. Ama á la vírgen emperatriz Pulqueria, como yo amo á la hija de Plutarco. Marciano, que pronto va á cumplir doce lustros, dos más que yo, dicen que se casará con Pulqueria, con quien ha de compartir, en honestidad santísima, el trono y el imperio de Oriente. Del mismo modo, Asclepigenia compartirá conmigo el trono y el imperio de la filosofía. Pero oigo ruido en la antesala. Vé y mira si ha venido alguien.

(Sale Marino y vuelve un instante despues.)

MARINO.—¡Maestro! el primero que acude á consultarte es un bellissimo y elegante mancebo, llamado Eumorfo. Nadie se viste con tanto lujo y primor,

nadie monta mejor á caballo, nadie baila con tanta gracia y gallardía. Por estas y otras prendas es el encanto de las damas más encopetadas.

PROCLO.—¿Qué pretenderá de mí ese pisaverde? Dile que pase adelante.

## ESCENA II.

PROCLO y EUMORFO, á quien Marino acompaña, yéndose luégo.

EUMORFO.—Abismo del saber, lucero de la filosofía, archivo de todas las noticias divinas y humanas...

PROCLO.—Amable mancebo, déjate de lisonjas y dí lo que pretendes.

EUMORFO.—Pretendo que me ilustres un poco.

PROCLO. (Con cierto desden.)—¿Y para qué?

EUMORFO.—No me desdeñes así. Confieso que no tengo por las ciencias la vocacion más decidida. Á ti, que todo lo penetras, ¿cómo he de intentar engañarte? Pero, francamente, mis chistes y agudezas, mis habilidades, mis talentos de sociedad, todo queda deslucido sin algo de filosofía. La filosofía se ha puesto en moda entre las señoras de los círculos aristocráticos, á quienes sirvo, pretendo y tal vez enamoro. Me falta este charol; dámele, y seré irresistible.

PROCLO.—Aunque es vulgar, mezquino y un tanto cuanto pecaminoso el fundamento de tu deseo, tu deseo es bueno en sí, y me decido á satisfacerle; pero la empresa es ardua. Por más que no quieras tomar sino una ligerísima tintura, necesitas varias lecciones:

necesitas asimismo consagrar á mi servicio y asistencia un par de horas diarias, á fin de que vayas recogiendo sentencias de las que se escapan de mis labios muy á menudo.

EUMORFO.—Consagraré á tu servicio y asistencia ese par de horas diarias que dices.

### ESCENA III.

DICHOS, MARINO.

MARINO.—Una dama, que, si bien envuelta en velo argentino, deja traslucir que está dotada de majestuosa hermosura; una dama, cuyo traje de seda y cuyas joyas riquísimas manifiestan lo elevado de su clase, acaba de bajar de una silla de manos y se halla en la antesala aguardando que la recibas. Parece una diosa por el ritmo y la nobleza de su andar entonado y por el olor de ambrosía con que satura en torno el ambiente. ¿Le digo que aguarde?

EUMORFO.—¡Venerando maestro! La galantería exige que recibas luego á esa dama. Yo aguardaré en otro cuarto.

PROCLO.—Bien está. (Señalando á Eumorfo la puerta de la izquierda.) Entra en aquel. (A Marino.) Dí á la dama que no se detenga.

(Vanse Eumorfo y Marino.)

### ESCENA IV.

PROCLO, ASCLEPIGENIA.

(Eumorfo asoma la cabeza de vez en cuando, ve, escucha y hace gestos de asombro durante toda esta escena.)

PROCLO.—¡Deslumbrante aparición! ¿Quién eres?  
¿Eres mortal ó diosa?

ASCLEPIGENIA. (Alzando el vélo y descubriendo el rostro.)—  
¿No me reconoces, Proclo?

PROCLO.—¡Asclepigénia de mi corazón! ¡Cuán bella estás! Como el medio día vence al albor de la mañana, tu beldad de hoy vence á la beldad con que hace quince años resplandeciste en Atenas. No dudo que tu alma se habrá mejorado y hermoñado también.

ASCLEPIGENIA.—No lo dudes. También mi alma se ha mejorado y hermoñado.

PROCLO.—Sea mil veces enhorabuena. ¿Y de quién es tu alma?

ASCLEPIGENIA.—En su unidad es del Uno. En todas sus facultades, virtudes, potencias y demás atributos, es siempre tuya.

PROCLO.—¿Conque me amas?

ASCLEPIGENIA.—Te amo. Apenas supe que estabas aquí, he venido á buscarte.

PROCLO.—Ya no hay peligro.

ASCLEPIGENIA.—Lo veo.

PROCLO.—¿Viviremos juntos?

ASCLEPIGENIA.—¿Y por qué no? Poseo un magnífico

palacio donde albergarte. Serás mi filósofo. Contigo, por medio de la contemplación, en alas del entusiasmo y del amor sin mácula, me arrobaré, me extasiaré y me perderé en el Uno.

PROCLO.—Así sea.

ASCLEPIGENIA.—Ahora tengo que dejarte. No puedo faltar esta noche en mi palacio, donde aguardo visitas. Vé á instalarte allí desde mañana.

PROCLO.—No aspiro á otra cosa.

ASCLEPIGENIA.—Como supongo que no te habrás venido sin los utensilios de tu profesión, mis criados se presentarán aquí con un carromato para la mudanza de todos los libros y trastos de hacer milagros, hablar con los muertos y atraer á los genios y demonios.

PROCLO.—Eres mi providencia terrenal. ¿Cómo pagar tanto cuidado?

ASCLEPIGENIA.—Amándome.

PROCLO.—Con el alma toda.

ASCLEPIGENIA.—Para despedida, te permito que me des un casto beso en la frente.

PROCLO. (Besándola con timidez respetuosa).—Es la vez primera que la tocan mis labios. ¡Cuán regalado favor!

ASCLEPIGENIA.—¡Adios, amadísimo Proclo! (Váse.)

## ESCENA V.

PROCLO, EUMORFO.

EUMORFO.—¿Sabes lo que digo, maestro?

PROCLO.—Dí, y lo sabré. No quiero tomarme el trabajo de adivinar tus pensamientos.

EUMORFO.—Pues digo que se me van quitando las ganas de estudiar filosofía.

PROCLO.—¿Y por qué?

EUMORFO.—Porque la filosofía vuelve tonto á quien la estudia.

PROCLO.—Te equivocas. Lo que hace la filosofía es reforzar las prendas que cada uno tiene. Al tonto no le vuelve discreto, ni al discreto tonto; pero al discreto le hace discretísimo, y al tonto tontísimo.

EUMORFO.—Salvo el merecido respeto, te declararé entónces que tú propio te condenas.

PROCLO.—¿De qué suerte?

EUMORFO.—Porque mostrándote ahora tontísimo con toda tu filosofía, debiste de ser tonto en tu vida precientífica: tonto de nacimiento.

PROCLO.—¿Y qué prueba he dado yo de esa tontería superlativa de que me acusas?

EUMORFO.—La prueba es tu amor sublime por Asclepigenia.

PROCLO.—¿Qué sabes tú de eso?

EUMORFO.—Conozco á Asclepigenia muy á fondo.

PROCLO.—Te alucinas. Quiero dar por supuesto que conoces las potencias de su alma, las cuales, en

su efusion, han creado para ella un cuerpo tan hermoso; pero la esencia eterna de esa alma misma, que es lo que yo amo y por lo que soy amado, está en un punto inaccesible para ti.

EUMORFO.—¿Consientes que me valga de un símil?

PROCLO.—Valte de cuantos símiles se te ocurran.

EUMORFO.—¿Quién es más dueño del mundo, la emperatriz Pulqueria que le gobierna, ó tú que le comprendes?

PROCLO.—Yo, que le comprendo. Aunque Pulqueria poseyese, no ya sólo este planeta que habitamos, sino todos los demás planetas, y los astros, y los cielos, no poseería más que un burdo remeido del Universo, tal como el Demiurgo le contempla en el Paradigma, ántes de sacar la copia ó el traslado. Pero me inclino á sospechar que eres un majadero, y que no entiendes ni entenderás jamás estas cosas.

EUMORFO.—No te sulfures, maestro. Si yo no entiendo esas cosas, entiendo otras más fáciles y agradables de entender. Asclepigenia tendrá quizá su Demiurgo y su Paradigma misteriosos que tú entiendes y posees; pero sus cielos, sus planetas y sus estrellas, son míos desde hace algunos meses.

PROCLO.—Qué palabra dijiste?

EUMORFO.—Dije que Asclepigenia filosofa contigo; que contigo no quiere ni quiso nunca peligrar; pero que conmigo no hay peligro que no arrostre.

PROCLO.—Por las divinidades superiores é inferiores, que en larga serie proceden del Uno, confieso que me duele lo que acabas de descubrirme. Sin embargo, todo se explica satisfactoriamente dentro de mi sistema. Las cosas son como son; y no pueden ser

mejores de lo que son, porque, como son, son perfectas segun su grado.

EUMORFO.—Consuélate con ese trabalengua.

PROCLO.—¿Y por qué no consolarme? Asclepigenia y yo, con el libre albedrío de nuestras almas, dispusimos amarnos, y nos amamos y seguimos y seguiremos amándonos eternamente, ayudados del favor divino, que acude á nosotros en virtud de la plegaria. Contra esto nada puedes tú; nada pueden tus iguales. Hay, á pesar de todo, en la efusion de las potencias del alma, algo de corpóral que está sujeto al hado. Esto es lo que he perdido en Asclepigenia. La fatalidad me lo roba. El libre albedrío de ella no ha sido bastante brioso para defenderlo con heroicidad. Pero la discordia entre el libre albedrío y el hado será al fin dominada por la Providencia, la cual lo purificará todo, reduciéndolo á la celestial y maravillosa armonía, que casi toca y se confunde con el Uno *hiperhipostático*.

EUMORFO.—Tu discurso suena tan peregrino en mis profanas orejas, que me induce á creer ó que eres un prodigio de prudencia semi-divina, ó que estás loco de atar.

#### ESCENA VI.

DICHOS, MARINO.

MARINO.—Un respetable anciano pide permiso para entrar á hablarte. Se llama Crematurgo. Es el más rico capitalista del imperio. Ha hecho del modo más

su efusión, han creado para ella un cuerpo tan hermoso; pero la esencia eterna de esa alma misma, que es lo que yo amo y por lo que soy amado, está en un punto inaccesible para ti.

EUMORFO.—¿Consientes que me valga de un símil?

PROCLO.—Valte de cuantos símiles se te ocurran.

EUMORFO.—¿Quién es más dueño del mundo, la emperatriz Pulqueria que le gobierna, ó tú que le comprendes?

PROCLO.—Yo, que le comprendo. Aunque Pulqueria poseyese, no ya sólo este planeta que habitamos, sino todos los demás planetas, y los astros, y los cielos, no poseería más que un burdo remeido del Universo, tal como el Demiurgo le contempla en el Paradigma, ántes de sacar la copia ó el traslado. Pero me inclino á sospechar que eres un majadero, y que no entiendes ni entenderás jamás estas cosas.

EUMORFO.—No te sulfures, maestro. Si yo no entiendo esas cosas, entiendo otras más fáciles y agradables de entender. Asclepigenia tendrá quizá su Demiurgo y su Paradigma misteriosos que tú entiendes y posees; pero sus cielos, sus planetas y sus estrellas, son míos desde hace algunos meses.

PROCLO.—Qué palabra dijiste?

EUMORFO.—Dije que Asclepigenia filosofa contigo; que contigo no quiere ni quiso nunca peligrar; pero que conmigo no hay peligro que no arrostre.

PROCLO.—Por las divinidades superiores é inferiores, que en larga serie proceden del Uno, confieso que me duele lo que acabas de descubrirme. Sin embargo, todo se explica satisfactoriamente dentro de mi sistema. Las cosas son como son; y no pueden ser

mejores de lo que son, porque, como son, son perfectas según su grado.

EUMORFO.—Consuélate con ese trabalengua.

PROCLO.—¿Y por qué no consolarme? Asclepigenia y yo, con el libre albedrío de nuestras almas, dispusimos amarnos, y nos amamos y seguimos y seguiremos amándonos eternamente, ayudados del favor divino, que acude á nosotros en virtud de la plegaria. Contra esto nada puedes tú; nada pueden tus iguales. Hay, á pesar de todo, en la efusión de las potencias del alma, algo de corpóral que está sujeto al hado. Esto es lo que he perdido en Asclepigenia. La fatalidad me lo roba. El libre albedrío de ella no ha sido bastante brioso para defenderlo con heroicidad. Pero la discordia entre el libre albedrío y el hado será al fin dominada por la Providencia, la cual lo purificará todo, reduciéndolo á la celestial y maravillosa armonía, que casi toca y se confunde con el Uno *hiperhipostático*.

EUMORFO.—Tu discurso suena tan peregrino en mis profanas orejas, que me induce á creer ó que eres un prodigio de prudencia semi-divina, ó que estás loco de atar.

#### ESCENA VI.

DICHOS, MARINO.

MARINO.—Un respetable anciano pide permiso para entrar á hablarte. Se llama Crematurgo. Es el más rico capitalista del imperio. Ha hecho del modo más

filantrópico la mayor parte de sus riquezas. Ha traficado en cierta clase de individuos, que ya dirigen en los alcázares los negocios más difíciles, ya sirven sin infundir recelos á los maridos celosos, ya cantan como serafines en las iglesias. Retirado ahora de esta fabricación y comercio, se dedica á prestar al gobierno y á los particulares al cincuenta por ciento al año. Con tales virtudes, excelencias y servicios, no debe chocarnos que haya merecido el favor de la emperatriz y de sus ministros, los cuales le colman de distinciones. Ya le han nombrado conde Palatino y se anuncia que van á crear para él el título singular y nuevo de *Sebastocrátor*.

PROCLO.—¿Y qué pretenderá de mí ese tunante? Vamos, dile que éntre y le ojremos.

(Vase Marino.)

EUMORFO.—Y yo ¿qué hago?

PROCLO.—Escóndete de nuevo donde estabas.

(Vase Eumorfo.)

### ESCENA VII.

PROCLO, CREMATURGO.

CREMATURGO.—¡Oh faro de las más altas especulaciones! ¡Oh despota de los genios y demas poderes sobrenaturales!...

PROCLO.—Está bien. No me adules. Dí qué pretendes de mí.

CREMATURGO.—Tú, que lo sabes todo, ¿no podrías

decirme de qué medio me valdré para que mi amada sea mía, solamente mía?

PROCLO.—No llega tan léjos mi saber. Si llegara, le hubiese yo empleado en favor mio, que buena falta me ha hecho.

CREMATURGO.—Veo que tu saber no vale un comino. Harto me lo sospechaba yo.

PROCLO.—Expon, no obstante, tu caso, y allá veremos si puedo remediarte ó darte al ménos algun consejo útil.

CREMATURGO.—Yo estoy prendado de la más hermosa mujer que hay en Byzancio. Por ella hago descomunales desembolsos. No hay primor, ni refinamiento, ni objeto de arte, que ella no logre por mí. He traído para ella telas bordadas del país de los Seras, alfombras de Ctesifon, perlas y diamantes, papagayos y monos de la India, perfumes y oro de Arabia, y chales de Cachemira. Su palacio encierra muebles incrustados de marfil y nácar, estatuas de mármol de Páros, vajillas de plata, vasos de Nola y jarrones del extremo Oriente, que tienen un barniz desconocido en los imperios de persas y de romanos. Ella hace visitas á mi costa en silla de manos lindísima, ó se pasea ó va al circo ó al hipodromo en reluciente carroza ó *harmamaxa*, tirada por cuatro blancos caballos. En fin, nada le falta. ¿Cómo me compondré para que ella no me falte á mí?

PROCLO.—Lo discurremos. Para mayor ilustracion del asunto, infórmame de quién es esa dama que tan caro te cuesta.

CREMATURGO.—Es Asclepigenia, la hija del filósofo Plutarco.

PROCLIO.—¡Profundos cielos! ¿Quién lo hubiera podido imaginar en la vida? Tú eres mi rival.

CREMATURGO.—¿Tu rival? Pues qué, ¿también á ti te ama? ¿Qué le das tú, esqueleto pordiosero y ambulante?

PROCLIO.—El alma, la esencia eterna. Pero sabe ¡oh sátiro vetusto! que todavía tienes otro rival. Sal, Eumorfo.

### ESCENA VIII.

DICHOS, EUMORFO.

CREMATURGO.—¿Qué descaró es este? ¿Cómo te atreves, Eumorfo, á presentarte y á rivalizar conmigo? Tengo en mi poder cuatro pagarés tuyos vencidos y archivencidos, y voy á ejecutarte mañana.

EUMORFO.—Refrena tu furor, generoso magnate. Yo ignoraba que Asclepigenia te perteneciera.

CREMATURGO.—Sea como sea, lo cierto es que Asclepigenia nos ha burlado á los tres galanes. El acaso, ¿qué digo el acaso? la diosa Minerva nos ha reunido aquí para desengañarnos. Vamos á ver á Asclepigenia y á decirle lo que merece. Ella me aguarda solo. Venid en mi compañía.

EUMORFO.—Vamos.

PROCLIO.—VAMOS. (Proclio toma su báculo de filósofo, y salen juntos los tres.)

### ESCENA IX.

Estrado ó *parastasio* rico y elegante en casa de Asclepigenia, adornado con estatuas y pinturas, é iluminado con lámparas, unas pendientes del techo, otras colocadas sobre mesas délficas.

ASCLEPIGENIA Y ATENAIS.

(La primera aparece reclinada, casi tendida lánguidamente en un *esquimpodio* ó silla-larga. Atenais, á su lado, en un taburete.)

ATENAIS.—¿Con que has visto á tu primer amor?

ASCLEPIGENIA.—Sí, le he visto. Me ha dado lástima. Está flaco, pálido, apergaminado. Y luégo ¡qué sucio! Doy por cierto que en los quince años que ha vivido léjos de mí no se ha lavado una vez sola ni siquiera las manos.

ATENAIS.—Ese grave defecto tiene el espiritualismo ó misticismo, que ahora priva y cunde. Parece que las virtudes á la moda exigen que sean puercos los virtuosos.

ASCLEPIGENIA.—Y no es eso lo peor, sino que se apodera de los ánimos una tristeza vaga y sofisticada que los enerva; tristeza que los antiguos apenas conocieron; un menosprecio del mundo y de las dulzuras de la vida, que despuebla las ciudades y puebla los desiertos; un desden del bienestar y de la riqueza, que roba brazos á la agricultura y á la industria; y una mansedumbre resignada, que amengua el valor del ciudadano y del guerrero. Más que Atila y todos los

bárbaros, me hacen prever estos síntomas la total ruina de la civilización. Pero volviendo á la suciedad y descuido en la persona, te aseguro que me ha dado grima ver á Proclo. Ofende toda nariz medianamente delicada.

ATENAIS.—Cruel inconveniente es ese si has de vivir con Proclo.

ASCLEPIGENIA.—Yo sabré remediarle. No me meteré en discusiones ni en consejos, sino que, á modo de broma, haré que mañana le cojan dos esclavos ántes de comer, le soplen en un baño y me le laven y frieguen con pasta de almendra, y me le froten con aromoso *diapasma*. El mismo se sentirá mejor despues, y tomará la costumbre de lavarse.

ATENAIS.—Pero, declárate con franqueza; á pesar de estar Proclo tan viejo, tan estropeado y tan sucio, ¿le amas todavía?

ASCLEPIGENIA.—Le amo y le adoro. Se me figura que él es la última encarnación del maravilloso genio de Grecia. Amándole, se magnifica y ensalza todo mi sér, hasta considerarme yo misma como la ciencia, la poesía, la civilización griega personificada.

ATENAIS.—En efecto, Proclo es el príncipe de los filósofos. Tu padre Plutarco y mi padre Leoncio, notable filósofo también, le veneraban como superior á ellos. Comprendo, pues, que ames á Proclo.

ASCLEPIGENIA.—Una doncella tan sábia, educada con esmero en Atenas; una poetisa tan inspirada como tú, en quien veo renacer, en edad temprana, las altas prendas de Hipátia, no podía ménos de comprender este amor mio que descuella sobre mis otros amores.

ATENAIS.—Es un dolor que no pueda ser el único.

ASCLEPIGENIA.—La culpa, hasta cierto punto, la tiene el pícaro misticismo. Por él nos separamos. Sin él hubiéramos vivido juntos, hubiéramos sido humanamente amantes y esposos, y ni yo hubiera caído, ni Proclo hubiera llegado á ser, con lamentable precocidad, y quedándose pobre, un vejestorio tan incapaz y tan feo.

ATENAIS.—Tu propósito era difícil. No extraño que no hayas podido cumplirle. El temple de alma de la emperatriz Pulqueria es rarísimo.

ASCLEPIGENIA.—¿Qué temple de alma ni qué calabazas? Ella es emperatriz y no necesita de un Crematurgo.

ATENAIS.—¿Tiene acaso algun Eumorfo?

ASCLEPIGENIA.—¡Vaya si le tiene! ¡Nadie lo ignora, ménos tú, que estás en Babia, y Marciano, que hace la vista gorda.

ATENAIS.—¿Y quién es ese feliz mortal?

ASCLEPIGENIA.—El lindo y gracioso Paulino.

ATENAIS.—Pues notiene mal gusto la santa. (Aparece una sierva.)

SIERVA.—Señora, Crematurgo pide licencia para entrar.

ASCLEPIGENIA.—Que entre. (Vase la sierva.)

ATENAIS.—¿Me retiro?

ASCLEPIGENIA.—Retírate. (Vase Atenais.)

## ESCENA X.

ASCLEPIGENIA, CREMATURGO, PROCLO Y EUMORFO.  
(Asclepigénia se pone de pié para recibirlos.)

ASCLEPIGENIA.—¡Qué agradable sorpresa! ¿Qué significa venir los tres juntos á mi casa?

CREMATURGO.—Envidiable frescura te concedió el cielo. ¿Cómo, al vernos entrar juntos á los tres, no tiembblas, no te asustas, no te hundes avergonzada en el centro de la tierra?

EUMORFO.—Eso mismo repito yo. ¿Cómo no te hundes en el centro de la tierra?

CREMATURGO.—¡Inicua! Nos estabas engañando á todos.

EUMORFO.—Esto pasa de castaño oscuro. ¡Tres al mismo tiempo!

CREMATURGO.—¿Qué puedes alegar en tu defensa?

EUMORFO.—Con razon enmudeces.

ASCLEPIGENIA.—Yo no enmudezco ni con razon ni sin ella. A fin de probaros que la razon no me falta, os contaré una parábola, si teneis calma para oirla.

CREMATURGO.—Cuenta.

EUMORFO.—Te escucho.

ASCLEPIGENIA. (A Proclo, que ha estado y sigue silencioso desde que entró.) Y tú, ¿qué dices?

PROCLO.—Nada. Te escucho tambien.

ASCLEPIGENIA.—En el jardin de este palacio hay un rosal, que estaba casi seco y perdido por hallarse en terreno estéril.—¿Qué necesita? me dije yo al contem-

plarle.—Mantillo, me respondí. Es menester que de las sustancias corrompidas que en el mantillo hay absorba el rosal la savia vivificante que ha de dar lozanía, gala y primor á sus hojas y á sus flores. Cubrí, pues, con mantillo las raíces y el pié del rosal, y el rosal ha reverdecido y florecido como por encanto. La verdura de sus hojas es brillante: sus rosas son divinas. Los pétalos de estas rosas tienen el color encendido del alba: el centro parece cáliz de oro: en el cáliz hay miel. ¿Qué sér delicado, elegante, ligero, bonito, en armonía con la rosa, podrá tocar sus pétalos sin marchitarlos, y libar la miel del cáliz con la correspondiente suavidad y finura?—Una aérea, pintada y alegre mariposa, pensé yo. Y apenas lo hube pensado y deseado, acudió la mariposa más gentil y juguetona que he visto en mi vida; y revoloteando en torno de la rosa, se posó en su seno, sin ladear apenas el flexible tallo, y libó la miel del cáliz de oro. Noté, sin embargo, que esto no bastaba. De la rosa se desprendía exquisita fragancia, que iba disipándose por el ambiente y que el céfiro esparcía en sus alas. En la rosa había asimismo belleza extraordinaria, reflejo de la idea; perfeccion de formas, que encierra puros pensamientos artisticos. Esto sólo puede comprenderlo la inteligencia. Sólo el espíritu puede gozar de todo esto. Es así que la mariposa no tiene inteligencia, ni espíritu, ni siquiera olfato: luego al rosal le faltaba lo mejor. Sus prendas de más valía quedaban sin fin y sin propósito. Entónces ví claro que, si el mantillo y la mariposa eran indispensables para el rosal, eran más indispensables aún mente elevada, espíritu y conciencia, que le comprendiesen y admira-

sen. Aplicad ahora la parábola y reconocereis mi justificación. Yo soy el rosal; tú, Crematurgo, eres el mantillo; tú, Eumorfo, la mariposa; y Proclo es la nariz que aspira el aroma y la mente que estima la beldad y goza dignamente de ella. ¿Qué culpa adquiere el rosal de que nada sea completo en este bajo mundo? ¡Lástima es que no se logren mantillo, mariposa, narices y mente en un ser solo! Como el rosal requería todo esto y no se hallaba reunido, he tenido que buscarlo por separado.

CREMATURGO.—Pues yo no me avengo. No quiero ser mantillo y nada más. ¡Adios, ingrata! (Vase.)

EUMORFO.—Tampoco me resigno yo á ser una mariposa ininteligente, sobre todo cuando por amor tuyo me había puesto ya á estudiar filosofía. ¡Adios, infame! (Vase.)

### ESCENA XI.

ASCLEPIGENIA, PROCLO.

ASCLEPIGENIA.—Mantillo y mariposa me abandonan. ¿Me abandonarás tú también, Proclo mio?

PROCLO.—Confieso que mi alma está destrozada. Tal vez haría yo bien en huir de tu lado para siempre; pero hay una fuerza que me retiene cerca de tí. En balde he querido espiritualizar, santificar la civilización antigua, risueña y amante de la hermosura, pero liviana. No acierto, con todo, á divorciarme de ella. Soy de ella. Soy tuyo sin remedio. El vergonzoso y duro desengaño no mata el amor de mi cora-

zon al derribar todo el edificio filosófico que con tanto afán y arrogancia había yo levantado. Se me figura que cae sobre mí el justo castigo de la soberbia del espíritu. El espíritu se apartó con desden de la naturaleza; quiso elevarse por cima de la inteligencia y de la causa; pugnó por ir más allá del ser mismo; aspiró á confundirse con el principio inmutable de todo ser. La union mística, de que tanto me he envanecido, fué sin duda ilusion malsana. El principio indefinible del ser, con el cual yo creía unirme, y del cual todo lo que se afirma es negando, era el no ser: era la nada. Mi supuesta identificación con él fué muerte egoista. No fué la muerte generosa de aquel que, amando la vida, sabe darla por el triunfo de una noble idea, por su patria, por la felicidad del objeto amado. Mi prurito de perderme en el Uno, absorbente, impersonal, que todo lo tiene en sí y nada tiene, es la más monstruosa perversión del espíritu. Es no saber vivir y gozar en el seno de este vario y bello Universo. Es crear un misticismo contrario al amor. Mi misticismo reconcentra el alma: el amor la difunde. Apartado el espíritu de la naturaleza, ¿qué se puede esperar sino lo que veo y lamento ahora? Ó el delirio que toma la nada por el principio del ser, ó la vileza, el rebajamiento, la impura grosería y el brutal apetito de goces materiales, triunfantes en la naturaleza, en la sociedad y en todo pensamiento, cuando el espíritu los abandona. En cambio, ¿qué vale el espíritu que se aparta del mundo real, creyendo adorar lo divino y adorándose á sí propio? Ni para resistir los golpes del infortunio más vulgar conserva brío suficiente. ¿Qué energía de voluntad me queda?

Sólo soy capaz de vil y cobarde resignacion ó de morirte aquí de pena, como mujercilla nerviosa. ¡Qué vergüenza! No puedo más. ¡Ay de mí!

(Proclo cae desmayado en la silla-larga.)

ASCLEPIGENIA.—¡Atenais! ¡Atenais! ¡Acude! ¡Oh desgracia! Acude; trae un pomo de esencias. ¡Nos quedamos sin filosofía! Ya no hay filosofía posible. Ya no hay más que ciencias positivas y prosáicas. Mi filósofo se me muere. (Se inclina sobre él, y le abraza con la mayor ternura.) Huele mal; pero... ¡es tan sabio! ¡es tan bueno!

## ESCENA XII.

DICHOS, ATENAIS.

(Atenais ayuda á Asclepígenia á cuidar á Proclo, aplicando un pomo de esencias á sus narices.)

ATENAIS.—Cálmate. No es nada. Ya vuelve en sí.

ASCLEPIGENIA.—¡Buen susto me he llevado! ¡Pobrecito mio de mi alma! ¡Qué malo se me puso!

PROCLO. (Se levanta).—Perdóname, amiga. Ha sido un momento de debilidad. (Reparando en Atenais.) ¿Quién es esta gallarda doncella?

ASCLEPIGENIA.—Es Atenais, hija de Leoncio.

PROCLO.—¡La hija de mi docto é ilustré amigo!... ¡El cielo te bendiga, Atenais!

ASCLEPIGENIA.—¿Me perdonas, Proclo?

PROCLO.—No hablemos más de lo pasado: olvidémoslo.

ASCLEPIGENIA.—¿Vivirás conmigo?

PROCLO.—No quiero ni puedo vivir ya sin tí. Tú serás el lucero que ilumine con su luz apacible la melancólica tarde de mi existencia. Estas blancas y suaves manos (Las toma entre las suyas.) cerrarán con amor mis párpados cuando se junten para dormir el último sueño.

ASCLEPIGENIA.—Contigo no echaré de ménos ni la riqueza, ni la hermosura corporal... ¿Qué más hermosura, qué más riqueza que el tesoro de tu alma? Si es menester, viviremos en la mayor estrechez. Algo se me estropearán las manos de guisar y de remendarte la ropa. La elegancia, el esmero, el perfume de aristocrática distincion se desvanecerán casi por completo cuando vivamos míseramente. ¿Pero qué importa? Yo poseeré tu alma y tú la mia.

PROCLO.—No ha de ser así. No consentiré que se pierda ó que se deteriore ni una chispa, ni un átomo de toda esa beldad que te dió naturaleza y que el arte ha completado y realzado. Yo ganaré riquezas para tí. Para tí tendré hermosura corporal y juventud lozana.

ASCLEPIGENIA.—No te alucines, Proclo. La juventud que se fué, no vuelve nunca. Vénus Urania no te visitó sin motivo. En cuanto á la riqueza, doy por cierto que no ganarás jamás un óbolo con toda tu filosofía, á no ser que apeles al milagro.

PROCLO.—Pues bien; al milagro apelo. Ahora vas á ver quién yo soy. ¡Aquí te quiero, oh Teurgia! Para algo me has de servir. Hasta ahora, Asclepígenia idolatrada, has poseído en Eumorfo y en Crematurgo hermosura, juventud y riquezas, contingentes, li-

mitadas y caducas. De hoy en adelante vas á poseer la juventud, la hermosura y la riqueza, en absoluto y para siempre. Guardad silencio religioso. Ya empieza el conjuro.

(Profundo silencio. Proclo, agitando su báculo, traza en el aire círculos y otras figuras mágicas, y murmura entre dientes palabras ininteligibles. Oyése música celestial, lenta y sumisa. En el centro del teatro se va cuajando una brillante y cándida nube, con arreboles de carmin, oro y nácar.)

ASCLEPIGENIA Y ATENAIS.—¡Qué portentoso!

PROCLO.—Ocultos en esa nube tienes ya, á tus órdenes y para tu servicio, en reemplazo de Eumorfo y de Crematurgo, al flechero Apolo, al más elegante y bonito de los dioses, y al hijo de Jasion y de Cérés, al ciego Pluto, dispensador de las riquezas. ¿Quieres que salgan con séquito de musas, gracias, ninfas y genios, ó que salgan solos?

ASCLEPIGENIA.—Que salgan solos. Ya les iré pidiendo, en la sazón conveniente, todo aquello que se me ocurra.

PROCLO.—¡Apareced, dioses!

(Se abre la nube, y salen de ella, con mucha luz de Bengala, Pluto, cojo, ciego y alado, y Apolo, muy bizarro y airoso, con manto de púrpura, corona de laurel y lira en mano.)

PROCLO.—¿Qué más tienes que pedir?

ASCLEPIGENIA.—Nada. Yo me contentaba con tu amor.

PROCLO.—Recapacita, sin embargo, si algo te falta.

ASCLEPIGENIA.—Si no me motejases de sobrado pedigrüña y exigente, aún te pediría una cosa.

PROCLO.—¿Cuál?

ASCLEPIGENIA.—Que te laves.

PROCLO.—Me lavaré.

ATENAIS.—Ya eres dichosa. Posees ciencia, hermosura, juventud, riqueza y hasta aseo. Yo, desvalida y menesterosa, lejos de envidiarte, me regocijo.

PROCLO.—El cielo te premiará, generosa Atenais. Yo, que estoy ahora inspirado, leo en el porvenir tu egregio destino. El jóven Teodosio, á quien educa muy bien su hermana Pulqueria, á fin de que brille en el trono imperial, se casará contigo. Así serás emperatriz de Oriente. Serás feliz y poderosa sin acudir á la magia; pero tendrás que hacerte cristiana. Por último, para que nuestra gloria y nuestra felicidad sean más estupendas y vividoras, despues que pasen trece ó catorce siglos, contando desde el dia de la fecha, aparecerá en la risueña y fértil Bética, cuna de la dinastía reinante y patria de tu abuelo político el Gran Teodosio y de otra infinidad de personas eminentísimas, cierto escritor ingenioso y verídico, el cual ha de componer sobre los sucesos de esta noche un diálogo, donde traté de competir con el divino Platon en lo elevado y grave, y con el satírico Luciano en lo chistoso y alegre.

ATENAIS.—Mucho me he de holgar si tus vaticinios se cumplen.

ASCLEPIGENIA.—Y yo también. Temo, sin embargo, que ese diálogo, que Proclo anuncia, sea una extravagancia sin amenidad y sin viveza, donde nosotros figuremos, no como seres reales, sino como personajes alegóricos: donde Proclo y yo representemos la antigua poesía sensual y corrompida y el antiguo saber agotado, desesperado y estéril, que para seguir viviendo juntos se entregan á brujerías y supersticiones.

ATENAIS. — Si esa alegoría puede tener alguna aplicación cuando el diálogo se escriba, tal vez interese el diálogo.

ASCLEPIGENIA. — Suceda lo que suceda, no debe importarnos mucho. Allá se las haya el autor. Nosotros cinco, mortales y dioses, vámonos al triclinio, donde tengo preparada una suculenta y bien condimentada cena.

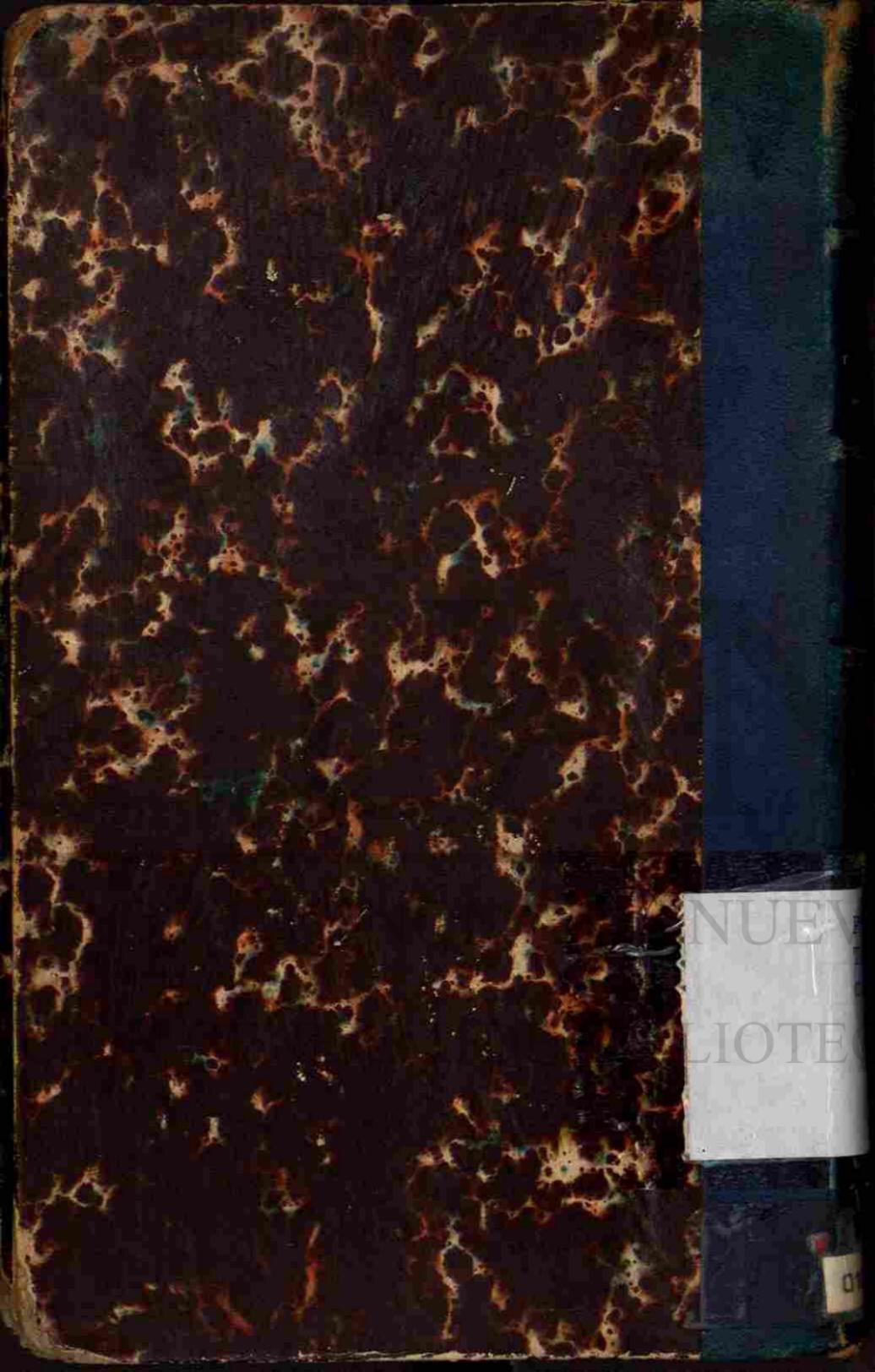
MORTALES Y DIOSSES. — Vámonos a cenar.

FIN.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NUEVA  
LIOTECA

01